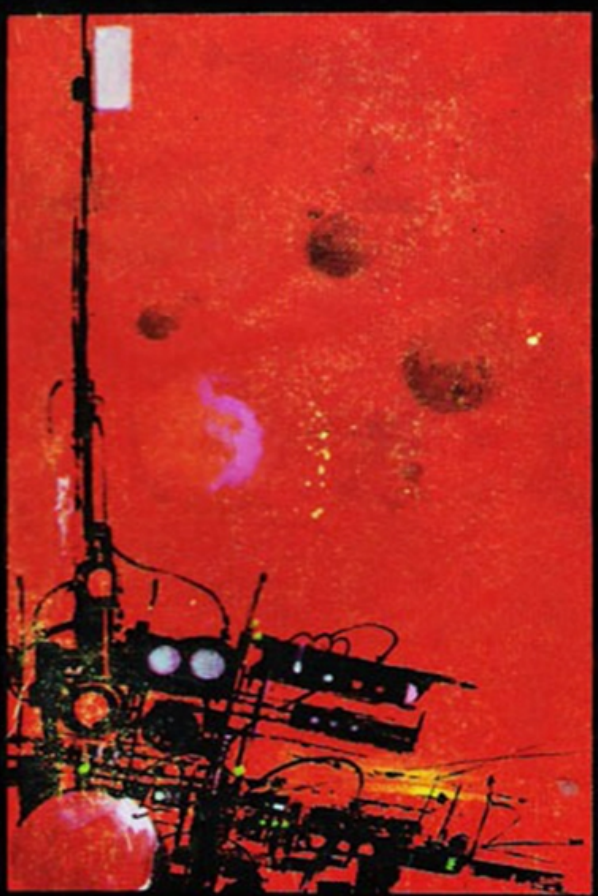
GALAXIA
Ciencia Ficción

CAPITÁN DEL ESPACIO



MURRAY LEINSTER

Trent, capitán del carguero espacial «Yarrow», procedía de una larga estirpe de capitanes de navío… y todos sus antepasados tuvieron jaleo con los piratas. Dada la naturaleza del motor espacial, que permitía el vuelo hasta las estrellas superando la velocidad de la luz, los navíos en viaje corrían más peligros por mutua causa que los que pudieran crear otras fuentes. Era precisamente esta capacidad del motor de una nave de hacer estallar cualquier otro motor cercano lo que hacía que los piratas espaciales fueran tan difíciles de localizar. Pero en esta ocasión Trent entró en superimpulsión, con un dispositivo espacial a bordo… que invertiría los términos y cerraría permanentemente el espacio a los piratas. Trent mismo se sentía escéptico —y su escepticismo creció cuando se encontró a sí mismo convertido más en cebo para los piratas que en cazador de bucaneros— y su arma secreta transformada en un peligroso «boomerang» cuyo regreso, al fallar el tiro, podría serle mortal.

Murray Leinster

Capitán del espacio

Galaxia - 53

ePub r1.0
Titivillus 18.06.16

Título original: *Space captain*
Murray Leinster, 1966
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Enrich

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO I

Procedía de una larga estirpe de capitanes de navío, lo que probablemente explica todo el asunto. Su abuelo fue el capitán Trent, que descubrió el agujero en el Coalsack, aquella monstruosa nube de polvo entre Syrtis y toda la región Galliene y por tanto acortó meses de tiempo del antiguamente necesario para rodear el Coalsack y llegar a las nuevas colonias que quedaban más allá. Un tatara-tatara-tatara abuelo fue el capitán Trent, que hizo un mapa de las corrientes interestelares meteóricas en el grupo de sol Enid, por tanto no menos que ocho planetas altamente valiosos se hicieron asequibles a la ocupación humana y uno fue bautizado con el nombre de su descubridor.

Remontándonos más todavía, un tatara-tatara-tatara etcétera-abuelo mandó el segundo navío colonia que llegó a Delva. Llegó para encontrar a los que le antecedieron histéricos de terror y exigiendo ser evacuados y llevados a la patria, lo que no podía hacerse con su navío casi cargado hasta el máximo de su capacidad. Pero aquel capitán Trent entró en las junglas con ocho hombres del espacio y descubrió el ciclo activo de los áureos gigantes que en apariencia hacían imposible la colonia. Ahora había allí un refugio de caza para aquellas bestias, cuidadosamente vigilado para evitar que las especies interesantes fuesen aniquiladas por los cazadores de pieles.

Hubieron otros capitán Trent, retrocediendo hasta uno que mandó un navío comercial del siglo XVIII, cuando las naves cruzaban los océanos de agua solamente y un viaje costero de Londres a Escocia ocupaba tanto tiempo como actualmente ir de Riel a Punt y cuando navegar en un barco de vela tomaba tanto para llegar a las Azores como ahora se requiere para el viaje de sesenta años luz de

Deneb a Kildare.

Pero la semejanza entre tal viaje a vela y el moderno no terminaba con el tiempo de navegación entre puertos. En aquellos primitivos días, como actualmente un navío que dejaba la rada, quedaba estrictamente a su propia merced hasta que volvía a echar anclas. Había allí, como hoy, la más absoluta falta de comunicación entre puertos excepto utilizando los navíos. Por tanto una carga con fuerte demanda en un puerto dado la semana pasada, podía ser despreciable esta semana en un mercado saturado, porque en el intervalo un navío o dos habían entrado con las mismas mercancías que ofrecer. Así, en aquellos días, como ahora, todos los capitanes de navío eran comerciantes. Compraban sagazmente y vendían con astucia, dependiendo de un porcentaje de los beneficios del viaje como prima y recompensa.

También, entonces, como ahora, había navíos que dejaban el puerto y de los que jamás se volvía a saber. Algunos se estrellaban en los arrecifes y otros se perdían en las tormentas. Pero otros peligros tenían su origen humano y aquel capitán Trent del siglo XVIII no era nada amable con sus originadores.

Se contaba de él que una vez entró en un puerto inglés con agujeros de balas de cañón en sus velas y remiendos en el casco y una reparación provisional en su palo mayor, y con unos cuantos ahorcados oscilando de las vergas. Explicó lacónicamente que un pirata atacó su navío, y que como no tenía manos disponibles para custodiar a los que se rindieron, no le quedó más remedio que colgarlos. En aquellos tiempos fue muy admirado. Pero ahora el mundo se había olvidado de él. Sin embargo, un tatara-tatara-etcétera, nieto de aquel capitán Trent, era capitán del «Yarrow», navío mercante que efectuó el viaje más beneficioso jamás realizado por ningún capitán de la historia.

No parecía prometedor en sus comienzos. El «Yarrow» era un anticuado navío mercante de un tamaño antieconómico en tiempos modernos. Su historial, sin embargo, era honorable. Iba impulsado por antiguas y seguras máquinas Lawlor que fielmente lo impulsaban a través del vacío a buena velocidad en el espacio normal, pero muchas veces más de prisa que la luz se producía un campo vibratorio en torno a su casco. Jamás hubo la menor dificultad con su atmósfera y la nave fue revisada al cumplir su

decimocuarto año recibiendo certificados para realizar viajes de cualquier longitud en la galaxia. Pero tenía en contra su tamaño. Un patrón que podía ganar dinero con la nave lo emplearía mejor en un navío más grande. Requeriría especialísimas condiciones para hacerla beneficiosa el hecho de volverla a enviar al espacio.

Pero aquellas condiciones existían. Los propietarios del «Yarrow» se las explicaron al capitán Trent. El patrón escuchó. Mencionaron el comercio espacial en el grupo de los Pléyades que estaba a punto de terminar. Era cosa muy mala que el gobierno de Loren hubiese encomendado a un particular el obligar al comercio con aquel planeta poco próspero. Eso resultaba muy malo… quizás es legal, pero indeseable. La piratería se había practicado hasta tal grado que incluso los corsarios de las Pléyades se quejaban ahora del poco negocio que se hacía. He aquí por tanto la posibilidad de buenos beneficios y la oferta del navío al capitán Trent.

Los propietarios del «Yarrow» explicaron que se podían ganar estupendos beneficios con todos los navíos del tamaño del «Yarrow» en un viaje comercial a las Pléyades si, primero, se poseía un patrón de la capacidad del capitán Trent que lo gobernase y, segundo, si la nave estaba equipada con una defensa contra los piratas que había sido perfeccionada por uno de los ingenieros de la línea de vehículos espaciales.

Trent observó que él no tenía confianza en los mecanismos. Pareció poco ganoso de aceptar. Los propietarios alzaron su oferta. El quince por ciento de los beneficios del viaje en vez del diez para el patrón. Carta blanca absoluta en la elección de puertos a los que recalar. Su propia selección de la carga que debía instalarse a bordo. Su tripulación. Una garantía de cierta cantidad para efectuar el viaje, fuese o no beneficioso.

Estas eran condiciones muy extraordinarias. El capitán Trent escuchó en apariencia sin convencerse. Los propietarios sudaban. Explicaron urgentemente que el «Yarrow» era un peso muerto mientras permaneciese parado. Estaban ansiosos de enviarlo al espacio. Añadieron como cebo final que enviarían a McHinny para que fuese el ingeniero del navío y operase el aparato contra los piratas. Era al mismo tiempo su inventor. Sería el operador ideal. El «Yarrow» se encontraría a salvo contra el peligro de los piratas, que prácticamente habían cortado el comercio entre los sistemas solares

de las Pléyades. ¿Qué más quería? ¿Derechos de salvamento? También podría reservárselos.

Era costumbre de los propietarios ofrecer derechos de salvamento cuando querían convencer a un patrón de su generosidad. Los derechos de salvamento significaban en un acuerdo que si el capitán encontraba alguna oportunidad para efectuar un salvamento, en el espacio o en Tierra, utilizaría al «Yarrow» para el trabajo siempre y cuando pagase la parte proporcional correspondiente a la manutención de la nave durante su utilización en las operaciones de salvamento.

El capitán Trent sonrió educado y, tras reflexionar, aceptó la proposición. Los propietarios del «Yarrow» le dieron palmaditas en la espalda y le felicitaron recalcando su generosidad y luego febrilmente prepararon al «Yarrow» para el despegue. Al cabo de tres días la nave estaba repleta de carga que Trent había aprobado. La rampa de lanzamiento lo envió al espacio. Y luego los propietarios se relajaron, agradecidos.

Porque aquel día era la víspera de la fecha señalada para aumentar en un veinte por ciento las pólizas de seguros en navíos y cargas que se dirigiesen a las Pléyades. Los propietarios del «Yarrow» querían que despegase antes de este aumento de las tarifas. Como Trent vio, si efectuaba el viaje y volvía otra vez a la patria, habría un gran beneficio para los propietarios. Pero si no regresaba, cobrarían el pleno valor asegurado del «Yarrow» y su cargamento. Trent se había dado cuenta de que en total preferirían cobrar el importe del seguro.

Eso no le molestó. Los precios serían altos y los beneficios excelentes en un sector del espacio en donde el comercio espacial se había convertido en tan aventurado que los propios piratas se habían puesto al lado de la ley de disminuir los retornos.

* * *

Trent revisó la posición del «Yarrow» descubriendo e identificando el planeta Gram. Pero no aterrizó allí. Volvió a la hiperimpulsión y condujo la nave en torno a la Nube Beta… un aislado peligro espacial de un año de luz de extensión, resultado de una explosión seminova del sol de su centro… y efectuó su primer

aterrizaje en Dorade. Se enteró de que la situación de piratería y emolodeo por las espacionaves seguiría existiendo en las Pléyades. Aquí, arteramente, hizo dos negocios. Uno fue la venta de una carga no particularmente deseable y el otro la compra de armas pequeñas y de equipo policial fabricado para la exportación al departamento de policía de otros planetas. Representó un intercambio de esto por aquello. Se enteró de que el estado de cosas en las Pléyades había empeorado. La mayor parte de los patrones permanecían lejos de las Pléyades. El comercio interestelar en general se había reducido en el noventa por ciento entre los mundos de las Pléyades. Algunos navieros enviaron sus barcos mucho más lejos, con instrucciones de no regresar mientras el viaje espacial fuera tan peligroso en su grupo estelar patrio. Otros hicieron aterrizar a todas sus naves. La única comunicación real entre los planetas habitados de las Pléyades eran las pequeñas naves a las que los piratas o bucaneros no se molestaban en atacar por su escaso valor. Pero tampoco había muchas de éstas.

Trent consideró que esto era un estado de cosas prometedor. Despegó de Dorade. En la siguiente etapa de su viaje instruyó a sus tripulantes en el uso de las armas recién adquiridas. En particular recalcó sus enseñanzas en el estupendo acto del combate dentro de las espacionaves y sus compartimentos, tanques, bodegas y otros lugares que jamás se imaginaron pudieran ser zona de batalla. Encontraron la instrucción fascinante. Les informó de los métodos prácticos pero extraordinarios por los que los hombres de las lanchas espaciales podían abordar otra nave en el espacio, utilizando cargas conformadas contra un casco metálico para proporcionarles entrada. Estas instrucciones, claro, era para prepararlos contra los piratas.

Los tripulantes del «Yarrow» estaban encantados. Formáronse un concepto firme de que el capitán Trent planeaba para sí una piratería altamente beneficiosa. Escucharon sus nuevas lecciones con entusiasmo y esperanza.

El «Yarrow» siguió su camino. El antepasado de Trent hubiese mantenido a sus tripulantes mezclando pinturas o apretando y aflojando los foques para ajustarse a las diferencias de humedad de día a día. Si hubiesen sido marinos mercantes, ya sabrían cómo pelear. Pero Trent ejercitó a su tripulación en el uso de las armas.

Anticiparon consecuencias interesantes de su nueva eficiencia combativa. Miraban a Trent con ojos brillantes, esperando que les dijese que estaban a punto de capturar un carguero lleno de tesoros y con una serie de hembras aterrorizadas y por la tanto dóciles.

No les dio tal información, pero les mantuvo preocupados. Al poco el «Yarrow» aterrizó en Midway. Bajó a tierra solo. Hizo preguntas. Admitió que su intención era entrar a comerciar con las Pléyades.

Los agentes oficiales de Midway le previnieron solícitos. Sólo una nave había partido de Midway hacia las Pléyades desde hacía muchos meses. Ninguna noticia se tuvo de ellos. El único navío que se arriesgaba era el «Hecla», y había partido el día antes. El patrón consiguió desde los últimos informes de navíos desaparecidos que los piratas trabajaban en el lado lejano del grupo Pléyade. Se marchaba a toda potencia hacia Loren. Sería mejor que Trent no le imitara.

Pero Trent hizo lo contrario. Despegó el «Yarrow» de Midway sólo tres horas después de haber aterrizado. Inmediatamente la nave se encontró en el espacio e hizo que todas las armas pequeñas fueran distribuidas una vez más.

* * *

Durante cuatro días de la partida de Midway el «Yarrow» marchó tranquilo, en su superimpulsión y claro en aislamiento sin límites. Estaba rodeado por su campo superimpulsivo. A su través ninguna luz podía pasar, ningún mensaje de cualquier clase, excepto de una. Cada instrumento de a bordo conectado para informar sobre el universo exterior marcaba ahora cero. Era como si no hubiese cosmos, no hubiera galaxia, ni existencia más allá de las planchas del casco del navío. Por los ventanales nada se veía. Los comunicadores nada recibían El «Yarrow» estaba aislado como anteriores generaciones no pudieron jamás imaginar En superimpulsión un navío se encuentra prácticamente en otro universo vacío, en el que jamás sucede nada.

Pero el cuarto día de su despegue de Midway un único instrumento mostró lectura. Una aguja se agitó, en la sala de control. Una aguja detectora marcó la más diminuta indicación

posible. Una luz se encendió. El hombre del espacio de la sala de control que estaba de guardia lo notificó a Trent a través de los altavoces de la cabina del capitán.

—Capitán. Señor, el detector de impulsión marca.

—Inmediatamente estaré ahí —contestó Trent.

Fue. Había menos de cinco metros desde su camarote hasta la sala de control, que recorrió apresurado. El amplio tablero de instrumentos se le enfrentaba al entrar, con todos sus diales e indicadores por encima igualmente extendidos pero menos apiñados que en la parte baja de control del panel. Debajo de cada instrumento una luz verde o ámbar decía que todas las unidades del equipo del navío operaban normalmente o estaban preparadas a hacerlo cuando la nave saliese de la superimpulsión. Pero la luz de debajo del detector de superimpulsión lucía roja.

—Todavía sin cambio, señor —dijo el hombre de vigilancia.

Trent gruñó mientras se sentaba en la silla del piloto. Casi de inmediato revertió el motor del «Yarrow». Empezó a reducir velocidad desde la inimaginable superimpulsión hasta millares de kilómetros por minuto, luego a centenares, por fin a decenas.

El detector informó más y más fuerte con indicaciones de otro supermotor operando dentro de un navío… ahora a un número relativamente bajo de kilómetros de distancia. Tenía que ser sin duda una nave. Y esa nave estaría informada por un detector de su sala de control de la existencia del «Yarrow» y de su cercana presencia.

Trent operó un conmutador. Un panel de instrumentos analizadores de señales se iluminó. Se puso a trabajar en ellos.

Había silencio excepto por el pequeño conjunto de ruiditos que cualquier navío hace mientras está funcionando. Eso significa que la nave va a alguna parte y por tanto que llegará eventualmente a algún lugar. Un navío en puerto con todos los aparatos de funcionamiento apagados parece terriblemente muerto. Pocos hombres del espacio se quedarán a bordo en un espaciopuerto. El silencio en demasiado opresivo.

El analizador de señales chasqueó. Había determinado la importancia del otro campo de superimpulsión. Números iluminados conservaron la información mientras los analizadores investigaban otras cosas. El detector de campo era muy débil. Su

lectura era diez cuarenta con respecto al rumbo del «Yarrow».

No tenía rumbo. Si uno marcaba el movimiento del «Yarrow» el otro navío debía estar quieto. Pero esto quedaba a años luz de Midway y Midway seguía siendo el mundo más próximo. No es normal para un navío permanecer inmóvil en el espacio entre las estrellas. Trent hizo algo más anormal todavía. Encaminó al «Yarrow» hacia la fuente de señales de la superimpulsión.

Oprimió el botón de la alarma general y los altavoces por todo el navío emitieron el ronco bramido de probada emergencia. Habló por un micrófono y los mismos altavoces emitieron sus palabras con un peculiar efecto coral.

—Carguen las armas pequeñas —ordenó secamente—. Ocupen los puestos de combate. Lanzadores de cohetes a las escotillas. No disparen sin órdenes.

Se instaló más firmemente en la silla del piloto y el hombre de guardia se retiró y comenzó a sacar los trajes espaciales para los ocupantes de la sala de control. Trent continuó vigilando los diales y los aparatos analíticos de señales. Ahora tenía que fiarse únicamente de las lecturas de los instrumentos, pero en los demás aspectos este hecho del viaje del «Yarrow» era como divisar una vela cuando uno de sus antecesores capitaneaba un navío comercial en el siglo XVIII. El informe de una lectura en el detector de motores era equivalente al grito de «¡Vela a la vista!» que gritase desde la cofa el vigía de guardia. El uso penoso de Trent de los instrumentos de análisis de señales era igual al uso del telescopio por sus antecesores fijas las lentes en un puntito minúsculo del horizonte. Lo que podía seguir podría continuar duplicando las condiciones inmutables de lo que había ocurrido en tiempos más remotos, en los días de la navegación a vela.

El primer oficial del «Yarrow» entró.

—¿Los trajes espaciales, señor? —preguntó estoicamente.

—Será mejor que nos los pongamos, sí —asintió Trent, sin apartar los ojos de los instrumentos. El primer oficial dio la orden y se colocó su traje espacial descolgándolo de la pared trasera de la sala de control.

—¿Alguna otra orden, señor?

—¿Eh? Sí. Asegúrese de que el mecanismo del ingeniero esté preparado para funcionar. Quizá podamos probarlo. Pero el

ingeniero es tan quisquilloso que continuamente intenta mejorarlo. Si ha hecho algo, que lo deje y que lo prepare para su uso.

—Sí, señor —contestó el primer oficial.

—Sería mejor saber lo que sucede —añadió Trent—. Hay un campo de superimpulsión delante de nosotros. Su fuerza es únicamente detectora; no es bastante potente para afectar al navío que lo emite. Pero eso significaría que nuestra impulsión ha sido también captada. No obstante nos encaminamos hacia él y no se ha movido. ¡Entienda usted eso!

Los navíos en hiperimpulsión se evitan con cuidado uno a otro, por razones evidentes. Pero el «Yarrow» marchaba hacia el navío que no estaba en movimiento pero que debía conocer la proximidad del «Yarrow». Tenía un campo muy débil, tan débil que posiblemente no podía hacer nada excepto notificar la presencia y aproximación del «Yarrow». ¡Pero no se había movido!

El primer oficial parpadeó y forcejeó con el problema.

—Quizá sería mejor que nos alejásemos, señor —sugirió.

Trent acabó de cerrar herméticamente su traje espacial y se puso el casco y abrió el visor.

—Vaya a ver si el mecanismo del ingeniero está preparado para su uso —ordenó—. Yo lo probaré primero.

El primer oficial se fue. Trent se encogió de hombros. Ningún navío en el espacio infestado de piratas permanecería inmóvil, emitiendo un campo débil de impulsión que era una invitación a los piratas para que se acercasen. El hecho de que uno hiciera exactamente aquello que sugería un acontecimiento muy especial en el curso de las cosas. El primer oficial no lo veía razón, por lo cual posiblemente explicaba que siguiese siendo un simple primer oficial.

El «Yarrow» continuó acercándose a la fuente de aquel débil campo de superimpulsión, capaz a esta distancia sólo de operar como detector de los campos de superimpulsión de otros navíos. Pero la aproximación del «Yarrow» no le hizo moverse, ni tampoco evitarlo o atacarle. Lo que seguía siendo irrazonable. Sugería que la tripulación del otro navío tenía algo entre manos que era demasiado absorbente para dejar que nadie se molestara en la lectura de los instrumentos.

La expresión de Trent era formidable y absorta. La parte

formidable era la más fuerte. Sus labios formaban una fina línea apretada y recta. Desde su silla de piloto vigilaba de nuevo el tablero de control. El dispositivo de análisis de señales continuaba funcionando, reconsiderando los datos que era cuanto podía ofrecer. La fuente del notablemente débil detector de campo estaba a un millar y pico de kilómetros. A quinientos. A doscientos. A cien. Trent dijo con voz entrecortada:

—¡Sala de máquinas! ¿Está ese chisme preparado para su uso?

La voz del primer oficial replicó desde el altavoz.

—Sólo un momento, señor. El ingeniero dice que estaba mejorándolo. Pero lo ha vuelto a montar como estaba, señor.

Trent juró en voz baja. Hizo volver al «Yarrow» por segunda vez metiéndolo en la infinita negrura de la superimpulsión. El otro navío estaría en el espacio normal. Su motor estaba sintonizado sólo a potencia detectora, lo que significaba que no podría hacer nada excepto detectar otros motores. Aquel otro navío veía la Vía Láctea y un millar de millones de estrellas. El «Yarrow», acercándose, no vio nada. Era como uno de esos legendarios submarinos de las guerras de la Tierra. Estaba ciego y resultaba invisible porque iba en superimpulsión, pero se acercó más y más a su invisible presa.

—Que todos cierren los visores de sus cascos —dijo Trent con laconismo—. Utilicen aire de sus trajes espaciales. Voy a salir de la superimpulsión. Sala de máquinas, ¿qué hay de ese chisme?

La voz del primer oficial sonó turbada.

—¡Otro minuto, señor! ¡No más que otro minuto!

Trent dijo con la voz más helada que nunca.

—Ahora voy a salir. Háganme saber cuándo empiezan a cargarlo. Lanzadores de cohetes, preparados en espera de órdenes.

Luego cortó el interruptor de la superimpulsión.

Notó, claro, esas sensaciones agudamente desagradables que siempre acompañan al entrar o dejar el estado de superimpulsión. Una es un mareo profundo con náuseas que duran una fracción de segundo. Se siente el desamparo propio de una caída a través de una espiral que se contrae. Luego, de pronto, todo ha pasado.

El «Yarrow» había vuelto al espacio normal.

Pero el dial de objetos más próximo marcó algo imposiblemente cerca. La pantalla de proa mostró lo que Trent había imaginado. El otro navío y el porqué de estar inmóvil. Incluso mostró por qué

nadie prestaba atención a las lecturas de los instrumentos del detector de motores.

A cuarenta kilómetros de donde el «Yarrow» acababa de salir en la superimpulsión, un voluminoso mercante estaba muerto en el espacio. A unos cinco kilómetros, un navío más pequeño, brillante y ligero estaba plantado y lanchas espaciales del navío de menor tamaño marchaban en dirección al navío grande.

La situación se explicaba por sí misma. Un pirata o un corsario había hecho estallar la superimpulsión de un barco mercante, probablemente del «Hecla» salido de Midway en dirección a las Pléyades, dispuesto a aterrizar en Loren. El mercante, evidentemente, se había quedado tullido y no podía huir. Mientras yacía desvalido, lanchas de la tripulación pirata se movían ahora para abordar a su víctima. Y los tripulantes del corsario estaban demasiado atareados vigilando para fijarse en los diales detectores.

CAPÍTULO II

La emergencia del «Yarrow» de la superimpulsión naturalmente haría que gongs estridentes sonasen en ambos navíos. El altavoz del comunicador espacial del techo de la sala de control murmuró frenéticamente:

—«¡Mayday!» «¡Mayday!». ¡Pidiendo ayuda! ¡Un pirata ha volado nuestro supermotor y nos bombardea! «¡Mayday!». «¡Mayday!». ¡Socorro…!

Hubo un ruido áspero en el altavoz. La petición de ayuda del mercante quedó borrada y destruida por un monstruoso sonido blanco puro. Provino de la nave más pequeña. Alguien en la sala de control había entrado en acción tras la irrupción del «Yarrow». Había visto, por fin, el detector visible de señales y como primera reacción de emergencia emitió un ruido puro. Eso obturó el resto de la llamada de socorro haciendo o pretendiendo hacer imposible la cooperación entre el «Yarrow» y el «Hecla».

El altavoz emitió otros ruidos, originados en la sala de máquinas. Trent soltó un juramento. Desconectó el comunicador exterior ante la urgencia de recibir informes de su propio navío. La voz del primer oficial llegó asombrosamente clara:

—El dispositivo preparado para la carga, señor. El ingeniero así lo dice. Usted puede cargar el dispositivo.

Delante, en donde dos naves extrañas yacían, las lanchas espaciales de la más pequeña revertían su movimiento y regresaban hacia el navío del que salieron. Aquel navío continuó transmitiendo una potente explosión de sonido ensordecedor, cuya recepción Trent acababa de cortar. El mercante seguía rogando ayuda frenéticamente.

—Adelante, señor —repetía el primer oficial desde la sala de

máquinas del «Yarrow»—. Todo está preparado para la carga.

Trent buscó el primero de los dos nuevos controles en el panel de instrumentos. El primero aumentaría el circuito de impulsión millares de kilowatios para cargar el banco de condensadores energéticos del dispositivo. Debería seguir cargando durante minutos. Luego accionando el segundo nuevo control, significaría la descarga de energía en una explosión de potencia que debería destruir el motor del pirata y dejarlo desvalido y limitado a la impulsión del espacio normal.

Esto podía hacerse solamente con ambos navíos en superimpulsión. Pero Trent confiaba que obligaría al pirata a entrar en el casicosmos y allí dejaría que el dispositivo lo dejase tullido, obligándole a volver a la normalidad en donde se le arreglarían las cuentas. Poseía sólo cohetes tipo policía, para asegurarse, pero había otros medios. En cualquier caso, como peor, podría sacar la compañía del navío «Hecla», evacuarlos y llevarlos hasta puerto y luego volver con mejores armas para acabar con el pirata. Podría hacerlo antes de que el navío corsario reparase su superimpulsión.

Sus dedos encontraron el interruptor de carga. Lo oprimió, debería ya empezar a cargar. A los pocos minutos estaría preparado. El pirata entraría en superimpulsión en donde desde allí esperaría volar el motor del «Yarrow». Pero su propio generador estallaría en un fogonazo y quizá incluso se fundiría.

Oprimió con fuerza el interruptor de carga.

Hubo una áspera y fuerte explosión en la sala de máquinas. El olor a metal vaporizado y aislamiento quemado se extendió por todo el «Yarrow». Hubieron gritos.

El primer oficial entró en la sala de control. Su traje espacial mostraba señales de haber sido salpicado con pedazos de la explosión de aislante del cable.

—Ese aparato —dijo con increíble estolidez—, estalló. No funcionó. Cuando usted accionó el interruptor.

Trent estaba demasiado furioso incluso para jurar. Había probado el dispositivo que le proporcionaron los propietarios del «Yarrow» y éste fracasó. Acababa de desperdiciar la ventaja de la sorpresa. Ahora se encontraba sólo a escasos kilómetros de distancia de un pirata indudablemente armado que se había dado perfecta cuenta de su presencia.

Habría sido paradójico por su parte mesarse el cabello en una frustración total y tal reacción hubiera resultado tan útil como cualquier otra. Pero miró con fijeza a las lanchas espaciales que volvían hacia el navío pirata. Les costaría muchísimo tiempo regresar y aún mucho más entrar en las escotillas por la que salieron. El pirata destrozaría el motor del «Yarrow» si se metía en superimpulsión. El «Yarrow» no podría destrozar al del pirata. Trent únicamente era capaz de pelear en el espacio normal con las mismas posibilidades que el corsario. El sólo hecho a su favor era que el pirata no le seguiría a la superimpulsión hasta que tuviese a bordo sus lanchas. Le era posible maniobrar de un modo peculiarmente parecido al de un submarino —una de esas armas fabulosas de las últimas guerras de la Tierra— sumergiéndose para apartarse de la vista, pero sólo hasta que las lanchas del pirata estuvieran de nuevo en su base.

Utilizó aquella maniobra anticuada. El «Yarrow» se desvaneció, para reaparecer sólo segundos más tarde en el espacio normal una vez más y muchísimo más cerca del pirata.

Las lanchas espaciales casi habían vuelto para entonces. El pirata giró y hubo una de esas extraordinarias y apresuradas nubes de humo que aparecen cuando un explosivo es enviado al vacío. El vapor surgió y huyó locamente hacia la nada. Un obús se había disparado sin rumbo preciso. El pirata tenía un cañón. El «Hecla» había dicho que le habían bombardeado. Trent llevó al «Yarrow» de nuevo a la superimpulsión. Los síntomas de náuseas y mareo y de loca caída en espiral se multiplicaron en su desagradable aspecto por verse repetidos después de un intervalo tan corto.

El lapso de tiempo ante su regreso al espacio normal había sido cortísimo. De unos cuantos segundos tan solo, pero las lanchas espaciales se encontraban a lo largo del pirata y las cubiertas en forma de concha de las escotillas salvavidas ya se abrían para recibirlas. Pero el «Yarrow» se encontraba sólo a centenares de metros de distancia ahora y Trent lo impulsó a toda velocidad hacia delante con el motor de emergencia.

El «Yarrow» se lanzó contra el navío pirata como algo furioso y mortífero. Era la más improbable de todas las maniobras posibles. Por todas partes se veían estrellas, a derecha, a izquierda, arriba y abajo. No había solidez para que ser humano alguno comprendiese

con exactitud las distancias. Por todo el espacio en el que maniobrar o intentar huir, con un enemigo que había salido más allá de las estrellas más próximas, Trent intentaba el más primitivo sistema de estrategia de combate naval. La embestida. Y en parte tuvo éxito.

El navío pirata lanzó un obús precipitado por el pánico al «Yarrow». Falló. Antes de que el cañón pudiera volver a disparar el «Yarrow» estaba sobre él. Las planchas de acero del casco se arrugaron y se rompieron. El navío mayor se lanzó contra el más pequeño, con todo su interior sonando por el vibrar y el romperse del metal.

Y el pirata se desvaneció. Se había metido en superimpulsión en el último instante, mientras las planchas de su proa estaban en la actualidad destrozadas. El «Yarrow» se precipitó a través del vacío que el pirata dejó en su estela. Se volvió y acometió una y otra vez, repitiendo la maniobra, como algo enorme y furioso tratando de aplastar o destrozar a otra cosa más pequeña y ágil.

* * *

Ahora quedaban dos navíos en el espacio normal. Uno, claro, era el «Yarrow». El otro era el mercante desvalido «Hecla». De momento Trent ignoró al otro navío. Mantuvo al «Yarrow» retorciéndose y dando vueltas a través del vacío en donde había estado el pirata. Mantuvo el detector de motores del «Yarrow» en funcionamiento, intentando localizar a su enemigo. Lo había únicamente dañado en un espacio normal, pero si lo seguía a la superimpulsión —tal y como habían resultado las cosas— podría destruir al «Yarrow» y luego bombardearlo hasta que no quedase a bordo ni rastro de vida. De haber estado los hombres de la sala de control del pirata alerta, el corsario habría tenido un aviso a tiempo de la llegada del «Yarrow».

Pero ahora el navío pirata permanecía en superimpulsión y dentro del alcance detectivo durante un considerable tiempo. Podría estar evaluando los daños en la proa del «Yarrow» y los sufridos. Pero Trent escuchaba fríamente y oyó el rechinar de su motor hacerse más y más débil hasta que murió. Entonces, o bien debía estar en el espacio normal —pero a muchísima distancia—, o en superimpulsión y casi inimaginablemente distante.

Pasó más de una hora antes de que Trent volviese al «Yarrow» en dirección al desarbolado «Hecla». Había cortado el altavoz del espaciofono para poder escuchar únicamente los informes de su navío. Ahora lo conectó de nuevo y una voz temblorosa y agitada le llegó al instante.

—¡Por favor, respondan! Nuestro casco está perforado por los obuses y hemos tenido que colocarnos los trajes espaciales porque perdemos el aire muy de prisa. Un obús estalló en la sala de máquinas, destrozando nuestro motor Lawlor y volando en mil pedazos nuestra bobina de superimpulsión. ¡La situación es desesperada! ¡Por favor, respondan!

Trent oprimió el botón del transmisor.

—«Yarrow» llamando al «Hecla» —dijo con voz seca—. En estas circunstancias, todo lo que puedo hacer es trasladarles a bordo y dejarles en tierra en algún lugar seguro. No puedo permanecer por aquí. El pirata está averiado pero en apariencia no destruido. Se fue en superimpulsión cuando le alcanzamos y se ha alejado. No sé si volverá o no. ¿Desean intentar las reparaciones, arriesgándose a que vuelva?

La voz del «Hecla» era casi ininteligible en su negativa frenética de tal idea y en su prisa por aceptar la oferta de Trent. Trent hizo los acuerdos rápidamente para el traslado de los humanos del navío desmantelado. Trasladó al «Yarrow» cerca y a lo largo de la otra nave para facilitar el traslado. Llamó al primer oficial.

—Quédese aquí —ordenó— y vigile ese detector. Los hombres del pirata de guardia estaban buscando a las lanchas y por eso no advirtieron que nos acercábamos. Termino esto y nada más. E informe por espaciofono si esa aguja hace la más mínima insinuación de moverse.

Se dirigió a la escotilla que él había vaciado para recibir la lancha del «Hecla» y a la que se dirigía la tripulación del otro navío. A los pocos minutos se encontró a bordo del «Hecla». La presión de aire era baja. Bajísima. Recorrió el piso acompañado del patrón del «Hecla», que siguiendo la tradición sería el último hombre en abandonar el navío, pero que evidentemente no mostraba ningún agrado por el retraso.

—Está bien —dijo Trent, cuando hubo comprobado los daños producidos por el bombardeo del pirata—. Sólo una cosa más.

Quiero volver a echar un vistazo a la sala de máquinas.

—Si… si el pirata vuelve…

—Será mala cosa —asintió Trent—. Pero es igual…

Entró en la sala de máquinas del «Hecla». El desmantelamiento del «Hecla» se había efectuado con muchísima eficiencia. Volada la superimpulsión, el navío de carga era capaz sólo de moverse con su motor Lawlor sin más ayuda. Podía efectuar embestidas desesperadas aquí y allá para aplazar su inevitable destrucción. Pero eso habría sido un inconveniente para el pirata. Llevaba un cañón para tales ocasiones. Lo utilizó y el «Hecla» no podía ofrecer la menor resistencia.

En este momento el patrón del «Hecla» indicaba la posibilidad de que el pirata podía volver.

Trent no respondió. Estaba muy atareado en la sala de máquinas, leyendo los diales, repasando la caja de fusibles. Después de establecer una secuencia de retraso entró con el tembloroso capitán del «Hecla» a la escotilla. La masa enorme del «Yarrow» asomaba a menos de doce metros, pero debajo y entre los navíos yacía un abismo insondable. Las estrellas brillaban por todas partes entre sus pies. Uno podía caer durante millones de años y jamás encontrar fondo en la nada.

Un tripulante del «Yarrow» les izó por la separación hasta la escotilla abierta del navío salvador, utilizando las cuerdas espaciales. Instantes más tarde Trent se encontraba en la sala de control, el casco quitado, pero conservando el traje espacial. Miró por los ventanales. Empezó a fruncir el ceño, gesto que no tardó en acentuar. El capitán del «Hecla» entró inseguro por la puerta de la sala de control.

—Le… le sugiero —dijo tembloroso—, que… nos alejemos de aquí lo antes posible.

—Este es mi navío —le contestó Trent con sequedad—. Yo doy las órdenes.

No se había apartado del ventanal. Había estado vigilando al «Hecla», seco de aire y sin nada vivo a bordo, dejado como pecio entre las estrellas. Pero ahora el navío abandonado de pronto se alejó del «Yarrow». Se lanzó al espacio. Comenzó a funcionar. Se alejó por las infinitas distancias entre los soles de la galaxia. Disminuyó hasta ser el puntito más pequeño a la luz estelar. Luego

desapareció.

La boca del patrón del «Hecla» se abrió de asombro.

—¿Qué…?

—No me gustan los piratas —dijo Trent—. Temo que no dañamos a ese otro con mucha gravedad, porque logró permanecer en superimpulsión. Pero no me gustaría que volviese y saquease al «Hecla». Así que envié a su navío al espacio. Una acción refleja por mi parte.

—¿Pero qué esperamos? —preguntó el patrón con ansiedad.

—Ahora nada —le contestó Trent—. Tengo una misión en la sala de máquinas, pero eso puede aguardar.

Examinó el detector de motores con cuidado casi microscópico. No indicaba nada. Puso al «Yarrow» en rumbo. Accionó el interruptor del motor. El «Yarrow» se alejó de allí.

Trent entró en la sala de máquinas. Aún olía a metal vaporizado y aislante quemado. McHinny paseaba arriba y abajo, jurando con seguridad y con indignación que no disminuía. Había inventado el aparato que Trent utilizó sin éxito para destruir al navío pirata. Ahora su dispositivo, que debiera haber evitado todo peligro por parte del navío corsario, se había quemado, hinchado, descolorido y transformado en ruina. Un hilo de humo del aislante quemado aún ascendía en el aire por encima del conjunto de máquinas.

—No funcionó —dijo Trent con llaneza—. ¿Qué es lo que le pasó?

McHinny al instante se puso fieramente a la defensiva. No hay furia infernal igual a la de un inventor defendiendo su pretensión de ser un genio.

—¡Usted no lo hizo funcionar bien! —gritó con amargura—. ¡Lo estropeó todo! ¡Lo conectó cuando habían dos navíos al alcance! ¡Dos! ¡Usted lo supercargó!

Trent no dijo nada. Esto era defensa, no realidad. El motor del «Hecla» se había quemado por la acción del pirata. No podía constituir la mitad de una supercarga en la tensión de superimpulsión.

—¡Y el primer oficial me dio prisas!, —continuó McHinny furiosamente—. Siguió diciendo que yo tenía que apresurarme y volverlo a montar. ¡Lo estaba perfeccionando y me acució para que lo tornase a montar!

Trent frunció el ceño.

—¿Puede usted repararlo? —preguntó con intención—. Si lo pone en condiciones de funcionamiento, volveremos a probarlo.

—¡He de reconstruirlo! —respondió el ingeniero—. ¡Y no aguanto que nadie me diga lo que debo hacer! ¡Yo lo inventé! ¡Sé todo lo que hay que saber acerca de este aparato! ¡No haré nada a menos que me den carta blanca!

Trent alzó las cejas.

—Está bien —dijo—, pero tuvimos suerte. ¡La próxima vez recuerde que se encuentra usted en el mismo navío que el resto de nosotros!

Se volvió y se dirigió a la sala de control, examinando su siguiente movimiento. Los planes del capitán Trent del «Yarrow» conservaban un cierto parecido familiar al plan que su antecesor llevó a cabo en los días de la navegación a vela. Creía que a los piratas no les gustaba pelear. Preferían asesinar. Sospechó que estarían asombrados si se les atacaba, porque su costumbre era conducir ellos el ataque. Y creía que la acción violenta cuando no se la esperaban podría proporcionar resultados interesantes.

Al poco sus puntos de vista no coincidían con los del capitán medio mercante que entraba de mala gana en grupos estelares infestados de piratas. Tenía vivas esperanzas de acción provechosa. Aún podía arreglárselas para encontrar o producir actividad de una clase congénita. Cuando consideraba el fracaso en el asunto del «Hecla» eso le servía únicamente de impulso para modificar sus intenciones, no para abandonarlas.

Cuando tornó a entrar en la sala de control había una muchacha. El patrón del «Hecla» hablaba con cierto respeto.

—Capitán, la señorita Hale quiere darle las gracias. Su padre es el presidente planetario de Loren.

Trent asintió educadamente. La chica dijo con voz aún insegura:

—Quiero darle las gracias, capitán. De no haber sido por usted…

—Es un honor —contestó Trent tan educadamente como antes —. Me alegro de haber estado cerca.

—Yo… sólo puedo ofrecerle palabras —dijo la muchacha—, pero cuando volvamos a Loren, mi padre por lo menos…

—Lo siento, pero no voy a Loren —dijo Trent—. El «Yarrow» se dirige a Sira. Tendrá que ir usted hasta allí.

El patrón del «Hecla» intervino apremiante.

—Pero, capitán Trent, ésta es la señorita Hale. Su padre es el presidente del planeta. Iba a su patria. ¡Seguramente usted podrá desviar su rumbo lo suficiente como para dejarla en tierra, en su mundo natal!

Trent sacudió la cabeza penosamente. Unas cuantas horas antes tenía más o menos intención de encaminarse a Loren. Pero los pasados acontecimientos requerían un cambio de plan. El encuentro con un navío pirata que había capturado pero no saqueado a un mercante no había terminado del modo que él deseaba. Tenía que alterar sus planes. Ahora requerían una visita inmediata a Sira.

—Lo siento sinceramente —dijo—, pero tengo que ir a Sira. Por un detalle: está tres días más cerca que Loren y esos tres días son importantísimos para mí.

—Usted no se da cuenta…

La muchacha colocó la mano en el brazo del patrón.

—No. Si el capitán Trent se dirige a Sira, iremos a Sira. ¡Seguramente desde allí podré llegar a mi patria! Naturalmente que debemos avisar a mi padre de que el pirata pretendía ser el «Bear». Pero el capitán Trent ha hecho bastante por salvarnos de… de lo que nos habría ocurrido si no hubiese venido en nuestra ayuda especialmente si no hubiese actuado como lo hizo.

Trent inclinó la cabeza a un lado inquisitivamente.

—¿El «Bear»?

—Nuestro buque corsario —explicó la chica—. Estamos en un terrible apuro en Loren. Carecemos de antibióticos, como primera cosa, y de otros suministros exteriores a nuestro planeta. ¡Pero lo que más necesitamos son antibióticos! ¡Nuestras bacterias del suelo matan las cosechas del tipo terrestre! ¡Sin antibióticos moriremos de hambre! Así que dimos licencia de corsario a un navío. Mire, con un pirata en acción por los alrededores y hecho jirones el comercio interestelar, los navíos comerciales no vienen a nosotros. Pero hay algunas cosas que precisamos. Así que nuestro corsario detiene a los navíos y requisa las mercancías y pagamos por ellas lo que podemos, más tarde. Es un caso de emergencia.

—Hummm —murmuró Trent con cortesía.

—Esta mañana —añadió ella—, cuando apareció el pirata en nuestros detectores, pusimos plena potencia para esquivarlo como

cualquier otro navío. Pero nos alcanzó y se nos acercó. Tratamos de escabullimos describiendo zig zags, pero finalmente se aproximó más e hizo volar nuestra superimpulsión y nos quedamos desamparados. Salimos de superimpulsión cuando se produjo el estallido y allí estaba el pirata. Y dijo: «Corsario "Bear" de Loren, llamando. ¿Qué navío es ése?».

El patrón del «Hecla» tomó el hilo del relato con fiereza.

—Yo contesté… «¡al diablo lo que usted diga! ¡Este es el "Hecla", y la señorita Hale va a bordo! ¡Se va a ver usted en un jaleo y muy gordo!».

La chica interpeló:

—¡No se parecía mucho al «Bear»!

Trent alzó la mano.

—¡Un momento! Ustedes fueron detenidos por el pirata, pretendiendo ser el «Bear», que según tengo entendido es un corsario oficial.

La chica asintió.

—Sí. Eso mismo.

—¿Y no se trastornaron? Oh, ahora comprendo. El «Hecla» está registrado como propiedad de Loren. Ustedes fueron detenidos por un navío que pretendía ser un corsario autorizado por Loren. Naturalmente, no esperaba ser saqueado por un corsario de su propio mundo patrio. ¿Es así?

La chica volvió a asentir. Estaba terriblemente tensa. Hacía poco rato que conociera la más completa desesperación. Ahora mostraba un estupendo aire de compostura. Pero sus manos estaban unidas y crispadas. No parecía darse cuenta. Trataba con ahínco de impedir que sus labios temblasen. Trent se le acercó.

—Y usted —se volvió al patrón del «Hecla»—, estaba tan seguro de que nada tenía que temer que dijo a este pirata que se iba a meter en dificultades. Pensó que era el «Bear» y que le había detenido.

—Y volado nuestro motor —contestó el patrón—. ¡Pues claro que pensé que se había metido en un apuro! ¡La señorita Hale iba a bordo!

—Y…

—El hombre del comunicador del pirata se echó a reír. ¡Se rió! Y entonces supimos lo que había pasado y tratamos de escapar y nos

siguieron y nos alcanzaron de nuevo una y otra vez. Y por último comenzaron a disparar sobre nosotros. Luego un obús entró en nuestra sala de máquinas así que ya no pudimos tratar de esquivarles un momento más.

Trent pudo imaginárselo con mucha claridad. El «Hecla», regordete y maternal, conociendo su propia destrucción, habría tratado de aplazar lo inevitable mediante una loca huida, fruto del pánico. El pirata le siguió. Quizá por diversión dejó escapar al torpe mercante hasta que lo divertido se acabó. En total, habría sido algo parecidísimo a un hombre tratando de coger a una gallina o a un cerdo llegado el momento de la matanza. ¡Habría sido horrible! En cualquier caso el pirata bombardeó al «Hecla» para dejarlo sin aire y uno de los obuses dio en la sala de máquinas y detuvo el motor Lawlor y luego el propio pirata envió lanchas para ocupar y saquear la nave. Los piratas debían haber sido emitidos por la escotilla para cometer sus asesinatos. Alguien cooperaría con mucha docilidad con sus presuntos asesinos, meramente por conseguir unos cuantos minutos más de la vida. Y de otro modo los piratas habrían originado un agujero en su desvalida víctima, en el casco, y entrado por allí.

Trent se lo podía imaginar con muchísima claridad, de los informes recibidos para acontecimientos similares en otros lugares.

—Y entonces llegamos nosotros —observó.

—Nunca se lo podremos pagar —dijo Marian con calor—. Yo… yo jamás creí realmente que pudiera ocurrirme nada terrible. Pero me equivocaba y estuve a punto de comprobarlo. Y usted me salvó. Así que… quiero darle las gracias.

—Ya lo ha hecho y muy bien —contestó Trent—, pero todavía no hemos llegado a Sira. Aún podemos meternos en algún jaleo. Déjeme que le diga que son ustedes bienvenidos y que se queden las cosas así. Mientras, ¿por qué no ocupa mi camarote y descansa? Ha tenido usted una experiencia muy desagradable.

Ella le sonrió y salió. El patrón del «Hecla» la siguió. Trent se volvió al tablero de instrumentos. Miró al detector con cuidado especial.

El primer oficial del «Yarrow» dijo sombrío:

—¡Capitán, señor, no importa como resultase, lo pasamos muy mal al intervenir!

—Sí —asintió con sequedad Trent—. Uno nunca debería aceptar la palabra de los propietarios acerca de dispositivos especiales. Tampoco me gustó el asunto. Pero si le sirve de alivio, le diré que somos héroes.

—Para mí eso no significa nada —contestó con sinceridad el primer oficial.

—Entonces la próxima vez —dijo Trent—, no efectuaremos ninguna gesta heroica. La próxima vez que tropecemos con los piratas, les dejaremos que nos corten la garganta sin oponernos en absoluto.

Pero después del encuentro, el efecto de aislamiento asegurado producía una especie de tranquilidad. La nave se sentía a salvo. Hermosamente a salvo. Sus aparatos de aire funcionaban a la perfección. Su control de temperatura estaba ajustado para que partes distintas de las zonas ocupadas de la nave tuviesen diversos grados de calor o de frío trivial, lo que hacía parecer las cosas más naturales. Incluso se poseían plantas creciendo en un compartimiento adecuado. Y la tripulación desempeñaba sus guardias con placidez y los libres de servicio murmuraban y holgazaneaban por doquier.

Pero allí estaba, en este momento, un lugar inimitablemente arrancado del «Yarrow» en donde un navío cortó su superimpulsión y regresó al espacio normal. Las luces de las estrellas brillaban. Las planchas de su proa estaban arrugadas y rotas. El tercio delantero del casco quedaba sin aire y ningún hombre podría ir allí, a excepción de utilizar las escotillas de emergencia entre los compartimentos y morirían inmediatamente si iban sin traje espacial. Esto era, claro, obra del navío que se llamaba a sí mismo el «Bear» cuando exigía al «Hecla» que se rindiera.

La compañía del navío pirata no era sólo provocadora si no hasta desesperada. Habían muy pocos tripulantes que antes de eso no estuviesen en el «Hecla». Cuando el aire se escapaba por el tercio delantero de su casco, tenían que haber habido hombres sin traje espacial puesto. En teoría poseían treinta segundos para colocarse en la armadura espacial. Ninguno de ellos pudo hacerlo. Ni nadie lo había hecho jamás. La parte superviviente de la tripulación querría horriblemente vengarse del acto defensivo del «Yarrow».

Pero de momento, la tripulación del navío pirata estaría

trabajando con sopletes de oxígeno para reparar el daño hecho por la embestida del «Yarrow». Reparaciones extensas, aunque temporales, serán necesarias para que la operación normal del navío que a si mismo se había llamado el «Bear» se efectuase sin dificultades. Pero después de reparado este navío no podría ir a un espaciopuerto y hacerse pasar como un mercante inocente. Las reparaciones sólo podían efectuarse en el espacio y aún así sería necesario dar explicaciones al suelo. Era muy probable que todo el asunto del desarbolamiento del «Hecla» se conociese por todas las Pléyades y en otros lugares tan de prisa como podían viajar las noticias.

En resumen, si antes de este acontecimiento el pirata había pasado por cualquier espaciopuerto como una nave honrada en misiones legales, eso ya no lo podría realizar ninguna otra vez.

Había únicamente una sola posibilidad. El «Hecla» había sido desmantelado y perforado. Muy probablemente, si la inmediación del «Yarrow» hubiese tenido valor de aguantar y evacuar su tripulación, quedaba abandonado. Pero el navío pirata podría recuperar al «Hecla».

El «Yarrow» se dirigía a Sira. Y Trent tenía planes elaborados, con la tesitura de permitirse calcular lo que posiblemente podría hacer el pirata. Si alguna de sus deducciones resultase cierta, los piratas sentirían hacia él un odio de los más feroces.

CAPÍTULO III

Marian Hale contemplaba por un ventanal cómo el gran globo de Sira se hinchaba y crecía gigantescamente gracias a la caída del «Yarrow». El capitán del «Hecla» señaló a una de las tres lunas cuando la nave pasó cerca y explicó lo que era una órbita troyana. Más tarde enumeró los puntos notables del panorama en el creciente mundo de Sira.

Al poco el navío tocó tierra. La chica, sonriendo, se volvió a Trent.

—Aterrizamos aunque por un tiempo me pareció que jamás volvería a pisar tierra firme. ¿Qué piensa hacer, capitán?

—Casi es mediodía aquí —dijo Trent—. Antes de que se ponga el sol habré de haber comerciado un poco y realizar una serie de tareas personales. Luego remontaré el vuelo de nuevo.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible —la contestó—. No he venido aquí a divertirme.

—Necesito ponerme en contacto con nuestro agente comercial —observó ella—. Aquí en las Pléyades no tenemos embajadores, sólo agentes comerciales. ¿Piensa que podré ir perfectamente a salvo desde aquí a Loren?

Trent se encogió de hombros. No estaba seguro. De haber habido un sólo navío pirata, ciertamente, y durante una temporada, lo más probable es que no lo hubiese a sus actividades profesionales; podían haber más piratas en esta zona. Habría, con toda seguridad, navíos que partiesen al espacio en la creencia de que el «Yarrow» había dado un golpe mortal a la piratería. Pero haría el tiempo más maduro para que los piratas efectuasen múltiples y ricas capturas.

—No estoy calificado para aconsejarla. Sin embargo, aunque

esté a punto yo mismo de zarpar, diría que no. De ser su padre, le ordenaría que se quedase sana y salva aquí hasta que durante muchos meses no se recibiesen informes de navíos desaparecidos.

Ella volvió a sonreír. Tendió su manita, que Trent le tomó.

—Desembarcaré ahora. Gracias, capitán. He de ayudar a la tripulación del «Hecla» a informar su pérdida y las circunstancias. Pero usted necesitará también hacer un informe, ¿verdad?

Trent asintió. Ella no retiró su mano.

—Y ahora una cosa más. ¿Podría hablar con nuestro agente comercial unos momentos esta tarde antes de que despegue?

—Lo intentaré —contestó Trent.

La estrechó la mano formalmente y ella, ahora, sí la retiró. De nuevo sonriendo, salió de la sala de control y descendió al suelo. Trent, ceñudo, la vio caminar hacia las oficinas del espaciopuerto. Era mediodía. Costaba trabajo mantener la idea de los días y de las noches después de una larga estancia en el espacio. Marian sería catalogada como persona muy importante en Sira. Trent podía bañarse libremente en la irradiación de la personalidad de ella, si así lo quería. Pero no quiso.

Dijo con brusquedad al primer oficial:

—Tendré que hablar del «Hecla» en la oficina del espaciopuerto. Luego conversaré con algunos navieros sobre nuestra carga. Después echaré un vistazo a las pensiones en torno al espaciopuerto para ver qué clase de hombres hay por aquí sin trabajo a causa de los piratas.

—¿Algún permiso para desembarcar para nuestros hombres? —preguntó el primer oficial.

—Hummm —dijo Trent. Meditó—. Los trabajadores del espaciopuerto se ocuparán de descargar cualquier mercancía que yo logre vender. Pero perderé algún tiempo hablando del «Hecla». Déles ocho horas. Deberemos estar preparados para el despegue entonces.

—Pues sólo tendrán tiempo de emborracharse —dijo sombrío el primer oficial—, y carecerán de tiempo para volverse a serenar.

—Voy a embarcar trabajadores extras, si puedo —le dijo Trent.

Se volvió para salir de la sala de control, en el momento que el primer oficial le llamó:

—¿Capitán?

—¿Qué?

—Esa señorita —dijo el primer oficial—, se puso a hablar conmigo ayer. Quería descubrir algo. No sabía si decírselo o no.

—¿Qué es lo que quería saber?

—Si usted era casado. Le dije que no. ¿Hice bien?

—Sí —contestó Trent—. Es verdad. No lo estoy.

Salió de la nave y pasó por el tedioso asunto de responder preguntas acerca del «Hecla» luego de hablar de negocios con los importadores y los comerciantes reunidos en el aeropuerto desde que la llegada de un navío comercial se extendió. Todos estaban muy ansiosos de vender mercancías. Repartió la mayor parte de su carga providencialmente entre ellos. Era casi el anochecer cuando volvió a investigar los lugares de negocios precisamente al exterior de las puertas del espaciopuerto.

De inmediato solicitó permiso para despegar. Acababa de contratar a diez tipos duros para añadirlos a la tripulación del «Yarrow» y el navío estaba preparado paras navegar.

—Toda la tripulación que se prepare para la ascensión —dijo la voz de Trent desde docenas de altavoces, haciendo con sus palabras un efecto coral por la reverberación de los sonidos—. La ascensión comienza dentro de diez segundos. Todo el mundo a sus puestos. Cinco segundos… la ascensión empieza.

El «Yarrow» se alzó hacia el cielo nocturno tachonado de estrellas y las grúas esbeltas de la rampa de aterrizaje pasaron raudas y se desvanecieron abajo. El planeta Sira parecía meramente una enorme negrura en la que infinita y sin miles puntitos de luz —lámparas callejeras— se hacían más y más diminutos hasta desaparecer totalmente. Luego quedó una simple oscuridad contra una masa inconcebible de estrellas. Pero al poco la parte soleada de Sira apareció a la vista y todo cambió.

El navío mercante «Yarrow» entró en superimpulsión después de abandonar Sira y Trent durmió toda la noche de un tirón. A la mañana siguiente la nave se encontraba a muchos millones y trillones de kilómetros del planeta.

Recorrió el navío y encontró todo de su gusto. Incluso McHinny le enseñó sus preparativos para reconstruir el dispositivo antipiratas. Estaba casi a las tres cuartas partes de su aspecto normal de volver a funcionar. Trent, sintiendo amabilidad para el

cosmos, le alabó lo bastante para que McHinny pareciera casi contento. Los nuevos miembros de la tripulación se habían puesto a trabajar, cosa de la que se encargó el primer oficial, y miraban a Trent con satisfactorio respeto y confianza.

El mismo Trent trabajó con ahínco en la sala de control en un problema de matemáticas. Era complicado. Quería volver a localizar al «Hecla». El diario de a bordo en cinta magnética del «Yarrow» tenía una grabación de todos los rumbos, potencias de motor y duraciones de impulsión desde su partido del puerto base. Podía volver aproximadamente adonde abandonó el «Hecla». Pero es que el «Hecla» no estaba ahora allí.

Había sido enviado de viaje con su motor Lawlor en un rumbo que Trent tenía anotado. Pero la real seguridad de la posición en el espacio quedaba fuera de toda cuestión. Y nadie podía decir lo que era seguro, de todas maneras. Un intento como ese entrañaba el movimiento propio del sol local, el sol de cuyo sistema uno ha empezado a viajar, la velocidad individual propia en tres dimensiones debidas al movimiento del espaciopuerto que se abandonó, un resumen altamente corregido de la eficiencia motora, la masa total del navío y la carga y unos cuantos factores más.

Y, empezando de eso, estaba el problema de encontrar al «Hecla». Al final Trent calculó una probabilidad cónica. El «Hecla» debería estar dentro de aquella forma imaginaria geométrica del espacio. Se hicieron más conjeturas, sería en algún lugar a lo largo de su eje. Mientras se seguía esa probabilidad alejándose del centro ésta se haría inferior. Y el «Hecla» seguiría todavía acelerando.

Hizo cuanto pudo y fue a ver cómo marchaban las instrucciones de combate. Iban bien. Añadió algunos detalles. Uno de los nuevos empleados efectuó una sugerencia.

Resultó buena. La incorporó al curso de instrucción. Parecía más y más como si estuviese preparándose para una carrera pirata. Al segundo día de salir del puerto suspendió los ejercicios de armas para trasladar la carga. Tenía masas de un valor relativamente bajo atestando las bodegas del «Yarrow». La razón era, claro, que el pirata había llevado utilizando un cañón. Trent había visto uno de los proyectiles, gastado, en la sala de máquinas del «Hecla». Había penetrado por los cascos interno y externo del «Hecla» causando en el interior poco daño. Trasladó la carga de manera que un obús

desde delante tuviese que perforar no sólo los dos cascos del «Yarrow» sino varias balas de mercancías antes de poder causar averías. Lo comprensible era, naturalmente, que el «Yarrow» marchase hacia cualquier antagonista artillado en una posible acción que tuviera lugar.

El primer oficial asintió estoicamente cuando Trent se lo explicó.

—Si no estoy a bordo —dijo Trent—, puede que sea una mera triquiñuela.

El primer oficial volvió a asentir, pero realmente no entendía la idea de que Trent no estuviese en el «Yarrow» y se encontrase él mismo al mando. Ni siquiera la entendió cuando, repasando las notas escritas en la sala de control, precisamente en el diario de a bordo, completamente distinto del registro magnético automático de la sala de máquinas, encontró un memorándum manuscrito por Trent.

«11-IV-6, ocho campanadas. Según acuerdo con los propietarios del “Yarrow” ahora estamos embarcados en una operación de salvamento hasta que regresemos al puerto comercial».

Era una prueba de la meticulosidad de Trent.

Pasaron cuatro días. Cinco. Seis. Trent llevó al «Yarrow» sacándolo de la superimpulsión. Las estrellas fueron una visión bien escogida. Emitió un impulso de radar de emergencia. Uno. Esperó media hora. Y nada regresó. En superimpulsión, llevó al «Yarrow» a un cambio de posición. Otra vez emitió un impulso de radar.

Resultó desagradable. Todo el mundo de a bordo del «Yarrow» experimentaba las sensaciones que acompañan al cambio de entrada o salida de la superimpulsión, dos veces cada media hora. Al poco todos los músculos del vientre de la tripulación les dolían por calambres que se producían a causa de la sucesión de náuseas.

En algunos navíos, bajo otros patrones, se habrían producido protestas. En el «Yarrow» bajo las órdenes de Trent, no hubieron tales protestas, pero sí penosas preguntas sobre cuánto tiempo duraría aquello.

—Estoy buscando algo —dijo Trent con tranquilidad—. Cuando lo encuentre, se acabará esta molestia.

El tripulante preguntón se quedó satisfecho, aunque nada feliz. Extendió la palabra entre el resto. Se hicieron deducciones acerca de lo que Trent podía estar buscando. Hubo un acuerdo general de

que tenía que ser un navío, de cuyo curso y probable posición Trent poseía información. Pero emitiendo aquello, las deducciones iban desde un trasatlántico espacial contratado para transportar colonos, incluyendo mujeres, en sus nuevos hogares, hasta un mero navío bancario portando metales raros para equilibrar cuentas financieras entre macizos estelares. Pero nadie se imaginó que podría ser el «Hecla».

Sin embargo, era el «Hecla». ¡Naturalmente! Pero la vuelta de un impulso de radar vino después de muchas emisiones de radiaciones radar que siguieron a la pregunta del tripulante.

Luego el impulso radarístico volvió y el «Yarrow» avanzó hacia el punto de reflexión. Esto, evidentemente, tenía que ser en el espacio normal, con estrellas. En términos de kilómetros viajados, la persecución del objeto distante resultaba trivial. Pero Trent no sólo tenía que alcanzarlo si no conjuntar las velocidades. Era una operación bastante penosa, pero con el tiempo fue realizada. El «Hecla» flotó a lo largo del «Yarrow», y al poco Trent cruzó el espacio entre los dos grandes cascos de acero. Una vez llegado, se deslizó por el casco del «Hecla» hasta la escotilla abierta a través de la que salió muchos días antes. Penetró y se soltó la cuerda de seguridad. Cerró la puerta. A los pocos minutos el «Hecla» cesó de acelerar y el «Yarrow» salió disparado por delante y el primer oficial tuvo que hacerlo volver para colocarlo de nuevo junto al otro navío.

Luego hubo una estupenda y delicada maniobra. Por último los dos navíos se chocaron suavemente. Las puertas de carga se abrieron, una frente de otra. La carga del «Yarrow» fue a bordo del averiado «Hecla». Los hombres entraron en aquel navío, buscando los lugares donde habían penetrado los proyectiles sólidos. Algunos de ellos tenían que ser taponados, no todos. Hubo una violenta actividad. Tanques de aire pasaron de un navío al otro, equipo policial comprado en Dorade, explosivos empaquetados, bombas de mano, alimentos y agua.

Trent volvió al «Yarrow» para una consulta final con el primer oficial.

—Usted se encaminará hacia Sira —ordenó—. No entregamos todo lo que yo accedí a vender en Sira. Acabe usted con esa misión. Luego siga hasta Manaos Hay aquí algunas listas de carga y precios.

Puede descargar este género a esos precios. ¿Comprendido?

El primer oficial asintió.

—Si todo va bien —le dijo Trent—. Entraré en puerto en Manaos. Puede esperarme allí tres semanas. Luego si le gusta venir a buscarme aquí, puede hacerlo —señaló a una zona en el mapa tridimensional de esta parte del macizo Pléyades—. Si no me encuentra en un tiempo razonable, vuelva a Manaos. Quizá ya hayamos llegado. Si entonces no estamos allí, será usted el patrón del «Yarrow». En cuyo caso, cuidado con McHinny. Tiene buena intención, pero está loco. ¡No le haga caso jamás!

El primer oficial volvió a asentir. Parecía vivamente infeliz.

Al poco rato el «Yarrow» se alejó del «Hecla». El transporte espacial de panza redonda parecía intacto. No lo estaba. Su bobina de la superimpulsión había volado y su motor Lawlor fue remendado para únicamente uso de emergencia. Estaba vacío de aire y habían agujeros de obús en sus planchas.

El «Yarrow» entró en superimpulsión. Desapareció. El «Hecla» se quedó solo.

En cierto modo, era curiosamente parecida la ocasión en que antaño un navío abandonado fue encontrado por el antepasado del capitán Trent, maltrecho por balas de cañón y con filtraciones, con sus mástiles arrancados y sus lanchas desaparecidas hacía mucho tiempo. Esto fue en un mar en donde el capitán Trent resultaba amargamente bienvenido, tanto que un guerrero había sido asignado a la misión especial de cazarle. Pero subió a bordo del pecio con marineros de su propia tripulación y su mismo navío se alejó dejándole para hacer lo que pudiese para salir de la situación.

Era un estado de cosas enteramente similar, excepto que el capitán Trent del «Yarrow» estaba a bordo de un pecio del espacio y el navío que con tanta ferocidad deseaba encontrar era un pirata.

Ahora estaba casi a punto de reanudar sus actividades profesionales.

CAPÍTULO IV

No habían sopletes de hidróxido para ser encendidos y reajustar al «Hecla» para viajar por el espacio. No había nada excepto las pocas curiosas estrellas que se pudieran contemplar. Más taponaduras de plástico habrían cerrado los agujeros de las balas en su doble casco, pero Trent lo prohibió durante algún tiempo. Todas las demás reparaciones prosiguieron con suavidad. No había razón para que las lanchas espaciales se agitasen en sus depósitos metálicos que eran como sus senos maternos. No había motivo particular para nada en absoluto, en la manera de una reparación visible, que se pudiese realizar en el armazón del «Hecla». La nave yacía en apariencia inmóvil en aquel vacío pleno de quietud y lejanía que se encuentra entre las estrellas. Los tanques extra de aire habían sido excéntricamente diseñados por equipo por las fuerzas planetarias de policía; esas cosas, antiguamente ausentes, estaban presentes ahora en el casco del «Hecla» y no se podían descubrir desde el exterior. El «Hecla» yacía inmóvil, maternal, torpe, azoradamente aquiescente de su condenación. Las estrellas lo miraban sin interés ni curiosidad.

Trent selló herméticamente ciertas zonas del interior de la nave, las rellenó con aire de las reservas de su navío y colocó sus nuevos reclutas a la tarea de rebobinar el dispositivo de la superimpulsión. Él mismo hizo una buena reparación aún remendando cable de emergencia del motor Lawlor. También, con un esfuerzo cuidadoso, puso en marcha el diario de a bordo grabado en cinta para registrar tales acciones que tuvieron lugar después de la reocupación del «Hecla».

En total no fue un asunto muy difícil. Cientos de navíos que habían visto estallar su superimpulsión, rebobinaron las bobinas en

el espacio y volvieron tranquilamente a sus ocupaciones legales. Millares tuvieron dificultades con sus motores Lawlor, pero como todos los perfeccionamientos superlativamente difíciles, el diseño de estas máquinas tan útiles era condenadamente tan sencillo que nadie se sentía incapaz de realizar el trabajo para hacerlos funcionar de nuevo.

Trent efectuó una cierta cantidad de escenografía, sin embargo. Su tripulación para el «Hecla», reclutada en Sira, había albergado esperanzas muy extraordinarias. Aguardaban una gran emoción allí fuera y hubiera sido contraproducentes sacarles de su rutina, aunque la operación de salvamento no fuese menos azarosa. Así que Trent animó un poco las cosas.

Permitió sólo que se rellenase con aire las partes del navío necesarias para la reparación de los motores y un espacio razonable para vivir. La mayor parte de la nave permaneció vacía, con los agujeros de los disparos sin taponar. Penosamente condujo a sus seguidores, dos a dos y con trajes espaciales, a través de las zonas menos visitadas y ahora sin aire del navío. Llegaron a conocer su camino por entre los pasadizos, a través de todas las puertas a prueba de aire, hasta que fueron capaces de moverse de una parte a otra de la nave sin aparecer por las zonas regularmente empleadas, e hizo que cada uno de ellos llevase en estas ocasiones armas pequeñas.

Fue una puesta de escena minuciosa, pero no total. Trent tenía aún que pensar en las posibilidades. No estaba exactamente seguro de que el pirata que había destrozado al «Hecla» hubiese quedado también destruido. Se preparó contra la posibilidad de que no lo estuviese, encandilando los ojos de sus tripulantes con perspectivas de briosa acción. Aprendieron y enseñaron tácticas de batalla y al hacerlo así se prepararon para ser atacados. Si el navío pirata apareciese, Trent y sus seguidores estarían preparados. Si no lo hacía, no obstante mantendría la alerta continua hasta que llevase al «Hecla» de nuevo al suelo y entonces una prima extraordinaria por el trabajo hecho y el peligro sufrido satisfaría a cada cual. No tendría ninguna obligación de explicar sus precauciones una vez hubiesen terminado.

También había aspectos personales en el asunto. Había sacado a Marian Hale de una situación muy desagradable. Pero hay algo

sobre la relación entre los hombres y las mujeres que obliga a un individuo que ha hecho a una mujer un favor a hacerle otro y otro indefinidamente. Trent tenía intención de salvar al «Hecla» desde el momento de la desaparición del pirata en superimpulsión, cuando el «Hecla» se quedó desamparado en el espacio. Si Marian hubiese sido otro hombre, incluso el propietario del «Hecla», Trent habría emitido sus intenciones francamente o incluso discutido el método y la posibilidad de la tarea.

Pero una vez sacó a Marian del desmantelado «Hecla», si hubiesen avanzado hasta un estado de cordial amistad, se hubiese visto bajo la obligación de hacerse un segundo favor de efectuar el salvamento por poco más que el coste de la operación, porque el navío pertenecía al padre de ella. El hecho era lógico, pero seguía siendo un hecho.

Pasó un día en el navío. Otro y otro. El rebobinado de la bobina de la superimpulsión continuó sin interrupción. En parte como decorado efectivo, para estar seguros, pero también con un motivo sonoro, Trent mantuvo los hombres vigilando ciertos diales de la nave cada minuto del día y la noche. El radar del «Hecla» seguía inoperante. Sus pulsos podían ser reconocidos por lo que eran. Su detector de campo de superimpulsión estaba definitivamente inútil. Podía ser detectado a muchas veces el alcance efectivo del radar. Pero tenía una frecuencia radar escuchando los aparatos sintonizados hasta un máximo de ganancia y amplificación. Deberían dar noticia instantáneamente si algo alcanzaba al «Hecla» aun cuando este algo fuese un simple impulso de radar, como el que Trent utilizó para encontrarlo cuando navegaba a la deriva.

Las estrellas, nebulosas y galaxias brillaban por todo alrededor en el interior de una esfera en apariencia hueca cuyo centro resultaba también aparente en la espacionave. Aquel navío regordete no mostraba el menor signo de vida. Flotaba en la nada. Eso era todo. Si se le miraba desde una posición fija, que no podía existir en donde yacía entre las estrellas, su proa podría haber sido vista vagando imprecisa en diversas direcciones. Pero eso no tenía ningún significado en absoluto. No había nada totalmente en el «Hecla» que pudiera haber indicado a otro navío a cien metros de distancia que el mercante estaba vivo.

Pero Trent se preguntaba si debía o no preocuparse. No tenía

manera de saberlo. Si el pirata sobrevivió totalmente, o bien estaba muy averiado o no lo estaba. Si estaba muy averiado, no tenía por qué preocuparse. Si no lo estaba, el daño o bien lo habría hecho dirigirse hacia su base, o no. Si el pirata se encaminó a su base, no tenía por qué preocuparse. Si no, o bien buscaría a un navío que ya había desmantelado, el «Hecla» o no. Si no buscaba al «Hecla», no tenía por qué molestarse. Si lo hacía, podría encontrar al «Hecla» o no. Y si lo hacía le era factible colocarse a cierta distancia y batir al ya maltrecho navío con un sólo disparo hasta que no hubiese oportunidad posible de vida a bordo. Y es lo que haría.

Así que fue con interés que oyó cómo el hombre de vigilancia del radar decía inseguro:

—Capitán, señor, me pareció que un impulso de radar nos acertó en este instante. Pero fue sólo uno.

Trent aspiró una profunda bocanada de aire.

—Así tiene que ser. Vigile por otro —habló por micrófono conectado a todos los altavoces—. ¡Tripulación entera! ¡Tripulación entera! Viene compañía. Que todo el mundo limpie el navío. Lo asee todo. Cada cosa desde Sira hasta las bodegas. Pónganse los trajes.

Comenzó una excitación por doquier; los hombres se movían o trabajaban por todo el navío. Algunos se colocaron los trajes espaciales inmediatamente y luego se dedicaron a un proceso de limpieza elaborado. Otros llevaban armas pequeñas y munición quitándolas de la vista. Los hombres luchaban con los tanques de aire extra y con elemento hidráulico contenidos en recipientes y traídos desde el «Yarrow». El equipo policial que Trent había comprado en Dorade muchas semanas atrás fue escondido. Sus nuevos tripulantes estaban del todo familiarizados con él.

Trent se dirigió a la sala de máquinas, donde el rebobinado de la bobina de superimpulsión proseguía. Calculó lo que faltaba por hacer.

—¡Si sólo se aguantasen sin acercarse un par de horas más! —dijo pesaroso.

El hombre de vigilancia en el radar llamó desde la sala de máquinas.

—¡Capitán, otro impulso! ¡Alguien viene hacia aquí!

—Es natural —dijo disgustado Trent. Añadió luego dirigiéndose

a los hombres de la sala de máquinas—: Sigan rebobinando, pero tengan preparados los trajes. Trabajen lo más de prisa que puedan. ¡Esto es asqueroso!

Efectuó una ronda por el navío, mientras los hombres le miraban expectantes. Uno de ellos preguntó esperanzado:

—¿Sabe quién viene, señor?

—Es el pirata, según espero —dijo Trent con malicia—. El que ha estado atacando navíos por todas las Pléyades. Quizá haya más de uno. Si es así, éste es el que destruyó y desmanteló al «Hecla». Y viene y no estamos preparados para recibirle —luego dijo con viveza—: ¡Cuidado con eso! No parece un barco vacío. ¡Sáquelo de la vista!

Alguien recogió las mantas que habían sido extendidas en el suelo como improvisado mantel para el juego de dados. No hubiera estado de uso en la tripulación de un navío adecuadamente operante, así que no se lo habían dejado al marchar.

—Abran la cerradura de la escotilla —ordenó Trent—. Así es como se quedó. ¡Ahora nada hay desaliñado! Luego consigan todas las armas preparadas, vayan a los lugares escogidos y utilicen gas si pueden.

Se oyeron movimientos escurridizos, luego otros más. Los hombres apresuradamente completaron la tarea totalmente extraordinaria de hacer que un navío espacial ocupado y en funcionamiento pareciese que llevaba mucho tiempo abandonado y que jamás volvió a ser ocupado. La mayor parte del navío no necesitaba atención. Trent sólo había colocado aire dentro de los necesarios compartimientos para reparar el motor Lawlor y la bobina de superimpulsión, más un razonable espacio vital.

Otra llamada de la sala de control:

—¡Un nuevo impulso de radar, señor! ¡Muy fuerte!

—Todo el mundo con sus trajes espaciales —ordenó Trent. Ya lo había ordenado antes. A los dos hombres que estaban bobinando la bobina les dijo con excitación—: Vamos a expeler todo el aire. Trabajen con sus trajes espaciales mientras puedan. ¡Luego quítense de la vista!

Revisó a cada tripulante individualmente, destacando que todos los micrófonos de los trajes debieran ser desconectados. Sin embargo, era deseable la recepción. Luego siguió hasta la sala de

control. Allí podría vigilar a través de los visores y advertir lo que hacía el navío que se acercaba. El «Hecla», claro, no estaba mejor adaptado que cuando fue detenido por primera vez. Su superimpulsión aún seguía inoperable hasta que se terminase el rebobinado y si se acababa cuando pudiera utilizarse el pirata podría volarla instantáneamente. Trent soltó todo el aire de las partes todavía aún llenas con la atmósfera. El navío se quedó sin fluido respirable, como el pecio que figuraba ser.

Luego esperó.

Hay sólo una serie de circunstancias en las que un hombre en la sala de control de un navío entre las estrellas puede ver a otra nave. Normalmente, los navíos en el espacio profundo van en superimpulsión y volviendo rápidos para ser divisados incluso si sus campos de superimpulsión le permitieran. No es ni siquiera posible que dos naves en cita a más de unos cuantos centenares de millones de kilómetros de un hito tal como una estrella, llegan a verse. Las observaciones necesitan un segundo del arco geométrico para ser simplemente tan imprecisas que les lleven al interior del ramo de detección uno de otro. El único modo en que una espacionave puede actualmente divisar a otro es cuando por la ayuda de la casualidad una nave detecta la superimpulsión de una segunda y se acerca en lugar de alejarse convencionalmente. Si puede acercarse lo suficiente, guiada por el detector de superimpulsión, una de las dos bobinas de superimpulsión estallará. Luego el navío desarbolado volverá a salir al espacio normal, uniéndose al primero rastreándole por radar. Pero este proceso ocurre que es congénito sólo con los piratas y los corsarios. Los mercantes honrados se abstienen de utilizarlo.

Pero Trent, en la sala de control del «Hecla» en el mismísimo espacio profundo, vio al otro navío.

Primero fueron impulsos de radar viniendo de la nada y con intervalos entre sí decrecientes. Luego fue algo que borró de la pantalla de visión a una simple estrella, que la hizo parpadear una fracción de segundo y luego otra y otra y muchas más. Después fue un brillo. Y más tarde una forma uniéndose rápidamente más cerca y creciendo en tamaño al acercarse.

El altavoz del «Hecla» bramó y el casco de Trent captó la señal por inducción. No había aire en la sala de control para que

transportase el sonido. No había aire en ninguna parte, excepto en sus tanques de reserva.

—¿Qué navío es ése?

Trent naturalmente no contestó. La llamada fue repetida.

—¿Qué navío es ése? —inquirió la voz del otro barco—. ¡Responda o recibirá un buen castigo! ¡Le enviaremos algunos obuses!

Trent aguardó. No esperaba que le bombardeasen. Sería bastante sutil. Notaba una cierta y destacada anticipación que, como la conocía, sería intensamente similar a las reacciones de un antecesor suyo siglos atrás. Aquel otro capitán Trent tenía medio barrilito de pólvora a su lado y cuando llegó el momento adecuado, tocó con un fósforo la punta de la mecha y dejó caer el barrilito en mitad de un grupo de hombres que se acercaban y que agravantemente se habían abierto paso a la fuerza al interior de un lugar donde no debían estar. Él, también, aguardó con una tranquilidad singular.

Pero el capitán Trent del «Yarrow» y el «Hecla» tenía que soportar mayor espera. El otro navío se acercó más y Trent vio lo que solamente las víctimas anteriores de aquel navío particular habían visto con exactitud. Vio al pirata a la luz interestelar. Había sido esbelto y en cierto modo tenía un aspecto mortífero.

Circundó al «Hecla» y vio remiendos y chapuzas en la plancha exterior de su proa. Definitivamente era el navío al que embistió el «Yarrow», reparado en el espacio por hombres que merecían alabanza por su trabajo. Pero que no eran dignos de admiración en otros aspectos de su personalidad.

Tornó a dar una vuelta. Veía cómo la escotilla lateral izquierda del «Hecla» estaba abierta. Ningún navío ocupado dejaría en el espacio una escotilla abierta. Pero si el navío había sido abandonado, el último hombre que saliera de él no se molestaría en cerrar a sus espaldas tal compuerta.

Era convincente. El pirata se detuvo en apariencia a menos de un kilómetro. Derivó hacia atrás y luego esa derivación fue corregida y pasó mucho tiempo antes de que los dos navíos flotasen casi exactamente inmóviles en relación mutua.

Luego se miraron las escotillas de los salvavidas, descorriéndose sus compuertas en forma de concha. Dos lanchas espaciales salieron y avanzaron hacia el «Hecla». Trent murmuró por su teléfono. El

sonido no saldría al exterior de la nave.

—Lanchas se aproximan —dijo con sequedad—. No podré utilizar este comunicador de casco después de que nos hayan abordado, porque si no captarían mis órdenes. Alerta por llevar a cabo lo que les dije nada más dé la señal.

Silencio. Luego ruidos metálicos. Trent los percibió por el conducto sólido mientras caminaba a lo largo de estos pasadizos poco recorridos de las bodegas, que tanto él como sus tripulantes conocían de memoria. Llevaba el casco rozando a una pared metálica. Sí. Una lancha espacial había amarrado en la escotilla abierta. Percibió el sonido metálico de las botas en el suelo de la escotilla. Hombres entraron en la nave. El cierre volvió a funcionar, aunque no había aire que mantener encerrado. Más hombres entraron. La segunda nave espacial yacía a poca distancia esperando a que la primera informase que no había peligro.

Trent permaneció perfectamente inmóvil, escuchando. Se encontraba en un pasadizo angosto por el que podía trasladarse de bodega a bodega en la carga del «Hecla». Oyó cómo los hombres pisoteaban por todo el navío: la sala de control… sin aire; la sala de máquinas… sin aire. Los hombres que habían estado rebobinando la superimpulsión se habían ido, claro. Habrían dejado la bobina como si ninguna mano la hubiese tocado desde que estallase… su blindaje metálico seguía todavía deforme y descolorido por el color… pero estaban sólo detrás de una pared lateral de la sala de máquinas. Los tripulantes piratas entraron en las zonas de vivienda. También estaban sin aire y habían sido barridas y preparadas para que pareciesen exactamente el aspecto que debieron tener cuando el «Hecla» marchaba a plena potencia, con la entera tripulación y la carga completa del espacio, viajando tranquilo de un mundo a otro. Pero entonces, claro, su casco había estado lleno de aire.

Hubieron voces en los auriculares del casco de Trent. Hombres que informaban que la nave estaba vacía. Un individuo fue a la escotilla para abrir su puerta externa de modo que el mensaje de su radio espacial pudiera ser captada por el próximo navío pirata. Alguien había tratado de utilizar el equipo de comunicación espacial del navío para llamar al pirata, que aguardaba a menos de un kilómetro. Pero no había aire que llevase el sonido a su micrófono.

—Quizás un obús cortó algún cable —dijo una voz autoritaria.

—No —contestó otra voz—. No hay aire.

Una nueva voz intervino:

—Ni tampoco pasajeros.

Luego informaron otras voces:

—Todo claro en popa.

—Nadie a bordo.

—En orden. Creo que queda un poco de aire en popa, pero no estoy seguro.

La voz autoritaria dijo:

—¿Algo de aire en popa? Vea si puede aumentar la presión. Quizá no hayan perforaciones de los obuses en popa.

Escuchando tranquilamente, Trent descubrió que el interior del navío sonaba como un lugar muy concurrido. Los hombres se movían por todas partes, intercambiando comentarios mediante el intercomunicador espacial, pero no había motivo de sospechas. Los comentarios cesaron de referirse a la condición del navío y se transformaron en comentarios del lujo aparente y las riquezas del suministro alimenticio y las bodegas prácticamente repletas, etc., etc.

La voz autoritaria dijo:

—Llamen a la otra lancha. Dígales que en el navío todo va bien excepto el comunicador. Que funcionará cuando haya aire.

Trent permaneció completamente inmóvil, escuchando con gran satisfacción mientras la segunda lancha espacial se acercaba al exterior de la escotilla. Los tanques espaciales de sus seguidores tenían una reserva de aire de dos horas largas. Consideró que él y ellos podían permanecer completamente escondidos mientras los tripulantes pilotos circulaban libremente por el «Hecla». Y si el pirata se colocaba a lo largo para recibir la carga, con la gran convicción de que tenía exclusiva posesión del derrotado «Hecla»…

* * *

Por desgracia, no resultó de esa manera. A los pocos minutos de haber abordado, la patrulla demostró más allá de toda duda de que el «Hecla» estaba vacío de ocupantes, al igual que de aire. No había duda de dónde empezar. ¡Las cosas tenían que ser así! La segunda

carga de hombres espaciales entró orgullosa por la escotilla. La tripulación pirata, esto asombró más o menos a Trent, se dedicó a taponar los agujeros de los obuses que el cañón de su navío había hecho, para restaurar al casco su hermeticismo. Eso empleó considerable tiempo. Luego tomaron aire de los tanques de reserva y llenaron el navío con él para que el «Hecla» dispusiera de atmósfera respirable, fría a causa de su expansión de la presión enormemente alta, pero aún muy respirable. Luego los hombres que creían que eran los nuevos propietarios del «Hecla» se quitaron sus trajes espaciales y comenzaron a examinar su presa en busca de objetos de valor. Algunos fueron a las bodegas y comenzaron a destrozar al azar cajones para abrirlos. Esa tarea no se hubiese realizado con facilidad llevando la armadura espacial. Algunos registraron los camarotes de los pasajeros. Vieron con desencanto que poco pillaje podían encontrar allí, sin embargo, porque su propio tráfico por las Pléyades había acortado el servicio de pasajeros en un noventa por ciento. Pero la voz autoritaria gruñó dándoles órdenes. Nombró a dos hombres y les ordenó que fuesen a la sala de máquinas. Tenían que examinar la bobina de superimpulsión con detalle. Además, debían comprobar cuantos daños habían sufrido los motores Lawlor.

Aguardando y escuchando, Trent sintió ganas de jurar. Había albergado altas esperanzas. Pero cualquiera que destapase la bobina de superimpulsión advertiría que estaba casi rebobinada. Una mirada al motor Lawlor mostraría que recientemente había estado en funcionamiento. La orden significaba que los piratas no intentaban simplemente saquear y abandonar la nave, sino utilizarla. ¡Quizá mudarse a su interior!

Sólo puede hacerse una cosa. Habló por el micrófono del casco. Sus seguidores podían oírle. Los piratas que se habían quitado el traje espacial no. Conectó el micrófono y dijo.

—¡Adelante!

Entonces apareció de pronto en los camarotes, donde los dos piratas presentes se sobresaltaron visiblemente y echaron a correr con el pánico de hombres que se van sin armas al carecer de traje espacial y que se ven también en frente de un hombre que va armado. Trent utilizó un arma policial. Era necesario para él y sus partidarios resultar victoriosos en la emboscada que prepararon. Así

que cuando Trent apretó los gatillos de las pistolas de gas de su cinto, no emitieron llamas ni balas térmicas. Expulsaron nubes de espeso gas neblinoso, mezclado exactamente para dar la combinación más eficaz de niebla densa entrelazada con gas productor de lágrimas y estornudos. Cosa que nadie podía desafiar.

Los dos piratas cayeron y patearon y se agitaron con estornudos convulsivos que no podían contener. Sus ojos chorreaban lágrimas. Trent sintió un cierto desencanto. Eran piratas y específicamente habrían asesinado a Marian al igual que habrían matado a mucha más gente. Pero en lugar de ser capturados en una batalla adecuada, los había atrapado como ratas y ahora estaban desarmados y tan desvalidos como mezquinos criminales en manos de una policía planetaria.

—¿Qué tal va? —preguntó Trent por su comunicador del casco.

Hubo un estallido y una voz gruñendo que decía con placer:

—¡No va mal! ¡Este quedó fuera!

Hubieron otros ruidos, confusos. Trent, furioso hasta el reniego, oyó el sonido de pies corriendo transmitido por el material de un traje espacial al micrófono interior de su casco. Pudo decir que el que lo llevaba, quien vestía el traje espacial transmisor, perseguía a alguien. Otra voz dijo decidida:

—¡Ya es mío!

Luego en alguna otra parte, sólo pudo distinguirlo por el timbre diferente de las voces, un hombre juró y jadeó:

—¡Ya verás lo que te espera!

Y hubo un áspero sonido y después sólo jadeos. Pero en algún sitio un arma mortífera funcionó y hubo un rugido y supo que algún compartimiento del navío estaba inundado con gas neblinoso y que un hombre que había tratado de matar con un instrumento ordinario de muerte se veía ahora aprisionado por su propio cuerpo y obligado a estornudar y a estornudar mientras trataba de secarse los ojos y encontrar otro blanco en el vapor que lo rodeaba. Y Trent oyó cómo las armas caían mientras monstruosas convulsiones y estornudos le llegaban a sus oídos.

Era un conflicto singularmente desencantador. La desilusión de Trent quedaba marcada también entre sus partidarios. Todos se habían adiestrado y practicado y trabajado para adquirir pericia en el combate dentro de la jungla de planchas de acero de una

espacionave, en especial en sus partes menos concurridas. Podían, creían, poder luchar contra enemigos diez veces más numeroso en esta zona especial de combate y salir victoriosos. Pero en su lugar había tenido que utilizar el gas neblinoso de la policía terrestre, diseñado para la supresión de tumultos y no sentían mayor triunfo que el que viene de utilizar un rociador insecticida para desembarazarse de insectos desagradables.

Trajeron a los tripulantes piratas, aun sufriendo de paroxismos de estornudo y desdeñosamente los amontonaron en un grupo porque les habían vencido de manera tan poco gloriosa. Más tarde les ataron, sin siquiera aquel involuntario respeto para el hombre que ha sabido luchar amargamente antes de verse apresado.

—Ahora —dijo Trent con precisión—, está la nave pirata. Mantened puestos los trajes. Capturamos a estos tipos porque se pusieron cómodos. No queremos que nos pase a nosotros también. Metedlos en algún pequeño compartimiento y cerrad la puerta. Hemos de alejarnos de su navío.

Frunció el ceño. Las cosas no resultaron como las planeó. Había esperado sacar a sus tripulantes de las bodegas después de que el pirata y el «Hecla» estuviesen entrelazados para el traslado de la mercancía. Había ansiado una sorpresa total y la captura posible de la nave pirata abordándola… por un grupo de abordaje que surgiese de la nada, especializado en la clase de pelea mortal que los piratas jamás se molestaron en aprender.

Uno de sus tripulantes dijo de mala gana mediante el micrófono del casco:

—No fue muy divertido, capitán. ¿Volvemos a trabajar en la bobina de la superimpulsión?

* * *

Durante largo rato los dos navíos permanecieron en el espacio separados apenas por un kilómetro de distancia. Nada ocurrió visible. El morro del «Hecla» apuntó sucesivamente a una estrella de octava magnitud y luego a una diminuta manchita roja de luz en mitad de la Vía Láctea y luego a un punto brillante y vivo de color verde. El vagar de su eje entre los lejanos e indiferentes soles no tenía significado alguno. El navío pirata le acompañaba en su

derivar. Los hombres que estaban dentro aguardaban impacientes a que la tripulación de abordaje informase que se habían efectuado las reparaciones y les diese alguna idea de que carga llevaba el «Hecla». Luego decidirían si bien enviar al «Hecla» a su base con una tripulación mínima, o llevarse la carga que valiera la pena y dejar al navío a la deriva.

Pero la información no vino. El navío pirata llamó por el comunicador. No había respuesta. Repitió la llamada. Sin respuesta. Las lanchas habían informado que todo estaba como se imaginaban y sus tripulaciones entraron en el «Hecla». Hubo un posterior informe de dos de ellos. Pero ahora ya no llegaban más noticias. El pirata aguardaba impaciente.

Las estrellas miraban desde lo alto, desde abajo, desde los inmenso abismos laterales, desde todas las direcciones posibles. El navío pirata repitió la llamada. Otra vez más. Dos terceras partes de lo que había dejado la tripulación estaba a bordo del «Hecla». Habían informado perfectamente bien. La tripulación seguía a bordo del pirata formando un esqueleto de dotación, porque habían perdido hombres al ser desgarrados los compartimentos por la embestida y la mayor parte del resto embarcó en el «Hecla». El navío no podía correr el riesgo de enviar más tripulantes para descubrir por qué no respondían a sus llamadas. El «Hecla» era suyo. Había sido capturado y ocupado. ¡Pero no respondía a las llamadas!

La reacción del navío pirata fue exactamente de rabia. Fue del azoramiento más puro, brioso y supersticioso. ¡Esto no podía suceder! Minuto tras minuto, cuarto de hora tras cuarto de hora, la nave pirata llamó frenéticamente a su patrulla de abordaje en el «Hecla».

Luego, repentinamente, hubieron torbellinos y nubes y chorros de vapor procedentes del «Hecla». La nave parecía haberse convertido en el centro de una absurdamente imposible nube de vapor. Casi la escondió. Hubieron fogonazos y explosiones en su masa iluminada por las estrellas. Y después el «Hecla» se desvaneció.

CAPÍTULO V

En la historia no escrita de la línea familiar de capitanes Trent, no había otro hecho que conjuntase exactamente con éste. Era porque, claro, jamás se había presentado antes un problema similar. El «Hecla» estaba desarmado excepto de equipo tal como las pequeñas armas que el departamento de policía terrestres suele poseer. Pero con Trent había logrado alejarse del reparado navío pirata con más de la mitad de su tripulación original en cautividad a bordo, sin ser perseguido por el corsario y ni siquiera haber recibido heridas ninguno de sus hombres espaciales. Y él se encontraba desencantado porque había esperado capturar al propio navío pirata.

El vapor que utilizó era, claro, todo de gas de niebla del aire contaminado del navío, soltado a la vez con una añadidura de más gas de niebla para aumentar la corriente emitida. Los relámpagos eran bombas lacrimógenas hechas estallar fuera del navío en el lado correspondiente al de la nave pirata. Y la desaparición del «Hecla» era simplemente el haber rebobinado su bobina de superimpulsión, poniéndola en movimiento, con el reparado motor Lawlor impulsando a plena capacidad para utilizarlo mientras el pirata trataba aún desesperadamente establecer contacto con sus patrullas de abordaje.

El elemento final que el pirata no podía comprender era el vapor. Los gases soltados en el espacio se esparcen precipitadamente en todas direcciones hacia la nada. Pero aquí había una nube espacial. Y la respuesta que ni se imaginaron era de que el gas neblinoso no era un vapor, sino una suspensión de partículas ultramicroscópicas, que no se repelían mutuamente con la vehemencia de las partículas gaseosas.

Y así el pirata yacía asombrado y asustado, contemplando cómo la nube de vapor, allá donde el «Hecla» estuvo, se extendía lentamente, y se unía al espesor, y finalmente desaparecía.

Esa nube, con toda evidencia, era más escenografía. Un criminal normal es una persona muy práctica, pero tímida. Se muestra profundamente receloso de las cosas que no comprende y Trent había preparado una serie de acontecimientos que serían totalmente confusos para cualquiera que no hubiese visto los preparativos que los produjeran. La puesta en escena de Trent mistificó al patrón pirata y para cuando, balbuceando y frustrado y con el furor hecho un lío, miró a su detector de superimpulsión para ver si el «Hecla» se había desvanecido en la susodicha superimpulsión, Trent había huido a plena velocidad mientras la confusión en la sala de control del pirata podía ser contada, considerada como un aliado. Cuando el detector del pirata fue examinado, se encontraba a muchos millones de kilómetros de superimpulsión de distancia, pero otra vez en el espacio normal, alerta de cualquier posible impulso de radar. Cuando el pirata intentase eso, buscando una explicación en el hecho de que sus aparatos no registrasen ningún campo impulsivo, Trent habría vuelto a la superimpulsión siguiendo un curso enteramente nuevo.

Durante un largo, larguísimo período de tiempo, pues, alternó entre la salida y la entrada de la superimpulsión. Mientras el pirata trató de seguirle a ciegas, Trent gobernó al «Hecla» en un curso de zig zag con el que sus antecesores en las dos últimas guerras terrestres estaban familiarizados. Lo habían empleado para despistar a los submarinos. El capitán Trent del «Yarrow» y el «Hecla» lo utilizó para eludir a un pirata.

Resultó muy bien. A su debido tiempo hizo una gira planetaria al mundo de Manaos y de nuevo a su debido tiempo las redes de aterrizaje le pescaron, lanzando campos de fuerza aprisionantes que encerraron al «Hecla» y le condujeron hasta el suelo.

Y allí Trent adoptó los modales y costumbres de los hombres de negocios. Se comportó con gran tranquilidad. Informó a las autoridades del espaciopuerto que había traído al «Hecla» tras proceder a su salvamento. La nave había sido atacada por los piratas. Un relato completo del acontecimiento se guardaba en los archivos del planeta Sira. El «Hecla» fue abandonado por su capitán

y su tripulación porque estaba desarbolado, inútiles sus unidades Lawlor y superimpulsión, sin aire, y era de anticipar el regreso del pirata. Informe de eso también se encontraba en los archivos de Sira. Él, Trent, había encontrado y salvado la nave. Ahora la entregaba para la custodia al Tribunal del Almirantazgo de Manaos, haciendo la solicitud corriente del salvamento del navío y su carga.

Y luego mencionó al desaire que tenía a doce miembros de la tripulación pirata encerrados en una bodega vacía de carga, a quienes agua y alimentos se les había sido suministrado desde su captura mediante pequeñas aberturas. Se alegraría de quitárselos de las manos. Y luego preguntó si por casualidad su propio navío, el «Yarrow», había entrado en el puerto de Manaos.

No lo había hecho.

Hubo un gran entusiasmo en Manaos por la captura de los piratas. Un desfile imponente de policías en coches terrestres y con helicópteros volando por encima de las cabezas fue al espaciopuerto para recibirlos de manos de Trent. Hubieron turbas en las calles para observar el desfile. Otras multitudes trataron de aplastar las puertas del espaciopuerto para ver cómo la policía entraba en el «Hecla» para trasladar a los prisioneros. Trent y sus tripulantes les identificaron separadamente… habían hecho declaraciones formales que se repetirían más tarde… y luego dejaron que la policía se los llevase de la bodega de carga.

Después de casi dos semanas de prisión sin verse acuciados, los piratas se mostraban ahora fanfarrones. Iban sin afeitar y despeinados y parecían repulsivos. Pero sobre todo se mostraban retadores.

Estridentemente y con furia anunciaron a las cámaras de los noticiarios que no serían ahorcados. Sus compañeros y las naves piratas amigas estarían trabajando desde este momento para reunir rehenes que garantizasen su seguridad. Apresarían a docenas de docenas de hombres espaciales y viajeros del espacio y los retendrían. Si algo les pasaba a los piratas cautivos, mucho más y peor sobrevendría a los prisioneros que los piratas tuviesen. Los mundos de las Pléyades contarían, jadearon los detenidos, en que no menos de una docena de tripulantes y pasajeros del espacio serían asesinados por cada pirata que sufriese castigo. Habrían películas magnetofónicas con los detalles de los asesinatos de los

rehenes hechos por los piratas, para mostrar con exactitud lo que ocurriría en mayor escala si los cautivos de Trent sufrían el menor daño.

Estos desafíos, claro, fueron radiados en vivo por todas las pantallas televisoras del planeta. Luego una nave espacial muy ligera y ágil partió para el infinito y desapareció, dirigiéndose a los otros mundos de las Pléyades. Se llevaban consigo el mayor valor en carga que una diminuta nave espacial podía transportar. Eran noticias. Habían sido tan extravagantemente pagados por las noticias que decidieron correr el riesgo de verse capturados por los piratas.

Los doce prisioneros fueron transportados por helicóptero a una prisión oficial, desde la que aguardarían el juicio y donde no correrían el peligro de verse linchados por la multitud. Luego la policía tuvo que situarse en torno al «Hecla» para proteger a Trent de los admiradores y aún más de los periodistas.

Se encontró prácticamente situado en el «Hecla» durante tres días. Luego el cordón de operadores de cámaras de vigilancia disminuyó lentamente, porque la tripulación de salvamento del «Hecla» estaba en la ciudad y proporcionaba una fuente más emocionante de informaciones. Se habían originalmente escabullido del navío para gastarse los salarios. Pero encontraron que no pudieron hacerlo. Por todas partes se veían rodeados de admiradores que no les dejaban gastar dinero. La gente fanfarroneaba porque alguien había vencido al navío pirata, consistiendo la victoria en escapar de su alcance y utilizar armas tipo policial sobre una docena de sus tripulantes. Los que habían salvado al «Hecla» se encontraron que tenían innumerables amigos que querían invitarles a beber y hacerles gozar de su compañía. Incluso se encontraron poseedores de un gran encanto para las damas que conocieron en los alrededores del espaciopuerto. Narraron cuentos de piratas y de piratería altamente exagerados y acciones de desembarco y todo el mundo estuvo convencido de que la época de la piratería llegaba a su fin.

Trent esperaba al «Yarrow». Se encontró a sí mismo menos popular que sus tripulantes. Ellos, por lo menos, no decían nada a nadie que sirviese para desanimarlos. Pero Trent sí. Al pedirle consejo sobre si los navíos podían volver al espacio de nuevo,

destacó que lo único que había hecho era causar unas cuantas bajas a un navío pirata. Eso era todo. Podía haber más de un navío pirata. Estaba inclinado a pensar, dijo con sequedad, que los planetas de cierto grupo estelar tenían que cooperar y establecer algo así como una fuerza armada para hacer que la piratería fuese un negocio no rentable. No pensaba que fuese poco práctico, pero tampoco pensaba que su propio salvamento personal de un navío que los piratas habían desarbolado justificase el hecho de que cualquiera pudiese zarpar del suelo. Todavía no.

Su opinión era demasiado sensata para que sirviese como noticia a los noticiarios. En la primera semana después de que trajo al suelo al «Hecla», no menos que tres navíos previamente autorizados salieron de Manaos para intentar el negocio como siempre, pero a precios más altos entre las estrellas. Durante la segunda semana, cuatro más despegaron hacia el infinito. En la tercera semana, cuando empezaba a preocuparse por el «Yarrow», alzaron el vuelo cuatro más. Lo mismo estaba sucediendo indudablemente en todo el grupo de las Pléyades a medida que la noticia de la hazaña de Trent se extendía.

Eso lo hizo sentirse muy feliz. Cuando por último llegó a puerto el «Yarrow», poco después de ponerse el sol y con el primer oficial al mando, este primer oficial informó estoicamente que habían completado los tratos comerciales que Trent preparó en Sira. Trent sintió que pudo haber comerciado mucho más y con mayor beneficio a no ser porque las noticias esparcidas por el universo por la pequeña nave de periodistas influyó en la creencia entre las Pléyades de que los negocios iban a estabilizarse.

—Toda clase de navíos están zarpando —dijo con serenidad el primer oficial—. Corren por tratar de llegar a los mercados de precio más alto con sus mercancías. Esa tal señorita… señorita Hale tomó pasaje en el «Cytheria», que iba primero a Midway y luego a Loren. Dejó el puerto el mismo día que se marchó usted. Aquí hay una carta para usted.

Se la entregó. Trent la leyó. Masculló un juramento desesperado.

* * *

Mucho tiempo atrás, retrocediendo en la sucesión de capitanes

Trent, cierto capitán Trent, después de la breve reflexión, decidió que había cometido un error sobre la jovencita a la que dirigió una decorosa despedida en la cubierta media de un navío propiedad del padre de ella. Después de haber reflexionado, decidió que ella debiera, después de todo, volver al estado de tutelaje a las órdenes de su padre. Estaba probado que el anciano no causaba en ella buenas influencias. No estaba dispuesto a la compasión por su hija. Positivamente no tenía condiciones para decidir en cuestión tan importante como la elección de marido para la joven. Y después de llegar a esta conclusión, aquel capitán Trent inmediatamente zarpó a la mar para alcanzar el navío de ella. Las personas conservadoras consideraban que tuvo que navegar esforzada y duramente a vela, dado el tiempo que hacía. Pero se rumoreaba que no se permitió retraso alguno excepto para cargar los cañones de sus amuras.

Esto, sin embargo, apenas tenía un paralelo con las acciones actuales de Trent. Su motivo era educado y plenamente decoroso, producido por la carta que recibió de Marian Hale.

Querido capitán Trent:

Acabo de enterarme de su maravillosa hazaña al recuperar el «Hecla» de los piratas que la abordaron y de su llegada al puerto de Manaos con la mitad de la tripulación pirata en grilletes. ¡Ahora alardeo de conocerle personalmente! Por favor, permítame que le sugiera, sin embargo, que usted permita que mi padre haga una propuesta de arreglo en el salvamento del «Hecla». Ciertamente no será tanto para su beneficio como el del Tribunal del Almirantazgo, la recompensa, quiero decir, será menor pero hay que tener en cuenta también que los gastos legales resultarán de una cuantía muy inferior.

Espero que traiga a Loren al «Hecla» para ultimar estos acuerdos. Estoy impaciente porque mi padre le dé las gracias en mi nombre al igual que yo se las di antes en persona. Puesto que usted ha convertido nuevamente el viaje espacial en una cosa segura, vuelvo a casa en el «Cytheria», que zarpará hoy y se detendrá primero en Midway para luego seguir hasta Loren. Espero poderle presentar a mi padre. ¡Le debe a usted mucho! Y yo también.

Sinceramente,

Marian Hale.

Considerada desapasionadamente, no era una carta muy notable, sin embargo, había costado mucho más esfuerzo no estropear más papel en su conversación que otras cartas. Pero Trent no la leía con desapasionamiento. Marian estaba en el espacio. Ahora. Y habían navíos pirata en él. Irrumpió en una serie de explosivas palabras al término de la última frase y el primer oficial del «Yarrow» le miró con fijeza.

—He vendido parte de la carga del «Yarrow» —dijo Trent febril—, pero no se ha gastado el dinero, así que todo va bien. Voy a preparar el «Yarrow» para un despegue inmediato hacia Loren. Traiga usted las armas pequeñas del «Hecla» mientras consigo el permiso y la orden de despegue —luego añadió con fiereza—. Que no permita que nadie le impida cargar sus armas pequeñas a bordo y acabe de cumplir las órdenes para cuando esté yo de vuelta.

Abandonó el «Yarrow» y se encaminó hacia la oficina del espaciopuerto, corriendo prácticamente. Mientras corría, juraba con amargura. En un verdadero y perfecto sentido no era cosa suya que Marian Hale tomase pasaje en una espacionave en un tiempo que él consideraba peligroso. No era cosa que le importase que los navíos despegasen de Manaos al mismo tiempo. Pero él había sacado a Marian del «Hecla» cuando las leyes de la probabilidad eran contrarias a que la joven o cualquier miembro de la tripulación pudiese sobrevivir de la situación peligrosa en que se encontraba. No se sentía responsable ni siquiera ahora por ninguno de los tripulantes del «Hecla». Que se cuidasen de sí mismos. Pero Marian no podía hacerlo. Trent tenía el sentimiento en extremo desgraciado de que nadie excepto él mismo estaba en condiciones de proteger a Marian del desastre. Lo había demostrado. Ahora ella probablemente se encaminaba a un desastre más peligroso, y de nuevo nadie, excepto él mismo, parecía ser digno de hacer algo para impedirlo.

Llegó a la oficina del espaciopuerto cuando faltaban más de dos horas para la puesta del sol. Había un empleado de servicio, cosa segura, pero ya la guardia resultaba formularía, leyendo plácidamente en un sillón del despacho colocado bajo una buena luz. Alzó la vista inquisitivo cuando Trent cruzó la puerta.

—Permiso de despegue —dijo Trent con sequedad—. El «Yarrow». Entró hace una hora. Salgo de nuevo. ¡Dese prisa!

El empleado reconoció a Trent. No habían muchas personas por lo menos en media docena de planetas de las Pléyades, que no le hubiesen reconocido hoy y mañana y probablemente pasado mañana. Pero la fama es huidiza y la notoriedad aún más, por lo que a Trent no habría conseguido una mención persistente y repetida en las cintas de los noticiarios que hiciesen recordar su nombre después de tres días de falta de mención pública. Pero el empleado le reconoció esta noche. Incluso trató de mostrarse amable.

—El «Yarrow» vino bajo el mando de su primer oficial —dijo intranquilo el empleado del espaciopuerto—. Y usted quiere despegar con él de nuevo como patrón. Sé que todo está perfectamente bien, capitán, pero no puedo ordenar al operador de la rejilla que les despegue a menos…

Trent destelló. El empleado con expresión casi asustada, se dispuso a rebobinar una cinta roja. Trent paseó arriba y abajo, por el despacho, murmurando para sí, mientras un empleado efectuaba llamadas por el televisófono y localizaba a alguien que tenía que firmar algo, y alguien más que tenía que autorizar otra cosa, y una persona más aún que debía poner un sello oficial en el documento. Y Trent se detuvo breves minutos para escuchar una conversación particular antes de reanudar sus paseos arriba y abajo.

No pensó en Marian con ternura. Estaba furioso, porque la había salvado una vez de un grandísimo peligro al que ella no se metiera voluntariamente y se había marchado sin que nadie más se lo hubiese impedido. Ahora tontamente había vuelto a meterse en peligro, en un peligro del que ella no tenía una clara noción, y nadie pareció comprender. De nuevo nadie tenía idea de cómo sacarla del atolladero. Esto no era ningún romance en el sentido ordinario de la palabra. Si no una cosa enervante que había sucedido. Trent crispaba los puños y estaba que echaba chispas.

Las cintas de los noticieros por toda la ciudad, por todo el planeta, naturalmente, murmuraron una serie de noticias interesantes. La noticia era que el «Yarrow» había entrado en puerto y el «Yarrow» era el bizarro navío que embistió a un pirata y lo averió, así que el capitán Trent pudo más tarde recapturar un navío

que los piratas habían apresado trayéndolo al puerto con prisioneros. La historia comenzaba ya a retorcerse y hacerse imprecisa.

Un hombre del espacio que ayudó a salvar el «Hecla» lo oyó. Había salido en el «Yarrow» para encontrar el navío a la deriva. Ahora se había convertido en un héroe y ligeramente borracho, comenzó a sentirse sentimental hacia el viejo «Yarrow» en el que había alcanzado la fama. Resolvió generosamente visitar a sus antiguos compañeros de travesía y contarles su triunfos. No efectuó un regreso demasiado seguro en dirección a la nave. Encontró a otro compañero de heroicidades del salvamento del «Hecla». Ese amigo conocía un par de compañeros que estaban cerca. Un periodista captó el toriplo sentimental. Reunió al resto y fue con su cámara para conseguir imágenes y una historia sobre la amistad entre los héroes. Y sus planes para la próxima actividad antipirata. Balbucearon un poco mientras caminaban, haciendo eses, pero sus intenciones resultaron firmemente emotivas.

Llegaron hasta el «Yarrow» y el primer oficial comenzó a mesarse los cabellos. Había circulado sin saber cómo la noticia de que el «Yarrow» estaba a punto de despegar. Se veía acechado. Un importador, un particular, ofrecía todo el flete y una cantidad extra por llevar un gran cajón hasta Loren. El primer oficial no sabía si aceptar el negocio o rechazarlo. Los tripulantes no habían vuelto con las armas pequeñas y no sabía qué hacer respecto a eso. Trent no era propicio a rechazar un buen negocio. Se le llamó para responder el mensaje de la oficina del espaciopuerto. Era Trent, insistiendo con prisa. Un gran camión llevó la caja hasta la portezuela de carga. Los miembros de la tripulación de salvamento del «Hecla» entraron en el castillo de proa del «Yarrow» para saludar sentimentalmente a sus viejos amigos. No estaban allí, la tripulación de salvamento se instaló para esperarles y al poco tiempo se quedó dormida.

* * *

Un acontecimiento totalmente frustrante y azorador quebrantó los planes de Trent. Las órdenes de la suprema autoridad del planeta indicaban que ningún navío debía despegar ayudado por

sus propios medios del espaciopuerto hasta nuevas órdenes. La policía montó guardia, al acecho, para que nada pudiese hacerse por las tripulaciones del espaciopuerto en contra de estas órdenes. Vino más policía. Al poco el espaciopuerto se vio totalmente ocupado por las fuerzas policiales. Trent protestó furioso y como él era un personaje de alguna fama desde su captura de piratas, un alto oficial le dijo en confidencia que había habido un mensaje de ultralargo alcance del otro lado del sistema solar. Decía que un navío que se dirigía a Manaos había sido detenido por un pirata. Luego fue soltado, increíblemente, pero para que llevase un mensaje de los propios piratas. Ese navío iba de camino y debería tomar tierra esta noche. Estuvo dos días en las manos de los piratas mientras preparaban el mensaje. Los piratas le quitaron la mitad de su tripulación haciéndola cautiva y con desdén permitió que el resto se marchase, para entregar el mensaje. Los tripulantes que quedaban acabaron de rebobinar la bobina de la superimpulsión. Estaban a punto de tomar tierra en Manaos con el mensaje. Y serían recibidos en el espaciopuerto, por lo que prácticamente constituía el gobierno de Manaos. Puesto que Trent había traído a piratas capturados en el acto de cometer un delito y habían amenazado con represalias de sus compañeros, este mensaje debía de ser otra nueva amenaza.

Trent se pasó el rato crispando los puños. Un mensaje de los pilotos perdidos significaba algo. Incluso revelar noticias de Marian. Se dio cuenta de que tenía la garganta seca. Aguardó. Las noticias habían llegado de un navío que ya salía de la superimpulsión. Marchaba ahora a toda velocidad de sus motores Lawlor hacia Manaos, pero no podía cruzar a la superimpulsión en las zonas en donde un planeta estalló convirtiéndose en esteroides o donde las órbitas alargadas de los cometas podían interferir. Pero llegaría antes de amanecer.

Y lo hizo. Era un pequeño y maltrecho navío comercial y la rejilla de aterrizaje lo desprendió a través de unas nubes bajas y oscuras que ocultaban las estrellas. Lentamente entró en la luz arrojada hacia arriba por los reflectores del espaciopuerto y se posó con suavidad tocando el suelo y los grandes y esbeltos coches terrestres de la especialidad fueron hasta él. La policía bloqueó el paso a las demás personas, incluyendo a Trent. Se encontró rodeado

de periodistas y se preguntó amargamente cómo sabían ellos lo que ocurría.

Los periodistas no vieron nada. Trent tampoco vio más. Parecía que habían pasado siglos mientras los brillantes coches permanecían inmóviles junto al navío recién aterrizado. Quedaba bastante lejos de la marquesina del espaciopuerto, casi tan lejos como llegaban a alcanzar las rejillas de encaje que servían para conducir los aterrizajes.

Por último los esbeltos coches se alejaron, escoltados por vehículos de la policía. Sólo uno de ellos vino hacia la oficina del espaciopuerto y los periodistas rompieron el cordón policial para llegar allí primero. Trent fue con el resto. Eso sería una rueda de prensa para comunicar las noticias.

Tuvo lugar dentro del edificio en las oficinas del espaciopuerto, donde había espacio para muchos pasajeros y su equipaje, reunido todo antes de que embarcasen en cualquier nave y se perdieran por entre las estrellas. Ahora un hombre con expresión desilusionada se alzó tras una mesa para hacer un anuncio oficial que se le había encomendado. Su voz bramó.

—Hace unas horas —anunció—, llegó un mensaje por microonda desde el otro lado del sistema solar diciendo que el navío «Castor» venía con un mensaje de los piratas de las Pléyades, que lo habían capturado, retenido dos días y luego soltado con la mitad de su tripulación. El mensaje se refiere a los piratas que tenemos prisioneros y que ahora están en Manaos aguardando el juicio.

A intervalos regulares destellaban los fogonazos de los *flashes* con los que los periodistas tomaban fotografías para incluir en las cintas matutinas del noticiario. De vez en cuando el duro resplandor de unas luces más continuadas hechas por los destellos de las cámaras tomavistas hacían que el locutor pareciese extraño e inhumano. Su rostro y figura parecían en cierto modo aplanadas por el excesivo fulgor blanco. Cuando más de una luz brillaba sobre él, protegía sus ojos con las manos y no les proporcionaba una foto utilizable. Siguió en voz alta.

—El mensaje era para nuestro gobierno y ha sido entregado en un sobre cerrado. Anunciaba que los piratas están ahora tomando prisioneros de los navíos que detienen. De hecho están capturando

navíos para hacer prisioneros. Juran que si sus compañeros en nuestra cárcel son ahorcados, colgarán, o peor aún, a diez de sus prisioneros por cada uno de los nuestros que ejecutemos aquí. El resto del mensaje dice que el acuerdo para comunicarnos con ellos viene expresado con detalles. El texto de la carta principal les será facilitado más tarde. El propuesto concierto de comunicación e intercambio de prisioneros, claro, no puede hacerse público.

Bajó del estrado desde el que comunicase la noticia a los periodistas. Los reporteros le rodearon, ladrándole preguntas que no esperaban que respondiese a menos que su insistencia le hiciera perder el dominio de sí mismo. Pero eso no resultaba probable. La policía le ayudó a subir al coche haciendo una vía de paso entre la multitud de periodistas, mientras que los disparos destellantes de las cámaras fotográficas parecían rodearlo todo.

Trent volvió al «Yarrow». Durante la mañana, creyó que se le permitiría llegar a una altura oficial lo suficiente para conseguir para él una excepción permitiendo que el «Yarrow» saliera al espacio. Después de todo, había hecho de contra navío pirata y ganó la pelea aún en un grado limitado. Si cualquier nave podía salir al espacio, ésta tenía que ser el «Yarrow». Podía incluso —y aquí si había algo que le producía un cierto placer— insistir que tenía que salir al espacio para probar el invento de McHinny. Quizá resultara.

En la actualidad, el aparato de McHinny no debía mencionarse. El «Yarrow» había solicitado el despegue con el fin de dirigirse en viaje a Loren. El permiso fue concedido, sujeto a llevar correo hasta aquel destino. No se hizo la menor mención del enorme cajón conteniendo una unidad de superimpulsión que tenía que ser entregada a un consignatario del otro planeta.

El permiso y un pequeñísimo saco postal vinieron al navío por el mismo mensajero. Quizá fue que Trent sumase dos y dos, pero no lo hizo porque había intentado averiguar si la mitad de la tripulación que quedó en el pequeño navío aterrizado antes se había enterado o sabía algo de la nave llamada «Cytheria». No lo sabían. Por lo tanto, Trent estaba furiosamente ansioso de salir al espacio. No repasó una buena cantidad de cosas. El gran cajón. Tampoco miró en el castillo de proa.

Acababa de salir el sol cuando el campo de fuerza de la rejilla de

aterrizaje se apoderó del «Yarrow» le cogió con fuerza y luego empezaron a levantar al navío rápidamente hacia arriba. Resultó ser un estupendo amanecer, con colores más distintos y hermosos que los que a menudo suelen ver los madrugadores.

Pero el «Yarrow» subía y subía, a través de la salida del sol, hacia el vacío.

CAPÍTULO VI

Cuando la rejilla de aterrizaje del espaciopuerto soltó al «Yarrow», la nave se encontraba a cinco diámetros planetarios de Manaos. Superó en ascensión a la salida del sol, según hora del espaciopuerto, y Manaos quedó como un estupendo semidisco visto desde el espacio. Era brillantemente verde y azul en donde brillaba el sol y abismalmente negro en donde estaba iluminado únicamente por las estrellas, pero si alguien miraba unos cuantos minutos a través de un espaciopuerto podría ver la oscura mitad del disco desplegándose muy débil gracias a la luz estelar. Con ojos penetrantes se podía incluso distinguir los fantasmales puntitos y espirales de los sistemas nubosos en el lado nocturno de Manaos. Correspondientes formaciones nubosas en el lado de la luz del día eran cuidadosamente blancas.

Pero Trent no estaba de humor para contemplar las maravillas de los cielos. Alineó el eje del «Yarrow» apuntando a cierta estrella de cuarta magnitud, punto de mira para un navío que tratase de cruzar de Manaos a Loren, y habló por el sistema de comunicación de la nave.

—Superimpulsión a punto. Diez segundos. Comienza la cuenta inversa.

Contó por sí mismo, de diez a nueve y ocho, y así hasta el cero. Oprimió el botón de la superimpulsión y al instante luchó con el mareo y las agudas náuseas e inmediatamente después con aquella sensación de vorágine, de caída en espiral, como si se precipitara a través del vacío sin límites, sensaciones que acompañan siempre a la superimpulsión.

Pero luego, con brusquedad, se encontró de vuelta en la silla del piloto y con los ventanales negros como hundidos en alquitrán y en cierto modo los pequeños silbidos normales del funcionamiento dentro del navío resultaban consoladores y eran bienvenidos y

profundamente satisfactorios. Porque significaban que la nave estaba viva y en funcionamiento y, por tanto, iba a alguna parte y, por tanto, llegaría alguna vez.

Trent comenzó a calcular mentalmente. Mientras había estado en Manaos, esperando al «Yarrow», no menos que once navíos habían salido para el espacio con la tierna convicción de que si Trent había salido triunfante de una pelea con un pirata, también podrían ellos viajar confiados para alcanzar grandes beneficios antes de que el resto de las Pléyades se atreviese a intentarlo.

Y lo mismo ocurrió en cualquier parte. Los propietarios de navíos en una docena de mundos, ansiosos febrilmente de los beneficios que se habían perdido, se convencerían a sí mismos de que el peligro de la piratería había disminuido hasta pasar el punto en donde necesitaba una consideración. Y la mayor parte de estas naves harían sus viajes con toda seguridad porque eran muchísimas y un limitado número de piratas sólo podía hacer también un reducido número de capturas. Pero eso no significaba menos peligro. Sólo quería decir que el mismo peligro estaba distribuido entre más naves.

Trent estaba que echaba humo por esta razón, aunque en realidad no fuese cosa que le importara. Sin embargo, no podía evitar considerar que era cosa suya en lo concerniente a Marian. La nave en que ella zarpó estaba estadísticamente en menos peligro de lo que lo estuvo el «Hecla», pero el aumento de la probabilidad de ser capturada no disminuía las consecuencias. El desastre para cualquier navío capturado era tan final como antes. Aún más, si los piratas deliberadamente aguardaban a los navíos con el fin de conseguir prisioneros.

No podía estar sentado tranquilamente en la silla de piloto al imaginarse tales cosas. Se levantó y con el pulgar señaló al hombre de la sala de control que estaba de guardia para que ocupase su sitio.

—Capitán —dijo el tripulante.

—¿Qué?

—Tenemos tripulantes extra a bordo.

Trent se detuvo.

—Esos tipos que llevamos con el «Hecla», señor. Vinieron a saludarnos. Estaban muy alumbrados. Nos encontrábamos nosotros

en el «Hecla» trayendo las armas pequeñas cuando vinieron. Se instalaron a esperarnos. Se durmieron. Todavía no han despertado.

Trent frunció el ceño. Pero después de todo, eso importaba poco. Incluso podían llegar a ser útiles.

—Cuando despierten, les pondré a trabajar —dijo con sequedad.

No había nada más que hacer con los viajeros, especialmente con aquellos. A Trent no le importaba las raciones o el aire que pudieran consumir, porque poseía de todo en abundancia. Y aquellos hombres rudos estaban adiestrados en tácticas de combate. Hacían que el «Yarrow» fuese densamente tripulado, pero no armado, como ocurriría con cualquier nave pirata. Pero esto no resultó una idea que Trent encontrara consoladora. Marian Hale había ido al espacio en dirección a Loren. Precisamente ahora estaría despegando de Midway —si había llegado hasta allí— y el próximo informe de ella sería cuando aterrizase en Loren… si es que lograba hacerlo.

Entró en la sala de máquinas. McHinny le hizo un gesto ostentoso con la cabeza.

—Ya he vuelto a construir mi aparato —informó orgulloso—, y está mejor ahora que lo estuvo antes. ¡Se ocupará de cualquier navío pirata, si es que existe alguno!

—¿Está usted seguro? —preguntó Trent.

—Conozco mi aparato —contestó confiado McHinny—. ¡Sí, señor! ¡Nadie va a tener que preocuparse ya más por los piratas!

—Sería mala cosa que nos fiásemos de él y no funcionase —apuntó Trent.

—¡Sé lo que me digo! —insistió McHinny—. ¡Y sé también lo que usted dice! ¡Usted quiere lograr que el aparato no parezca bueno! ¡Usted lo manejó equivocadamente a propósito! ¡Pero ya no podrá conseguir repetir su acto! ¡Ahora no!

Trent gruñó y se volvió hacia la puerta de la sala de máquinas. McHinny dijo receloso:

—¡Sé lo que usted piensa! Tiene usted una unidad de superimpulsión de reserva porque cree que mi aparato hará estallar su bobina la próxima vez que intente usarlo. ¡Todo lo tiene listo! ¡Pero espere! ¡Ya verá lo que pasa!

Trent salió. McHinny le encolerizaba, pero era bueno tener alguien con quien desahogarse y que no estuviese relacionado con

Marian. Estaba en un estado de aguda e irritada ansiedad acerca de ella. No podía elaborar planes de acción, claro. No había necesidad demostrada para ello y en caso de haberla no tenía la menor idea de dónde actuar, ni de cómo. Marchaba hacia Loren porque no podía soportar la incertidumbre indefinida. Si el «Cytheria» entraba en puerto en Loren con Marian a bordo, él estaría seguro de su seguridad. También habría hecho el ridículo, porque no tenía motivo válido para ir a Loren excepto el de tranquilizar su conciencia. Pero si el «Cytheria» no entraba a puerto con la chica a bordo…

No sería culpa suya, él le había dicho que pensase en cosa sensata como era la de permanecer alejado del espacio durante un tiempo. Pero también sería culpa suya porque era su deber que los mercantes a través de las Pléyades partieran al espacio con el espejismo de que el peligro de los piratas había terminado gracias a su victoriosa y relativa lucha. Y eso había ocurrido porque la arrancó de un peligro mortal. De lo que no se le puede criticar. Pero si hubiese simplemente arrojado a sus prisioneros piratas por la escotilla la presente situación no existiría. Por esa razón se censuraba el haber obrado con humanidad.

El «Yarrow» llevaba en superimpulsión ocho días y un poco más cuando la señal de alerta repercutió por todo el navío.

—El detector de superimpulsiones en funcionamiento, señor —dijo el hombre de guardia en la sala de control—. ¡Capitán, señor! ¡Nuestro detector señala una superimpulsión próxima!

Trent se dirigió rápidamente a la sala de control. Había allí una luz roja llamando la atención en el dial del detector de superimpulsión. Otro navío se encontraba al alcance del detector y también marchaba en superimpulsión.

Trent ocupó su asiento en el tablero de mandos. Dio una serie de ásperas órdenes. Todos los tripulantes preparados para colocarse los trajes espaciales. Tenían que repartirse las armas pequeñas. Llamó a McHinny y le dijo que su aparato iba a sufrir una verdadera prueba de combate. Luego vigiló, tenso, pero en cierto modo aliviado, de que pudiese realizar alguna acción que sustituyera al mero sentimiento de frustración.

* * *

Algunos siglos antes, cierto capitán Trent sirvió de cebo para atraer a un pirata fuera de la ley adonde estaba ampliamente protegido por los cañones de la fortaleza. Remolcó un improvisado pecio de lona detrás de su navío. Su nave parecía torpe y poco manejable. Así el bucanero salió para efectuar una fácil captura. Durante la pelea en uno de los océanos de la Tierra, en el momento propicio adecuado, Trent cortó la cuerda del remolque y simultáneamente descubrió cañones de calibre más pesado y mayor alcance de lo que se imaginaba el corsario. También reveló que el antiguo navío de troncos y de poca singladura podía no sólo luchar sino vencer al navío pirata que le había atacado. En consecuencia, la bandera del corsario fue prontamente arriada. Y aquel capitán Trent colocó a los tripulantes del corsario en sus lanchas con agua y comida y él y su presa se alejaron por el horizonte, mientras las maldiciones de los burlados corsarios trataban inútilmente de alcanzarle.

Pero el capitán Trent del «Yarrow» no podía esperar un término feliz para su asunto. De momento, la situación era una simple deflexión de cierta aguja que se movía un poco del cero en el dial que le estaba asignado. No tenía artillería más pesada que el otro navío. Es más, carecía totalmente de artillería. Aún todavía más, no tenía los barriles de pólvora del otro barco. El «Yarrow» no estaba construido para luchar y para huir. Y su unidad de superimpulsión carecía de la potencia por tonelada de navío y masa de carga que poseería indudablemente el navío corsario. En superimpulsión, la nave pirata podría indudablemente hacer volar el equipo generador de campo del «Yarrow» sin ninguna dificultad en absoluto.

Pero sin embargo esto era acción, después de doscientas y pico de horas de inactividad. Cualquier clase de acontecimientos serían bienvenidos.

Trent vigiló el dial del detector. El otro navío podía irrumpir. Y si así fuese, si en vez de ser un corsario resultara ser un comerciante honesto haciendo experimentos en saltos espaciales porque también su detector le daba lecturas positivas, la cosa cambiaría. Si no era así…

No lo era.

No fue así. La fuerza de la señal aumentaba rápidamente en el dial. El otro navío se acercaba al «Yarrow». Según todos los datos,

las perspectivas eran de una efectiva aproximación hasta una cercanía fatal, a pesar de cuantos zig zags y quiebres el «Yarrow» pudiese intentar. La lectura del dial era mayor aún. Trent cambió de curso. La lectura continuó mostrando una firme aproximación del otro navío invisible. Había cambiado de rumbo en su persecución. La aguja del dial se acercó a la banda roja que significaba un peligrosa proximidad de las dos naves. Cuando la aguja tocó el borde de la zona roja, o bien una de las dos superimpulsiones igualmente conjuntadas estallaría. Pero había una marca negra en algún lugar del rojo. Si llegaba la aguja a tal marca, la superimpulsión del «Yarrow» volaría. Era preciso.

Trent habló con sequedad por el micrófono que tenía ante sí.

—Sala de máquinas —ordenó—. Voy a cargar su aparato. ¿De acuerdo?

La voz de McHinny, aguda e irrazonablemente mezquina, contestó:

—¡Adelante! ¡Maldición, está preparado!

Trent tenía su dedo en el botón de carga que debería arrastrar algunos millones de kilowatios al interior de los condensadores del pirata, para ser almacenados hasta que fueran emitidos en una especie de violencia de multimegawatios que durase unas cuatro milésimas de segundo. Nada podría resistirlo. ¡Nada! Cualquier motor enfasado con ello estallaría con insensata violencia.

Ya había comenzado a aumentar presión en el conmutador de carga cuando se detuvo. Y si el aparato funcionaba, el otro navío quedaría desmantelado. Su bobina de impulsión podría quedar irreparablemente estropeada, de manera que la tripulación se vería imposibilitada de rebobinarla. Y eso no era probable, pero sí quedaba dentro de lo posible que el otro navío no fuese un pirata. Quizá se tratara de un honesto navío comercial con un piloto inexperto de guardia en la sala de control. Los descuidos suelen suceder.

Alzó la mano. Dijo por el micrófono a todo el navío:

—Primero saldremos de superimpulsión. Preparados. Tres, dos, uno, ¡cero!

Accionó el conmutador de lectura. Hubo el mareo y la náusea momentánea de sensación de una horrible caída en espiral. Luego las estrellas recobraron su ser en los ventanales y en las pantallas de

visión. El «Yarrow» efectuó un curioso movimiento oscilante, casi como una cortesía de saludo al universo al que acababa de regresar. Habían estrellas por múltiples millones.

Y ahí se veía un amarillo y doble sol, lo bastante cerca para que cada uno de sus monstruosos componentes mostrasen sus discos visibles en un tercio de grado a su través. Si un dedo de sol podía tener un sistema planetario, el «Yarrow» había aparecido dentro de él. Hubo una luz brillante, fulminadora, intolerable que cegaba hasta que las persianas automáticas de los visores la redujeron.

Trent dijo con llaneza:

—Me parece que tenemos compañía. Si ese otro navío sigue sin detenerse, su patrón podrá romperle el cuello al hombre de guardia de la sala de control por descuido de su deber. Si no pasa…

—Usted interrumpió la impulsión y el detector también, capitán —dijo el primer oficial.

—O bien nuestra superimpulsión o la suya tienen que estallar pronto en cualquier momento. Si corto la nuestra haré parecer como si hubiese estallado. Pero si sigo manteniendo el detector, sabrán que no lo hizo. Espero…

Extendió la mano y cortó también el motor Lawlor. Dentro o fuera de la superimpulsión, el motor Lawlor impulsaba al «Yarrow» en su rumbo. Donde este encuentro tuviese lugar, claro, sólo un motor Lawlor era casi tan útil como un par de remos.

—Actuamos como si fuéramos un pecio, un navío averiado, de todas maneras. Procuraremos ver lo que el otro navío hace. Mientras, cargaré el mecanismo.

Esta vez oprimió el botón de carga, para extraer energía del banco de reserva del «Yarrow» en miles de kilowatios durante una sencillez de minutos, energía que ha sido descargada a voluntad de manera instantánea en una emisión de pura electricidad.

Hubo un estampido y un rugido que pareció profundo. El olor de metal vaporizado y de aislante quemado recorrió la nave. La detonación fue tan alta que durante segundos después Trent no pudo oler nada más. El primer sonido que percibieron sus oídos al recuperarse fue el de la voz aguda de McHinny mascullando juramentos a pleno pulmón. Luego oyó cómo los aparatos de climatización funcionaban a velocidad de emergencia para limpiar el ambiente de mal olor.

Señaló con su cabeza al primer oficial y éste desapareció. Trent permaneció esperando tenso en la sala de control. Al aumentar su facilidad de oír percibió crujidos que serían radiación en microonda del próximo doble sol.

La voz del primer oficial llegó por el altavoz:

—¡Capitán, señor, el aparato volvió a estallar! ¡No sirve para nada!

A duras penas Trent podía ponerse más tenso, pero pareció que sus músculos aún se estiraban más. No obstante, el «Yarrow» no se encontraba en peor situación de la que estuvo aún cuando rescató a la tripulación y a Marian del «Hecla».

Los chasquidos y rumores del doble sol fueron interrumpidos. Se produjo un sonido especialmente artificial del espacio interno al «Yarrow». Era de tono alto para empezar y alzaba su potencia rápidamente hasta aumentar de tono y pasar de lo agudo al más alto de los silbidos. Resultaba, claro, un simple impulso de radar, imitando en las Pléyades el áspero grito de aquellas peludas criaturas llamadas murciélagos en la Tierra.

—Toda la tripulación —dijo Trent con llaneza—. Pónganse los trajes espaciales y carguen las armas. Nos acaba de alcanzar, un impulso de radar. No hay razón para que no haya excepto piratas que nos sigan saliendo de la superimpulsión y tratan de localizarnos por radar.

Hubo un agitarse por doquier y el primer oficial volvió diciendo:

—Su traje espacial, capitán.

Trent se levantó ante el tablero de control y se colocó su armadura. Luego vino otro impulso de radar. Este era más alto.

Durante largo tiempo después hubo algo parecido al silencio en el «Yarrow». Cierto, los aparatos de aire chirriaban y fueron cortados. La temperatura de control hacía una nueva clase de ruido. Ahora también se apagaba la calefacción procedente del próximo sol y que en lugar de mantener la temperatura del «Yarrow» a muchos grados por encima del frío del espacio, el sistema automático de refrigeración casi la anulaba. Y hubieron infinitos sonidos pequeños que venían de la mera presencia de los hombres vivos dentro del «Yarrow».

Se produjo el tercer impulso de radar. El primero había sido como un chirrido. Este era casi un grito.

Luego una pantalla de visión se apartó de los próximos soles, mostró el parpadeo de las diminutas lentejuelas multicolores que eran las estrellas. Una voz vino del comunicador exterior:

—Corsario «Bear», de Loren, llamando. ¿Qué navío es ése?

Trent, claro, se había anticipado a la pregunta. Pero quería formular una propia. Marian estaba lejos de un planeta, en algún lugar dentro de un injustificado número de navíos súbitamente enloquecidos por la codicia. Todos no podían esperar escapar de la captura por los piratas. Pero los piratas no podían confiar en capturarlos tampoco a todos. Así que la cuestión que Trent necesitaba respuesta era: ¿acaso el «Cytheria» había sido apresado por este navío particular? Si no, la absoluta intranquilidad tenía justificación. El «Yarrow», oscilando, atacando, embistiendo, no heriría o pondría en peligro a Marian en el proceso. Por otra parte, si el «Cytheria» había sido capturado y Marian era uno de los prisioneros de este navío, entonces era necesario el mayor de los cuidados. La obligación más desesperada de Trent sería destrozar al pirata a cualquier coste, porque Marian iría a bordo.

El altavoz del techo bramó:

—¿Qué navío es ése? ¡Respondan o recibirán su merecido!

Trent gruñó:

—Este es el «Cytheria», con destino a Loren. ¡Y si usted es el «Bear» seguirá con sus negocios! ¡Ya nos ha hecho volar nuestra superimpulsión!

El sudor le cubría el rostro mientras escuchaba atento. Si este pirata había capturado al «Cytheria», entonces sabrían que el «Yarrow» no era el «Cytheria». Y lo revelarían.

La voz del exterior del navío pirata era casi burlona:

—Fue el único modo que teníamos de enviarles una salva. Trataron de escapar. ¿Cuál es su carga?

Trent tomó al azar una de las listas de embarque. No importaba. No pensó en el enorme cajón cargado a bordo del «Yarrow» en Manaos. No pensó en absoluto. La pantalla de visión mostraba un pequeño brillo que ahora rápidamente tomaba la forma de un navío. La voz del altavoz del techo dijo con buen humor:

—Podemos utilizar parte de eso. Subiremos a bordo.

Ahora los ojos de Trent ardían. Marian no iba a bordo de este navío. Por tanto cualquier cosa que pudiera hacer para engañar,

dañar, o destruir a este pirata sería fruto del simple y honrado odio hacia todo lo que el corsario representaba. Y Marian no se vería envuelta. Sin embargo, no parecía haber nada que hacer.

Trent protestó como si estuviese furioso. El otro navío tomó forma como la de un pez esbelto y pulido. Discutió febril, como si creyese que trataba con el corsario «Bear» de Loren propiedad del presidente del planeta que resultaba ser padre de Marian. Al poco, resultaba concebible de que fuese el «Bear». Pero no le importaba. Marian estaba en peligro y por tanto no le importaba si aquel era un corsario casi legal o un pirata incuestionable. Tenía intención de destruirlo, legal o ilegalmente, de manera adecuada o de otra forma.

Mientras, protestó. Su argumento era que el «Yarrow» —al que él llamaba el «Cytheria»— estaba destinado a Loren y la carga que portaba tenía que ser entregada en ese planeta fuese como fuese. Como corsario, insistía Trent, el «Bear» tenía que respetar a los navíos rumbo a su espaciopuerto de matrícula. ¡Ya había hecho bastante daño! Había volado la superimpulsión. Ya…

—Le daremos recibos por lo que nos llevemos —dijo la voz del altavoz del techo. Era casi abiertamente burlona ahora—. Si no recibirá un disgusto. Lo que tiene que hacer es seguir hasta Loren y pedir que le reembolsen lo que nos llevemos.

Trent cerró el comunicador y giró en la silla del piloto.

—Lo haremos de la manera que cuando salimos para abordar el «Hecla» después de ser abandonada la nave —dijo fríamente al primer oficial—. Hice que atestase la proa con balas de mercancía por si acaso un cañón abría fuego sobre usted desde delante. Nada ha sido alterado, ¿verdad?

—No, señor —respondió el primer oficial—. Todo sigue allí. Está convencido de que han volado nuestra superimpulsión, señor.

—Y si nos metemos en ella —dijo Trent con acritud—, podría realmente volárnosla siguiéndonos —oprimió el botón de la comunicación general—. ¡Todo el mundo! Nos ha detenido alguien que dice ser el «Bear» de Loren. Afirman que nos van a abordar. La tripulación que se prepare para desaparecer de la vista y volver a salir cuando se dé la orden.

Hizo girar al «Yarrow» para enfrentarse al otro navío que al acercarse parecía crecer de tamaño. Ansiaba con fiereza en

destruirlo, pero en aquel momento las propias posibilidades del «Yarrow» parecían escasas. Por un motivo, el primer pirata que encontró tenía cañón, un cañón que disparaba sólo dos proyectiles. En cierto sentido era una reliquia antigua. Probablemente de un diseño del siglo XX, cuando los cañones alcanzaron su máximo desarrollo antes de ser substituidos por los proyectiles cohete. Sus obuses podían penetrar los dos cascos del «Hecla» pero tenían poco poder para dañar más allá de la perforación. Uno de los proyectiles del otro pirata había rebotado en la sala de máquinas del «Hecla» sin dañarla mucho en particular. Pero estas balas podían dejar sin aire al navío.

Quizá el segundo pirata también tenía el cañón. Contra aquella arma del siglo XX —pasado de moda— Trent había preparado una defensa del siglo XIX. Hubo una guerra civil en una nación llamada los Estados Unidos, allá en la Tierra, y en aquella guerra mucha acción tuvo lugar en los ríos continentales. Por su forma especializada de pelear, los barcos fluviales se convirtieron en navíos de combate apilando balas de materia prima textil entonces muy en uso. Los barcos fluviales se convirtieron en cañoneros acolchados en contraste con los barcos blindados e hicieron un buen servicio. Trent había atestado la proa del «Yarrow» con materiales similares. Limitarían la penetración de un proyectil sólido disparado desde delante.

El otro navío resultaba ahora plenamente visible. Su rapidez le incrementaba de tamaño. No habían rastros de averías o de reparaciones en su porción de proa, así que no podía ser la misma nave que detuvo al «Hecla». Era también mucho mayor. Había, pues, por lo menos dos naves espaciales operando fuera de alguna base desconocida. Quizá hubiesen aún más.

La otra nave cambió una postura instalándose a la distancia de unos dos kilómetros. Se estabilizó y permaneció inmóvil. Las escotillas en forma de concha de los salvavidas se abrieron, revelando las lanchas espaciales.

Trent habló por todos los altavoces:

—Hombres, lanzadores de cohetes a las portezuelas. Que se aten con una cuerda y que se preparen para salir a las puertas exteriores y empezar a disparar.

Hizo una mueca. Había comprado armas pequeñas en Dorade,

pero habían sido diseñadas para uso policial. Serían totalmente inútiles contra el navío. Pero podían dañar a una lancha espacial.

Volvió a conectar el comunicador. La voz sonó áspera:

—¡Le ordeno… que abra sus escotillas de carga! ¡Abra sus escotillas de aire! Se dirige hacia ustedes una patrulla de abordaje.

—Acuso recibo —dijo Trent.

Tapó el micrófono del comunicador con la mano y dio una serie de órdenes breves y salvajes. Abrió una de las portezuelas de carga. La dejó abierta. Una segunda empezó a abrirse y aparentemente se atascó. Volvió a su posición de cerrada. Parcialmente se abrió y tornó a cerrarse. Esto podía ser visto desde la nave pirata. Se tomaría como un intento de obediencia. Una escotilla de aire se abrió. Otra. Las escotillas no mostraban figuras con traje espacial en ella.

Las lanchas del pirata, en número de tres, se alejaron de sus receptáculos a bordo del navío. Marchaban firmes hacia el «Yarrow». Las dos naves eran puntitos infinitésimos en la inmensidad. Las lanchas espaciales eran menos aún que puntitos. El desfilante sol doble solo era enorme. Parecía próximo. El resto de la galaxia en apariencia consistía en incontables lentejuelas de luz de todos los colores imaginables y grados de brillantez, inimaginablemente remotas. Para alguien que gustase de las comparaciones, esta acción tenía lugar en tal aislamiento, tal soledad, tan enorme nada que el aislamiento de un navío en superimpulsión parecía amistoso por contraste.

Las lanchas estaban a mitad del camino del «Yarrow». Trent ladró en el micrófono general:

—¡Cierren las planchas exteriores! ¡Adelante con la acción ordenada!

Y actuó mientras hablaba. El «Yarrow» saltó como disparado por enfrentarse al navío pirata y se lanzó hacia él a la máxima aceleración del motor Lawlor. Pero el movimiento parecía horriblemente lento. Una eternidad se dejó pasar en los intervalos transcurridos entre latido y latido del corazón. El «Yarrow» se precipitó sobre el pirata… pero no con exactitud. Primero bajaría y destruiría a la lancha espacial más próxima. El pirata tenía el cañón. Destelló y hubo una centésima de segundo de fulgor vaporoso antes de que el profundo vacío del espacio la absorbiera

en la nada.

Un proyectil alcanzó al «Yarrow». Su impacto pudo oírse o notarse en toda la nave. Hombres espaciales aparecieron de pronto en las escotillas abiertas. Cohetes… sólo cohetes policiales, pero cohetes… salieron de las escotillas abiertas, cuatro… ocho… una docena. Uno alcanzó a una lancha espacial. Se produjo un destello insonoro. Una bomba especial estalló dentro de la lancha. Estaba preparada para destruir al «Yarrow» en caso de que la tripulación se resistiese a dejar paso franco a sus asesinos. Pero una lancha había dejado de existir. La proa del «Yarrow» giró para traer a otra lancha en cercano alcance para los lanzadores de cohetes de la portezuela lateral. Los cohetes expulsando el humo a chorros partieron. Uno de ellos estalló en el mismo instante antes de que otro llegase al idéntico lugar. Fue pura casualidad, pero la lancha se vio rota en su popa y otros cohetes la alcanzaron, también. No era posible estimar el daño total desde el «Yarrow».

Aquel antiguo navío mercante continuaba lanzándose hacia el pirata. El cañón del pirata volvió a destellar. Fue un impacto. Y de nuevo, otro impacto. Y otro. Cada proyectil daba en el blanco. Cada uno penetraba en la proa y desaparecía en las balas de materia textil y en los cajones de otras cargas amontonados para servir de improvisado blindaje.

En la sala de control el tablero de instrumentos mostraba que tres compartimentos de popa perdían aire. Pero el «Yarrow» ganaba velocidad a cada segundo. El cañón del pirata destelló y destelló, y cada fogonazo de pólvora fue seguido por el vibrante impacto de un proyectil. Pero el «Yarrow» podía aguantar esta clase de cañonazos durante un rato, de cualquier manera.

El pirata no podía resistir la embestida. Entró en superimpulsión mientras el atacante «Yarrow» quedaba a unos doscientos metros de distancia. Trent condujo su navío fieramente a través del vacío en donde había estado la nave pirata. Giró en redondo y se encaminó vengativo hacia la tercera de las lanchas espaciales que el pirata había lanzado al espacio. El «Yarrow» pasó a menos de cien metros de distancia y los cohetes destellaron y marcharon hacia ella, la sobrepasaron algunos, otros cayeron dentro, en su mayoría. Lo que quedó ya no tenía el aspecto de una lancha espacial, y el «Yarrow» en apariencia era dueño de todo el espacio circundante.

El primer oficial parecía complacido. Dijo con alivio:

—Llevaré algunos hombres y obturaré los agujeros de las balas, capitán.

—No será de mucha utilidad —contestó Trent con frialdad—. Si tenemos que entrar en superimpulsión, nuestra bobina volará a menos que el pirata se esté alejando. Pero mientras posea su cañón y proyectiles no hará eso. Hemos matado a una buena cantidad de sus hombres en esas lanchas, sin embargo.

El primer oficial parecía apenado.

—¿Qué haremos, pues, capitán?

—Una intentona —dijo Trent sardónico—. Tenemos que tratar de pensar en algo.

Pero la situación no parecía muy prometedora. El pirata tenía un cañón. El «Yarrow» no. El pirata tenía una medida intacta de la superimpulsión, que le permitía aparecer y desaparecer, marcharse y volver, y que automáticamente volaría al nivel correspondiente del «Yarrow» si Trent tratara de utilizarla. El pirata había perdido más de la mitad de su tripulación en las lanchas salvavidas. Quizá dos tercios. Definitivamente no se iría y dejaría al «Yarrow» vencedor. Lo único extraordinario que el «Yarrow» había demostrado era resolución y una voluntad furiosa de pelear. Eso significaba una sorpresa táctica.

Pero el pirata se había ya recobrado de ella. Reapareció. Con furiosa deliberación, se colocó a unos tres kilómetros y medio del «Yarrow» y comenzó a batirlo con sólidos disparos. Cuando el «Yarrow» cargó, el pirata entró de nuevo en superimpulsión. El «Yarrow» podía haberle seguido, claro, pero a costa de volar su bobina antes de que hubiese completado la conversión del espacio normal al ultraespacio. Sólo podía permanecer en el fulgurante brillo solar de la doble estrella. Cuando el pirata apareció, el «Yarrow» no tenía más arma que pudiese hacer daño a su enemigo que sí mismo, y su defensa era únicamente parcial e incluso eso sólo cuando daba la cara a su adversario. Tarde o temprano la improvisada pantalla o blindaje de sus balas de carga fallaría.

La secuencia de una carga desesperada mientras el pirata que batía con su cañón y la desaparición del corsario en superimpulsión, luego su reaparición en otra parte para arrojar más sólidos disparos, se convirtió casi en rutina. Trent volvió de cabo a rabo el «Yarrow»,

entregando su mando al primer oficial, y fue a comprobar los daños. Siempre es interesante y algunas veces útil colocarse mentalmente uno en la situación del enemigo. Comenzó a imaginarse con vaguedad qué es lo que haría con las lanchas espaciales si las utilizaba de otro modo del que las empleó el pirata.

Comenzó a evaluar las posibilidades. Las lanchas espaciales serían poderosísimos blancos para un cañón que disparase proyectiles sólidos. Pero tendrían que ponerse en verdadero contacto para poder estallar a una carga explosiva conformada de manera útil. Y si el pirata entraba en superimpulsión en tal momento se llevaría consigo la lancha. Y la barca podía volver al espacio normal a años luz de cualquier navío o planeta o… algo. Nunca se tendrían noticias ni se le vería en absoluto en todos los siglos y milenios aún por venir.

Trent se habría arriesgado, personalmente. Pero el «Yarrow» y los nombres a bordo…

La sala de máquinas seguía todavía llena de aire. Trent rodeó hasta la pequeña escotilla de emergencia destinada para permitir el paso a otro compartimento del navío si uno o más de ellos perdían aire.

Salió de la escotilla en la bodega de carga próxima a popa. Vio el enorme cajón que el exportador había prácticamente metido a la fuerza a bordo mientras el primer oficial se encontraba en un estado de confusión total.

Lo miró. Y si sus muchas veces gran tatarabuelo, aquel capitán Trent del período napoleónico, o cualquier otro de sus predecesores, hubiese podido ver la situación y seguido el razonamiento de Trent, oh, los antecesores del capitán Trent se habrían mostrado complacidos.

CAPÍTULO VII

El «Yarrow» hormigueó de actividad tan pronto como hubo elaborado lo que hacer. Era la solución más sencillamente imaginable para su problema en cuanto la vio. Sólo el maquinista del «Yarrow» se mostró resentido. Dos veces había intentado utilizar su aparato y cada vez había estallado en cuanto Trent intentó cargar sus condensadores. Ahora Trent tenía hombres arrastrando el monstruoso cajón que contenía una unidad de superimpulsión destinada a ser entregada en Loren. Trent albergaba la idea de que se pensaba instalar en un corsario destinado a ser compañero del «Bear». Lo desaprobaba. Pero ahora, de pronto, tenía la idea de darle un uso mejor.

Un proyectil sólido alcanzó la proa del «Yarrow». Se produjo la sensación de una embestida a plena potencia Lawlor contra el navío pirata. El primer oficial del «Yarrow» no era una persona muy imaginativa, pero podía llevar a cabo las órdenes que comprendía. Las órdenes que realizaba ahora resultaban perfectamente comprensibles. Ganar tiempo.

Partes de la superimpulsión embarcada aparecieron al descubierto. Trent empuñó un hacha para destrozar el embalaje. El ingeniero, murmurando con amargura, trajo cables de la sala de almacén. Con Trent vigilando atento, le dio forma para perfeccionar el contacto necesario cuando las corrientes de decenas de miles de amperios circulasen por ellos. Instaló los cables hasta la sala de máquinas. Con Trent repasando cada movimiento, conectó la bobina de superimpulsión de la bodega de carga a la bobina de superimpulsión de la sala de máquinas e instaló un conmutador para accionarlas individualmente.

El «Yarrow» ahora tenía dos bobinas de superimpulsión

conectadas en paralelo. Cada una de ellas estaba diseñada para realizar un hecho especialísimo, simplísimo si no lúcidamente expresado como producir un agujero en el cosmos en torno al navío, encerrando a la nave en ese agujero y luego metiendo el agujero dentro de sí mismo. Con dos de tales mecanismos en paralelo, cuando funcionasen juntos deberían hacer un agujero mucho mayor que uno solo. Deberían, unidos, tener más potencia por tonelada de navío y carga de masa que podía tener posiblemente el pirata. Si la nave pirata y el «Yarrow» estaban en superimpulsión al mismo tiempo y tan cerca uno de otro como se encontraban ahora, una bobina de superimpulsión tendría que estallar. Originalmente, habría sido la del «Yarrow». Ahora tendría que ser la del pirata.

Trent regresó a la sala de control y el primer oficial le saludó con alivio.

—Otro compartimento de proa pierde aire, capitán —dijo preocupado—. El viejo «Yarrow» no tardará mucho en quedar lastimado. He enviado a un hombre para que lo revise, pero parece como si hubiésemos chocado con el navío y hubiese quedado todo destrozado. Es decir, que no creo conveniente que embistamos de proa a ninguna nave…

—Podemos —dijo Trent con laconismo.

Se miró la situación. Parecía igual que antes. El navío pirata desaparecía de la distancia en donde se encontraba para aparecer en el vacío más inesperado. Giraba en redondo, para que su cañón apuntase al «Yarrow» que se lanzaba contra él. El cañón lanzaba tres sólidos disparos en la proa del «Yarrow» y el pirata desaparecía en superimpulsión. Allí resultaba inalcanzable.

—Preparados para la superimpulsión —dijo Trent con tranquilidad—. Tres, dos, uno, cero.

El «Yarrow» desapareció en la superimpulsión.

El doble sol amarillo vertió su intolerable luz y calor. Como sol doble, no podía tener ni planetas ni satélites de ninguna clase. No había cometas, ni asteroides, ni corrientes de meteoros. Los únicos objetos que podían orbitario, incluso temporalmente, eran las espacionaves. Momentos atrás había habido allí dos de ellas. Ahora, casi de pronto, sólo quedaba una. Salió de la nada y durante largo rato permaneció sola. Luego la otra nave surgió también de la nada.

El segundo navío yacía ahora inmóvil, a muchos kilómetros del

que escapó primero y estaba averiado. Tenía perforaciones en sus planchas de proa. Algunas montadas sobre las anteriores. Había una profunda abolladura en donde uno o dos alcanzase al armazón del casco detrás de las planchas sin penetrar, pero formando una profunda depresión que destrozaba la simetría de su forma.

Era, claro, el «Yarrow» que se había metido en superimpulsión inmediatamente después que el navío pirata. Permaneció allí. El detector de motores que anunciaba que otra nave estaba también en superimpulsión operando cerca. La del pirata había volado. Ahora el «Yarrow» había salido de superimpulsión y podía entrar en ella a placer. La nave pirata se encontraba en el espacio normal y no podía abandonarlo de nuevo. Pero aún tenía un cañón. Esa arma flameaba furiosa y los disparos sólidos cruzaban el espacio hacia el «Yarrow». Trent cambió la posición del «Yarrow». A esta distancia costaría muchos segundos que los desesperados proyectiles del pirata llegasen al lugar en donde el «Yarrow» había estado.

Llegaron hasta ese lugar. El «Yarrow» se había cambiado. Siguieron adelante, para siempre.

—Estalló —dijo Trent con laconismo para que todo el navío le oyese—. Ahora podemos embestirlo, porque no puede meterse en superimpulsión más tiempo. Pero hemos recibido muchos disparos. Será mejor que no.

Un débil ruido vino del altavoz superior. Era una voz. Balbuceaba. Gritaba. Suplicaba pacíficamente. Volvió a balbucear. Era un traje espacial en el vacío y gritos ininteligibles venían de él.

—No sé cómo, capitán —dijo el primer oficial—, pero me parece que esos piratas no recogerían a ninguno de nosotros si flotásemos por el espacio en una lancha espacial destrozada, como le pasa a ese individuo.

—No —asintió sombrío Trent—. No lo harían. Pero no necesitan hacernos preguntas sobre cuál es nuestro puerto natal, o cuántos navíos como nosotros funcionan fuera de él. Y no querrían preguntarnos si sabíamos algo de un navío llamado el «Cytheria».

Así que localizó la voz que venía de un traje espacial que antes estuvo en la lancha ya destrozada. El hombre de aquel traje se había encontrado flotando en el vacío absoluto. En las confusas y frías embestidas del «Yarrow» contra el pirata, ambos navíos se habían alejado muchos kilómetros del lugar donde estuvo la lancha,

En la actualidad, la nave pirata estaba a más de doscientos kilómetros de la voz que gritaba insensatamente. No podía captarla a simple vista contra el fondo de todas las estrellas que habían allí. Estaba sólo como ningún hombre podía permanecer solo y continuar cuerdo. El hombre del traje espacial podía ver al gigante y doble amarillo sol y sentir su mortífero calor. Gritaba porque creía estar mirando a dos puertas redondas que constituía la entrada del infierno. Y notaba que caía hacia ellas.

El «Yarrow» le recogió, al cabo de una hora de búsqueda, pero nada inteligible le pudo sacar. Se había vuelto loco de terror.

* * *

El «Yarrow» llegó a Loren dos días más tarde. Fue descendido por la rejilla de aterrizaje del espaciopuerto que se alzaba a un kilómetro de las amplias llanuras del mundo colonial. Trent saltó a tierra y se dirigió a la oficina del espaciopuerto. Su primera pregunta fue si el «Cytheria» había llegado ya. No lo había hecho.

Dijo con frialdad:

—Será mejor que diga a su presidente planetario que su hija iba a bordo. Puede decirle también que su corsario se ha convertido en pirata y que tiene razones para preocuparse. Que él y todo este planeta pueden verse en dificultades por causa de ello. Y que hay una nave pirata desarbolada paro trabajando con ahínco para efectuar reparaciones a un par de días de impulsión en dirección a Manaos. Probablemente se encuentra en una órbita inestable a una estrella doble amarilla, pero quizá pueda remendarse antes de que esta órbita se quiebre.

Luego añadió:

—Yo también necesito reparaciones. Pero me bastará con unas cuantas planchas de acero y unos buenos soldadores. ¿Cómo me podrá proporcionar eso?

Hubo agitación en el espaciopuerto de Loren, especialmente después de que los tripulantes del «Yarrow» bajaron a tierra y se relajaron en las miserables tabernas instaladas junto a las puertas del espaciopuerto. En el propio planeta no era una de las sobresalientes colonias humanas de las Pléyades. Originariamente fue colonizado a causa de la producción de una fibra local que tenía

un gran valor como artículo de lujo. Durante un tiempo prosperó, produciendo materiales textiles de una fabulosa blandura y de una maravillosa belleza. La población ascendió hasta varios millones y hubo un momento en que su espaciopuerto se veía concurrido con navíos de la mitad de la galaxia que venían a comerciar con la fibra de «ghil». En aquel tiempo una cierta dificultad ecológica parecía trivial. La vegetación tipo terrestre no se desarrollaba en Loren. Las bacterias nativas del suelo del planeta eran excelentes para la fibra «ghil», pero no para las patatas, o el maíz o las cosechas comunes como las judías. Cultivar para el consumo humano necesitaba de hormonas y de componentes vitamínicos básicos y de antibióticos que era preciso importar de otros planetas.

Naturalmente los humanos, por todas partes, tenían que llevar la vegetación terrestre con ellos cuando instalaban una colonia, para suministrar el excesivamente complejo componente alimenticio de la raza humana que ésta requiere para vivir y al que se ha adaptado. Loren era muy próspero y lo fue durante algún tiempo. Pero al ser un mundo de un sólo producto, sujeto a los desastres de una economía no agraria, sino monográfica, pronto comenzó a padecer las consecuencias. Y ahora era un mundo retrógrado, su comercio moribundo y yendo pendiente abajo.

Algunas de las personas en Loren se mostraron excitadas por la llegada del «Yarrow» porque las mercancías de comercio eran escasas. Incluso un corsario con carga requisada y que daba recibo por lo que se llevaba, recibos pagaderos en fibra «ghil» de Loren, no podía suministrar los artículos de importación a una población de cinco millones de estado de necesidad. Así que un simple barco de mercancías diversas podía armar el alboroto en el mundo comercial de Loren.

Algunos de los habitantes de Loren estaban conturbados porque sentían que el planeta estaba siendo boicoteado por causa de su corsario y ahora aprendieron que el comercio interestelar estaba prácticamente destruido por los piratas e incluso que un corsario tenía que trabajar de manera muy limitada y sin el beneplácito general. Pero el «Yarrow» era la primera nave de fuera del planeta que aterrizaba en Loren en cuatro meses.

Unas cuantas personas de Loren sentían especial intranquilidad a causa del navío pirata desmantelado del que informara Trent. Los

tiempos modernos no harían tales cosas como armadas o marinas, claro. Los oficiales de policía tenían que nacerse cargo de las muchas funciones antiguamente desempeñadas por la milicia. Algunos de ellos llegaban hasta Trent e hicieron una serie de inquisitivas preguntas sobre el conflicto y la pelea cerca del doble sol.

—Nosotros salimos —les dijo Trent—, porque habíamos almacenado carga abultada en nuestras secciones de proa y sus obuses no pudieron dañarnos mucho. Si quieren ir tras esa nave, deberán encontrarla con el radar y no tendrían muchas dificultades. Está escasa de brazos. Eso es obra nuestra. Destrozamos tres salvavidas llenos de hombres que venían a abordarnos. ¿Han sacado algo sus doctores del pirata que trajimos?

No lo habían sacado. Estaban registrando todos sus balbuceos y estudiándolos penosamente. No había duda de que fuese un pirata. Pero puesto que su presente estado mental había sido producido por una tensión emocional improbable de horror y desesperación, sus balbuceos naturalmente resultaban de materias sólo emocionales. Aparte esas incoherencias dedujeron que por lo menos había tres navíos piratas en operación y media docena de naves capturadas, pero no pudieron identificarlas. Ni tampoco obtener ninguna pista acerca de dónde tenía base aquella nave pirata, ni la descripción de su mundo patrio, ni nada más que fuese en verdad información útil. Balbuceaba, lloraba y suplicaba que no lo volviesen al espacio, donde los grandes soles amarillos eran las puertas del infierno y que las atraían irresistiblemente hacia aquellas también irresistibles llamas.

Trent trajo datos de Manaos. Consistían en fotos y huellas digitales y moldes retinados de los doce piratas capturados por Trent en el «Hecla». Eran los hombres por cuya ejecución —si esto ocurría— los otros piratas habían jurado tomar venganza. Su captura había enviado al espacio de nuevo a muchos navíos ilusionados y no podía haber duda de que la captura de bastantes hombres del espacio y viajantes permitiría a los piratas llevar a cabo sus muy sanguinarias amenazas. Trent mencionó sombrío que tanto Marian como el patrón del «Hecla» habían dicho que el navío pirata se parecía al «Bear», cuya identidad pretendía ser escudo para el pirata mientras exigía la rendición. Trent sugirió que la

policía buscase los historiales del espaciopuerto de la tripulación del «Bear».

Al poco volvieron los funcionarios intolerablemente apenados. Los piratas esperando juicio o libertad, en Manaos, habían sido miembros del corsario comisionado por Loren. ¿Qué iban a hacer?

—Si viene aquí —contestó Trent salvajemente—, háganlo volar al infierno. Pero yo lo embestí. Hay algunas reparaciones que encontrarán difícil de explicar. Probablemente no vendrá. Irá a su verdadera base. Les utiliza a ustedes para informarse sobre los caminos espaciales y los movimientos de navíos de modo que facilitasen sus esfuerzos piratas. De vez en cuando tropezaba con algo. ¡Pero ustedes le ayudaron cuanto pudieron!

Los oficiales de la policía tornaron a marcharse. Estaban embarazados.

Trent supervisó el principio de las reparaciones de la agujereada proa del «Yarrow». No eran difíciles. Unas cuantas planchas del casco tenían que ser reemplazadas enteramente, pero el armazón dañado podía enderezarse mediante el equipo terrestre y los agujeros de los obuses tapados o taponados, y prácticamente el navío quedaría tan bueno como si fuese nuevo. Los agujeros de las balas en la piel interna requerían una atención menos delicada. Las balas de cargas dañadas por los disparos fueron descargadas. Las reemplazaron otras. Los comerciantes de Loren ofrecieron comprar estos bultos averiados y se los quedaron a un precio que pagaba dos veces las reparaciones. Esperanzados, ofrecieron fibra de «ghil» en pago y Trent la aceptó.

Un navío salía al espacio de Loren. También pertenecía al padre de Marian. Llevaba un cañón. Su proa estaba blindada con sacos de arena internos. Portaba proyectiles dirigidos. Llevaba voluntarios de la policía planetaria ansiosos de capturar o destruir a un navío pirata que les había puesto en ridículo y casi les hizo cómplices de ser socios de este bucanero del espacio.

El «Cytheria» no llega a puerto. Según la nota de Marian, tenía intención de abandonar el planeta Sira el día en que tal misiva fue escrita. La carta había sido entregada a Trent en Manaos para el «Yarrow». Inmediatamente después, llegó la amenaza de los piratas. Trent despegó el «Yarrow» de Manaos unas doce horas más tarde, cuando el «Cytheria» debía estar a punto de llegar a Midway. Ya

tenía que haber dejado el planeta casi inmediatamente en dirección a Loren. Era ciertamente posible que hubiese llegado a Loren incluso antes que el «Yarrow».

Pero no había sido así. Ahora llevaba muchísimos días de retraso.

Ese retraso resultaba por entero razonable. El «Cytheria» debía haber ido a Midway dando un rodeo. No era preciso que siguiese la ruta regular de los navíos de Sira a Midway. Si había posibilidad de encontrarse con los piratas, resultaría inteligente seguir un camino tortuoso. Los piratas probablemente estarían esperando en las rutas frecuentadas por navíos con los detectores de impulsión abiertos y denunciando la presencia de cualquier navío en superimpulsión desde distancias completamente increíbles. Si el patrón del «Cytheria» había hecho un viaje dando un rodeo, eso significaría que el periplo sería más largo. Quizá el «Cytheria» no llevase retraso, si se supiese con certeza el rumbo que había seguido.

De nuevo debían haber habido alarmas en Midway, las hubo cuando el «Yarrow» se detuvo allí, y el «Cytheria» pudo haberse quedado en puerto para esperar hasta que el peligro de los piratas fuese genuinamente anulado. Quizá estuviese tranquilamente en tierra. No debía haber motivos para preocuparse. Pero, sin embargo, los había.

Causas perfectamente razonables podían haber operado para retrasar al «Cytheria». Pero, por otra parte, igualmente podía haber sido tomado por un pirata. En cuyo caso, Trent no podía saber dónde había ocurrido o dónde Marian, como cautiva, había sido llevada.

Pasaron los días, más días, y aún más. Trent se recordó a sí mismo todas las distintas razones para que el «Cytheria» sufriese retraso… viaje dando un rodeo, no es razonable. Alarmas de piratería para hacerlo permanecer en el puerto… del todo razonable, perfectamente posible, casi convincente. Pero no del todo.

De pronto Trent comprendió que no creía en ninguna de estas excusas. Simplemente ya no tenía más esperanza de que Marian llegase jamás a Loren en el «Cytheria». No esperaba de que la joven llegase nunca a ninguna parte. Estaba siempre, desoladamente y arbitrariamente convencido de que el «Cytheria» había sido

abordado por los piratas. Cazados por el «Bear», que con certeza no era el corsario que encontrara cerca del doble sol amarillo.

No mostró exteriormente signo ninguno de su conclusión. No podía hacer nada. Es cierto que el «Yarrow» estaba preparado para salir de nuevo al espacio Cierto, de eso el presidente del planeta había comunicado varias veces más o menos formalmente que le gustaría hablar con Trent. Pero las reparaciones apenas importaban y Trent no quería hablar con el padre de Marian. Simplemente no deseaba hacerlo. Con ríos de gran piratería en las Pléyades, el padre de Marian la había dejado viajar. Era propietario del corsario y quienes debían estar al tanto de las cosas, Marian y el patrón del «Hecla» declararon que el pirata del asunto del «Hecla» no sólo pretendía ser el «Bear», si no que parecía exactamente dicho navío.

Debido a la noticia de que el presidente planetario iba a visitar el «Yarrow» que había derrotado a un navío pirata cerca de un sol estrella doble. Tenía interés porque el navío que se fue para apoderarse de aquel merodeador desmantelado, todavía no regresó.

Trent dijo sombrío al primer oficial del «Yarrow»:

—Dígale usted que el navío policía habrá tenido que rebobinar la superimpulsión del pirata aun cuando éste se haya rendido, si quiere traer a puerto esa nave. Este trabajo representa tiempo. Puede decirle que quizá tenga que utilizar contra él un proyectil dirigido, y si lo han hecho así ahora, intentarán repararlo para regresar. Eso aún ocupará más tiempo. Dígale lo que quiera, pero yo no deseo hablar con él.

El primer oficial preguntó:

—¿Qué le diré acerca de la señorita? ¿De su hija?

—Lo que usted quiera —gruñó Trent—. Debía haberle escrito lo que le pasó al «Hecla». Así que no han tenido ningún correo extraplanetario a no ser el saco que les trajimos nosotros. Quizá no sepa lo del «Hecla». Si no lo sabe, debe usted decírselo si lo prefiere. Yo voy a reclamar que se rasque el bolsillo por llevarla a ella hasta el puerto después de que el «Hecla» fuese abandonado. Probablemente no me mirará con buenos ojos después de eso. De todas maneras, no quiero hablar con él.

—¿Y dónde va usted? —preguntó el primer oficial.

—Alguna parte lejos hasta que el presidente se marche —contestó Trent. Se encogió de hombros—. He aceptado cobrar en

fibra de «ghil» el dinero que se nos debe por cuanto hemos vendido aquí. Se me dijo en plan de cortesía; utilizaré dicha invitación como coartada.

El primer oficial no contestó. Trent consiguió un coche terrestre y dejó el espaciopuerto antes de que el presidente planetario pudiese llegar. No era educado, pero Trent había superado ahora todas las cuestiones de educación. El «Cytheria» llevaba cuanto menos doce días de retraso en cualquier cálculo, si su patrón no se había quedado en tierra en Midway. De haber sido capturado por un navío pirata al inicio de su viaje, la captura habría tenido lugar hace unos veintidós días, lo que resultaba mucho antes que un maltrecho y pequeño navío trajese a Manaos la amenaza de un pirata. Marian debería llevar muerta tres semanas. O quizá seguiría con vida.

Trent condujo furioso hasta la plantación de fibra «ghil». No le interesaban las plantaciones. Pero resultaba insoportable pensar en Marian muerta o prisionera de los piratas, que habían prometido asesinar a diez hombres del espacio pasajeros por cada uno de los que ahorcaran de su propia ralea. Había llegado el momento para él de entrar en acción. Resultaba que era imposible adoptar la acción apropiada, pero tenía que hacer algo. Así que resolvió con frenesí salir al espacio en cuanto el presidente planetario hubiese abandonado el «Yarrow».

Carecía de información, pero cuando tomó el mando de su navío tenía un programa diariamente. Los propietarios le habían ofrecido los derechos de salvamento. Los utilizaría, como resultó con el «Hecla». Podían elegir puertos de arribo y otros privilegios que los propietarios le garantizaron. Los utilizaría, aunque no comprometiera esperarse. Poseía algunas ideas definidas acerca de la caza de piratas, que podría hacer un negocio en extremo beneficioso si a uno no lo mataban mientras lo realizaba. Había pensado en él como un medio de abordar los salvamentos a gran escala. Hubiese preferido poseer información definida para empezar, pero puesto que ahora se encontraba de pronto él irrevocablemente convencido de que Marian había muerto, saldría de todas formas a la caza de piratas y de alguna manera trataría de hacerles pagar todo el daño ocasionado.

Mientras conducía su vehículo hasta la plantación de «ghil» para

permanecer donde no estuviese el padre de Marian. Como visitante extraplanetario que estaba en la actualidad comprando fibra de «ghil», se le dio el tratamiento más honorífico al llegar a la plantación. Vio campos tras campos de plantas de «ghil» y maquinaria de siembra, de cultivo y de cosecha. Vio equipo de proceso y un pequeño laboratorio de investigaciones para mejorar la calidad de las semillas «ghil». El laboratorio estaba dirigido por un científico mayor aunque de pequeño tamaño, que daba por sentado que cualquiera que viese una planta «ghil» inmediatamente quedaría fascinado por los experimentos en la zona de mutaciones y castas de las cosechas. Al origen intencional de su investigación añadió una búsqueda de otras plantas distintas al «ghil» para transformar la economía monoagrícola de Loren.

Poseía diminutos invernaderos en donde crecían diversas muestras de vegetación de más de mundos diferentes, sin contar Loren. Mantenía allí condiciones apropiadas climáticas y suave crecimiento para cada vegetación distinta planetaria en invernaderos también individuales de plástico. Casi despertó el interés de Trent cuando explicó cómo podía describir el planeta del que venía una planta mediante el examen de un retoño y a veces le bastaba para eso con una sola hoja. Era capaz de señalar la composición de su atmósfera, la potencia de su campo gravitacional, el clima, la oscilación de su temperatura e incluso la duración de sus estaciones, sacándolo todo de una hoja de cualquier muestra botánica no identificada. Trent le escuchó casi con interés.

Pero de pronto algo le hizo apartarse de este sermón para mirar al horizonte más allá de él. La rejilla de aterrizaje del planeta se podía ver incluso desde aquí, pero había un hilo de humo blanco desesperezándose rápidamente de su interior. Algo se fue detonando hacia el firmamento. Llegó a lo azul, pasó más allá. Disminuyó y disminuyó. Y luego desapareció.

Media hora más tarde un coche terrestre se detuvo en la plantación de «ghil». Venía a por Trent. El primer oficial del «Yarrow» había enviado a uno de los tripulantes para dar a Trent una información exacta. Estaba apartando todo el andamiaje y preparándose para salir al espacio inmediatamente que Trent llegara.

Porque el «Cytheria» había entrado en puerto. Hacía una hora

que pidió las coordenadas para aterrizar. El operador de aterrizaje se las dio y rebuscó lejos, muy lejos en el vacío hasta que los campos de fuerza de la rejilla encontraron y entrelazaron a la nave. La descendieron rápida y precisamente hasta el suelo. En el mismísimo centro del espaciopuerto, el «Cytheria» se quedó plantado de pie. Un hombre, sólo un hombre, salió por la portezuela de los pasajeros y recorrió la pista hasta el despacho de la rejilla de aterrizaje. Entró y preguntó si había correo para el «Cytheria». Lo había. Una carta. Parecía oficial. Había venido en el único saco de correo que se instaló en el «Yarrow» antes de que se le permitiese despegar de Manaos.

El descendido del «Cytheria» regresó a la nave, llevándose la carta con su sobre de apariencia oficial. Entró por la escotilla y se cerraron las puertas tras él. El «Cytheria» pidió por teléfono espacial un despegue inmediato.

El oficial de la rejilla estaba asombrado. Esto quedaba fuera de lo ordinario. ¿Qué pasaba? ¿Es que no traía ninguna carga? ¿No habían pasajeros que desembarcar? ¿No había un solo pasajero en particular?

El operador debía haber enfocado los campos de fuerza de la rejilla sobre el navío en tierra, como quizá para elevarlo. Luego debía retenerlo a pesar de las protestas y amenazas. No pensó en eso. Tal cosa jamás había sido necesaria ni deseable. Resultado… inimaginable.

Y el «Cytheria» de pronto lanzó llamas. Las llamas se esparcieron sobre la vacía pista del espaciopuerto. La nave se elevó sobre sus cohetes de emergencia y se lanzó hacia el firmamento.

Cuando Trent llegó al espaciopuerto, ya tres partes enloquecido de sorpresa y la frustración y la pena del «Cytheria», que debía haber llevado a Marian a bordo para que aterrizase aquí, hacía ya tiempo que había vuelto al espacio de nuevo. Mucho rato que entró en superimpulsión. Se encontraba ya a millones y millones de kilómetros de distancia y viajando muchísimas veces más de prisa que la propia luz. Y aquí no quedaba ni el más leve rastro de su destino.

CAPÍTULO VIII

Las cosas sumaban perfectamente hasta dar un total de pura frustración. El «Cytheria» había sido tomado por los piratas en algún momento que estaría dentro de los veintidós días anteriores. En el instante de su captura, los piratas sabían que algunos de sus compañeros que estaban prisioneros iban a ser juzgados e indudablemente ejecutados en Manaos. Por tanto, no fue saqueado y abandonado en el vacío. Se le reservó para la tarea que acababa de realizar, y de asegurarse respuesta oficial a su ultimátum. Sus pasajeros y tripulación podían o no haber sido asesinados en el momento de su captura o cualquier instante posterior. Resultaba imposible saberlo. Estas partidas encajaban. Efectuaron una demanda por intercambio de piratas capturados canjeándolos por hombres del espacio también capturados y viajeros espaciales; los piratas debían haber encontrado un modo por el que su exigencia recibiera respuesta. Eso no se reveló en Manaos, pero al «Yarrow» se le permitió despegar para Loren con un saco de correo antes de que cualquier otra nave espacial recibiese licencia para abandonar el planeta. Una delgada y plana carta oficial era probablemente la única materia importante postal de la saca. Resultaba más que probable que contuviese la respuesta del Gobierno de Manaos a la amenaza. Otras cosas encajaban. Si el «Bear» era al mismo tiempo corsario y pirata, sabría y conocería hasta los mínimos detalles del espaciopuerto de Loren y de su personal. Sabría que el ya capturado «Cytheria» podría ser enviado allí para recoger correo sin peligro real de que no pudiese despegar de nuevo. El otro intento extraño de detener al «Yarrow» cerca del doble sol amarillo era simple prueba de que los piratas no podían comunicarse mutuamente por entre las vastas distancias. Conseguían sus suministros e

información y entregaron su pillaje, y ahora a los prisioneros, en alguna base de cualquier lugar. No todos ellos estarían plenamente informados en un momento dado. Evidentemente el navío de la estrella doble no lo estaba.

Pero la falta de cualquier información sobre dónde podría estar aquella base, y una base era necesaria, era frenéticamente frustradora. Trent exigió información sobre los contactos de la tripulación del «Bear» en Loren cuando recaló en puerto como corsario. Si los tripulantes fueron reclutados de la local población…

No lo fueron. El «Bear» apareció en Loren dos años antes. Su patrón propuso un trato con las autoridades locales. El «Bear» se ofreció para actuar como corsario en factor de Loren, suministrando arficiosamente al planeta de mercancías extraplanetarias. Loren las pagaría en fibra «ghil» a la presentación de los recibos que el «Bear» diera a sus víctimas. Sería una especie de proceso para obligar al comercio y a indicar que la crisis económica de Loren se había alejado del planeta. Para tener incluso el color de la legalidad, claro, un corsario tenía que ser propiedad del planeta por quien apresaba mercancías. Así que el padre de Marian compró formalmente el «Bear», pero constituyendo la operación una ficción estrictamente legal. El patrón del «Bear» era su verdadero propietario. El «Bear» había traído algunas cargas. Consiguió información y suministros de Loren. Pero ningún hombre de su tripulación pertenecía a este planeta. No había nada que se pudiese averiguar de su base actual por las observaciones casuales que hubiesen dejado caer. No había dejado caer ninguna. Era una encuesta abocada a un callejón sin salida. No conducía a ninguna parte. Pero nadie más en Loren había pensado preguntar siquiera eso. Trent entregó la carta de Marian a las autoridades que demostraba que debía haber ido a bordo del «Cytheria». El comportamiento de aquel navío demostraba también que había sido capturado, indefectiblemente mientras ella iba a bordo. El padre de la muchacha se mostró tan horrorizado que Trent casi se convenció de que no lo estaba. Todos los recursos de Loren fueron inmediatamente puestos a disposición de algo que concebiblemente se pudiese hacer. Y Trent se hizo automáticamente el hombre a quien se ofrecieron proposiciones y sugestiones y a quien se le formularon preguntas.

También tenía preguntas de cosecha propia. Dio órdenes para un estudio de cada retazo de información sobre todos los planetas encerrados en un radio de un siglo de luz. El Directorio Galáctico no les diría si había alguno cuyos colonos hubiesen dejado de tener comunicación espacial normal con el resto de las Pléyades —la razón, piratas— o cualquier otro en donde se pudiese edificar una base pirata. La segunda alternativa no era demasiado probable. Las empresas criminales son inherentemente destructivas. Una base especialmente construida tenía que ser constructiva. Significaría de hecho inversión de capital, construcción. La desnuda idea de construir algo sería extraña a una empresa pirata. No se podría hacer.

El registro de los archivos fue una idea razonable, pero se basaba en la presunción de que los piratas mantendrían sus navíos del mismo modo que los propietarios navales, llevándolos a reparar. Pero es que los piratas no repararían sus naves. En su lugar, las abandonarían intercambiándolas por los navíos mejores que capturasen. Así que la apremiante investigación de los registros y archivos era en apariencia fútil. Pero la noticia de tales investigaciones hizo que un tripulante del «Yarrow» se presentase a Trent con una observación que había hecho mientras el «Cytheria» estaba en tierra. Había oído, naturalmente, que se buscaba una colonia probablemente diminuta cuya rejilla de aterrizaje estuviera al servicio de los piratas. El muchacho pertenecía a la brigada de salvamentos que Trent reclutó para el «Hecla». Se encontraba efectuando una soldadura final en las planchas de proa del «Yarrow», cuando el «Cytheria» tomó tierra. Había visto topellas de barro congelado en las puntas de sus patas de aterrizaje. Fue a Trent para informar que donde hubiese estado el «Cytheria» evidentemente no era ningún espaciopuerto de las Pléyades. Conocía todos los espaciopuertos de la zona. Estaban sólidamente pavimentados. El «Cytheria» había aterrizado en algún lugar donde no había rejilla de aterrizaje. Tomó tierra por cohetes, de ordinario sólo un sistema de aterrizaje de emergencia. Había vuelto a despegar. Había barro en sus patas de aterrizaje. Era inútil buscar un espaciopuerto conocido que los piratas dominasen.

Trent se puso a ladrar órdenes. No tenía autoridad para darlas, pero nadie más era capaz de ordenar nada. Fue obedecido. Envió un

coche terrestre a toda velocidad por la autopista a la plantación de «ghil» que visitara horas antes. El científico de allí con muestras de vegetación de otros treinta planetas creciendo en invernaderos de plástico tenía que ser conducido a su presencia inmediatamente.

Y Trent bajó hasta la pista del espaciopuerto para ver si había alguna posibilidad de recoger fragmentos de aquel barro mencionado que se dejó el «Cytheria».

Y ocurrió que llegó a tiempo de impedir que los tozudos empleados de limpieza del espaciopuerto se llevasen el barro dejado por el despegue de la espacionave.

Pasó casi una hora antes de que el canoso científico llegase de la plantación de «ghil», abandonando su laboratorio de investigaciones. Trent paseaba arriba y abajo, crispando los puños, alternando entre la rabia de no haber estado en el espaciopuerto cuando entró el «Cytheria», ya que no le hubiera dejado despegar sin pelea, y la amarga desesperación al ver que todas sus más abrumadoras sospechas parecían demostrar ser ciertas.

Mientras las pellas de barro de las patas de aterrizaje del «Cytheria» se fundieron. Expuestas al vacío, con cubos de agua, y con hirvientes pérdidas de calor, para que cuando una cierta porción se hubiese deshidratado el resto quedara convertida en hielo. El primer hielo artificial se hizo operando una bomba de vacío en un depósito de agua. Allá donde el «Cytheria» hubiese aterrizado antes de que tocara en Loren, el barro pegado a sus patas se quedó congelado al penetrar en el espacio. Permaneció firmemente pegado hasta que la ligera sacudida del aterrizaje en la pista de Loren le hizo desprenderse. Estos fragmentos ahora adelantados formaban un total de casi un barril de tierra de labor y fragmentos de plantas.

El coche terrestre con el científico de la plantación de «ghil» llegó. Trent permaneció tenso mientras el sabio examinaba el material que acababa de escapar de milagro de ser echado a la basura. El examen fue exhaustivo, hecho con los labios fruncidos y un aire de intenso pero académico interés. Por último el sabio sacudió la cabeza.

—Tengo muestras de plantas de treinta mundos —dijo pesaroso —, pero no de éste. ¡Muy interesante! Esta muestra filosa es funcionalmente pariente de las hierbas. Se trata de una planta de la

superficie del suelo. Esta otra… jamás vi la forma de las hojas o este tallo triple en mi vida, y ésta… —sacudió la cabeza—. Parece parte de una unidad simbiótica. Quizá su organismo compañero…

—¿De dónde es? —preguntó Trent.

—No tengo la menor idea —contestó el científico de mala gana —. Ni la menor idea. Pero espero que me permita llevarme estas muestras. Han sido congeladas, pero posiblemente hayan esporas o… algo que con un medio ambiente adecuado reviva y crezca. ¡Son interesantísimas!

—¡Necesitamos saber de qué planeta vienen! —gritó Trent—. ¡Lo necesitamos!

El hombrecillo volvió a sacudir la cabeza.

—Nadie conoce todas las plantas de la galaxia —dijo poniéndose suavemente a la defensiva—. ¡Nadie! Pero, claro… esto viene de un planeta casi del mismo tamaño que nuestro mundo. Los tallos serían más delgados en un mundo más ligero y más gruesos allá donde la gravedad fuese mayor. El sol es tipo G, a causa de la exacta variante de clorofila que tiene este tinte especial y necesita aquella clase de luz. Las formas celulares sugieren un rastro de dióxido de azufre en la atmósfera; no mucho, sino un rastro. Y el terreno afirma conclusivamente que hay muchísima actividad volcánica, porque contiene cenizas volcánicas en todos los estados de desintegración desde cenizas frescas a escoria. Pero le aburro.

—¡Siga! —exclamó Trent.

—La oscilación de la temperatura —dijo el hombrecillo—, sería del orden de quince a cuarenta y cinco grados centígrados, lo que se conoce por el coeficiente de evaporación que implican las superficies de las hojas. El eje del planeta estará casi en ángulo recto con la eclíptica, porque prácticamente no hay estaciones y yo calculo que la cantidad de lluvia anual caída es de dos metros por año standard —después el ecólogo dijo con aire de excusa—: Pero eso es todo. Lamento no poder decirle nada útil. Pero es que simplemente no hay ninguna información que nos diga de qué planeta viene este material.

—Se equivoca —dijo Trent—. ¡Usted me lo acaba de decir!

Treinta minutos más tarde el «Yarrow» salía al espacio abandonando la rejilla de aterrizaje de Loren. Cuando estuvo bien en camino, Trent dificultosamente leyó en el Directorio Galáctico

correspondiente a aquel sector. Había examinado todo planeta dentro de un radio de acción de un siglo luz sin motivos verdaderos para elegir alguno con preferencia a los demás, hasta que le habló el ecólogo de la plantación. Ahora leyó:

«… Masa aproximadamente 1/325.000 sol. Aceleración debido a la gravedad: 975 cm-seg. Costando solar: 1,94 pequeñas calorías-minuto. Presión barométrica: 794 mm de mercurio. Período de rotación 26 horas 30 minutos. Atmósfera: 72,6% N; 27,5% O; 0,08% CO_2; 0,004% SO_2…».

La descripción en el Directorio era de un planeta sin nombre individual, pero conocido como Kress Tres porque se encontraba en la tercera órbita a partir del sol llamado Kress. Era el único planeta dentro de un centenar de años luz cuyas constantes visitas encajaban con la descripción dada por el barro que cayó de las patas de aterrizaje del «Cytheria». El «Yarrow» se dirigió hacia él a toda velocidad de sus dos bobinas de superimpulsión instaladas en el casco del navío.

* * *

Se cuenta de uno de los primeros exploradores conocidos de la antigua Tierra, que cuando se adentró atravesando la que se creía entonces como un mar sin límites, animó a su asustada tripulación descubriendo flotando en el océano ramas de árbol. Tenían que haber venido de tierra y sólo podían haber venido de la tierra que aun sin ser descubierta quedaba por delante.

El capitán Trent del «Yarrow» tenía mejores informes y un propósito totalmente diferente. Pero se sentía muy aliviado cuando al segundo día de la partida de Loren el detector de impulsiones del «Yarrow» informó que había otro navío en superimpulsión al alcance del detector. El otro navío les iba por delante. El capitán Trent redujo su velocidad y siguió a la otra nave espacial de una manera muy descuidada. La alcanzó, pero colocándose a distancia discreta y a un lado.

El «Yarrow» siguió, despacio, como si sólo fuese ligeramente más rápido que su invisible compañero. El otro navío no se desvió ni trató de cerrarle. De haber sido mercante, probablemente se habría apartado. Un pirata sin lugar a dudas le habría cerrado el paso. No

diciendo ninguna cosa, y viéndose sin embargo en el mismo rumbo, cada cual identificó al otro a su propia satisfacción. Trent estaba seguro de que el otro navío era el «Cytheria», con destino a la base de operaciones de los piratas. Con la máxima probabilidad, el «Cytheria» identificó al «Yarrow» como un navío pirata y presumiblemente recibiendo las atenciones de un navío armado de Loren, de vuelta de la zona del doble sol amarillo.

El «Yarrow» siguió. Pasó al «Cytheria» y lo dejó a popa. A su debido tiempo, el chirrido de la impulsión del «Cytheria» dejó de registrarse en el detector del «Yarrow». Trent no había hecho el menor movimiento contra él, sin embargo hacía relativamente poco tiempo que hubiese abandonado todo lo demás, y volado hacia la otra nave. Le hubiera hecho volar sus impulsiones y abierto paso con cargas conformadas si la nave divaga en rendirse y la habría atravesado tan furiosamente como la muerte misma. Pero es que entonces creía que Marian iba a bordo.

Ahora estaba seguro de que la muchacha no viajaba en el «Cytheria». Porque aquella nave había aterrizado en algún lugar entre su captura y su petición de correo en Loren. Habría aterrizado para desembarcar a los prisioneros, con mucha probabilidad y la carga, con seguridad, para encontrarse ligero en sus navegaciones por el espacio. Sin ninguna carga la nave estaba segura contra la detención de cualquier navío sobrecargado. Así que Trent confiaba que si Marian seguía aún con vida después de la captura del «Cytheria» se le habría desembarcado en el mundo al que pertenecían las muestras botánicas recogidas después de que se cayeran de las patas de aterrizaje. Y al pasar al «Cytheria», tal y como había hecho, Trent se aseguraba perfectamente de su destino, que era el suyo. Pero aún no había acabado con la otra nave todavía.

Conocía el mundo al que llegaría el «Cytheria». Pero necesitaba una guía hasta el lugar exacto, la locación precisa, el sitio cierto entre centenares de millones de kilómetros cuadrados de superficie planetaria que indicaría el lugar escogido por los navíos piratas. Encontrar un grano negro en una playa arenosa sería, por comparación, un proyecto prometedor. Pero Trent dejó atrás al «Cytheria» y prosiguió hacia Kress Tres.

McHinny entró en la sala de control humillado y desesperado.

Quería que Trent le prometiese probar una vez más su maravilloso invento contra los piratas. Durante el tiempo de espera en Loren no había tomado parte en el trabajo de reparaciones. Trabajó frenético en reconstruir su aparato una vez más. Lo había intentado dos veces y ahora lo había reconstruido para una tercera prueba en combate. No podía decirse que McHinny fuese inconstante. Se mostraba frenético de forzar la aceptación de su genio. Era truculento y mordaz, y se encontraba amargamente a la defensiva, pero había construido el aparato de nuevo por completo. Ahora, dijo desafiante, acababa de descubrir la debilidad de su diseño anterior.

Lo malo era que no permitía en operación al motor Lawlor en el navío en donde estuviese instalado su aparato, puesto que éste resultaría inservible. Cuando lo probó ante los propietarios del «Yarrow» se hizo la prueba contra un navío en superimpulsión, pero sin moverse. Yacía en un campo de superimpulsión que le mantenía fuera del espacio normal. Con un motor Lawlor operando en superimpulsión, el aparato estallaba por sí mismo. Pero, con la nueva modificación, no sólo haría estallar la superimpulsión del pirata, sino también el motor Lawlor. El punto débil no estaba únicamente eliminado, sino que el aparato se había convertido en un arma infinitamente mejor contra los piratas.

No era propio de su carácter mostrarse humilde al pedir un favor. Lo más probable es que se mostrara desdeñoso y exigente. Pero en esta ocasión casi apareció humano. Pidió suplicante una oportunidad más para probar su aparato y por tanto demostrar su genio.

—Está bien —contestó Trent impaciente—. Si se presenta la oportunidad, lo volveremos a probar. ¡Pero sólo si se presenta la oportunidad! ¡Lo que nos espera es demasiado arriesgado para que corramos riesgos que se pueden evitar!

McHinny no pudo contener una truculenta afirmación.

—¡Esta vez no correrá ningún riesgo!

Trent asintió. Se sentía impaciente. Estaba muy, pero que muy atareado. Tenía que evitar albergar demasiadas esperanzas con respecto a Marian. Tenía que recordarse que indudablemente ella estaría muerta. Tenía que mantener su cerebro curiosamente atareado cuando menos para impedir que se perdiera en razonamientos sin esperanza. Y lo que tenía que hacer no podía

llevarse a cabo por un hombre que se ignorase a sí mismo de ninguna manera. Tenía que ser dispuesto y llevado a cabo a sangre fría, con un único propósito, una destrucción implacable y sin merced de cualquier hombre por muy remotamente que estuviese relacionado con las operaciones piratas en las Pléyades.

Sin embargo, sucedía que se estaba engañando a sí mismo. Con verdadera sangre fría, no hubiera sentido aquel odio profundo y aquel ansia de asesinar que le llenaban. No habría experimentado momentos en que su voz era gruesa de furia, aunque se lo negaba, y cuando sus manos tendían a crisparse como si estuviesen hambrientas de muerte. Pero fue capaz de decirse a sí mismo que todo esto era únicamente por motivo de Marian. En toda una furia por derecho, odio normal; las reacciones de cualquier hombre de honor experimentaría ante el hecho de que los piratas hiciesen del asesinato un negocio para su beneficio personal estricto.

Y, aun en sangre fría o caliente, su cerebro trabajaba lo bastante bien. Colocó al «Yarrow» en órbita en torno a Kress Tres sin provocar ningún signo de haber sido detectado. Incluso encontró un escondite para su nave en una congregación burbujeante y peculiar de peñascos montañosos que ocupaban una zona del vaporoso planeta en una órbita muy propia de una luna. Hasta ahora, todo fue escandalosamente sencillo.

* * *

El planeta Kress Tres era del tamaño típico de los terceros planetas en los sistemas solares de soles tipo G. Resultaba un poco más pequeño que Manaos y un poco mayor que Sira, y casi igual a Loren. Habían, naturalmente, sólo ligerísimas diferencias en la gravedad entre los cuatro planetas citados. Kress Tres debería tener casquetes polares. No los tenía. Su eje resultaba a veces paralelo al sol y por tanto normal a la eclíptica, por lo que no habrían estaciones perceptibles tales como el verano o el invierno. Su atmósfera poseía un contenido bastante alto de CO_2, así que el efecto de invernadero del bióxido de carbono atrapando el calor solar funcionaría. Se estaría caliente. También había bastante rastro de bióxido de azufre en su atmósfera. Esto significaba que de los mares salían ácidos, lo que lo modificaba todo. Y había volcanes.

Trent lo examinó todo colérico, con ojos interrogantes desde el escondite del «Yarrow», entre las montañas que rebotaban una con otra en su órbita. Allá abajo, en el planeta, se veían líneas de volcanes, de vez en cuando muy lejos del mar. Había zonas en donde el suelo apenas era visible a causa del humo local. Se abrían costas de trecho en trecho, en donde el vapor burbujeaba y ascendía enormemente en nubes blancas, algunas de ellas con centenares de kilómetros de longitud.

Pero no había carreteras, que podían ser vistas desde el espacio mucho antes que las ciudades de tamaño ordinario. Había lugares, para estar seguros, en donde florecía la vegetación, pero también se veían enormes campos de lava, no toda ella fría, en la que con certeza ni plantas ni bacterias quizá podrían vivir. Trent lo registraba todo febril. La base pirata no podía estar en una llanura de lava sin enfriar. Apenas podría estar en donde las montañas humeaban y vertían roca fundida por sus laderas. Se veían islas en los mares ácidos, pero resultaban pequeñas y lugares poco probables para que los utilizasen los piratas.

El «Yarrow» flotaba entre los enormes peñascos que le circundaban. El planeta giraba por debajo suyo. Trent hacía cálculos con amargura. Los detectores de radar indicaban que no había exploración de radar en el firmamento por encima de aquel planeta humeante y desagradable. Trent no lo había esperado. El radar necesita una vigilancia consciente. En la base pirata esto no ocurriría con sencillez, sólo porque no podían esperar que informasen nada en la proximidad de un planeta inútil muy apartado de cualquier mundo normal y colonizado. Sólo aparatos pasivos como detectores de impulsión, llamando la atención según sus propios informes, serían en realidad útiles. Así que Trent había ocupado esta posición con normal impulsión Lawlor y no había conturbado a nadie. Una superimpulsión hubiera sido cosa distinta.

La prueba de ello llegó antes de que el planeta hubiese efectuado una revolución bajo el lugar de escondite del «Yarrow» en el espacio. El altavoz del espaciofono del techo de la sala de control dejó oír una voz:

—¿Qué nave es esa?

El primer oficial del «Yarrow» se sobresaltó visiblemente. Trent asintió. Señaló al interruptor del espaciofono. Estaba colocado en la

posición de «RECEPCIÓN SOLO». El «Yarrow» podía recibir transmisiones de otros navíos en el espacio normal, pero el micrófono no transmitiría nada. Él detector había captado una voz del suelo debajo del navío que podía haber salido de una nave de superimpulsión.

—¿Quién podía ser? —preguntó otra voz sombría—. Vamos a entrar.

La primera voz sonó de nuevo:

—¿Quién habla?

La segunda voz, tan malhumorada como antes, respondió:

—Vete al infierno, ¿quieres? Este es el «Cytheria». Regresa después de conseguir recoger el correo en Loren. ¿Dónde aterrizo?

—En el mismo lugar del que despegaste.

—¿Algún jaleo?

—El hombre de la reja comenzó a hacer preguntas. Ascendimos por cohetes. Captamos el motor de otro navío en el camino. ¿Lo oísteis?

—No. Nada —dijo la primera voz—. Dispara una bengala.

Trent aspiró profundamente. Esto era una fisura. Había llegado aquí antes que el «Cytheria». Esa nave iría a aterrizar, claro, en el espacio normal. No había ninguna otra solidez. E iba a lanzar una bengala para permitir que fuese localizada desde el suelo, de manera que según las instrucciones para bajar a tierra allá donde no había ninguna rejilla de aterrizaje y sólo se necesitaba un lugar especial para tomar tierra.

Vio la bengala, un aparato estrictamente de emergencia para ser utilizado cuando un navío no podía ser hallado por el operador de la rejilla que lo buscaba en el espacio donde debiera estar. Se trataba de una bola de llamas vivamente rojas, emitiendo millones de bujías de luz carmesí. Trent la centró en una pantalla de visión y accionó la ampliación. Vio al «Cytheria», una forma reluciente y redonda colgando en el vacío. Oyó las voces.

—Te encuentras demasiado al este —eso sería el este galáctico, claro, no el este del planeta ahora un disco giroso más allá del «Cytheria»—. Así está mejor… Un poco más —luego—. Bastante bien. Lo ajustaremos en cuanto bajes un poco más. Empieza a descender.

Trent contempló la imagen amplificada del «Cytheria».

Resultaba aún pequeña. Se volvió rápidamente hacia la superficie del planeta. Estaría funcionando el motor Lawlor para ayudar a la puntería y controlar su descenso y efectuar aquellos finos ajustes que un cohete diseñado para uso de emergencia no podría jamás efectuar.

Trent dijo al primer oficial hablando por encima del hombro:

—Utilice una cámara para enfocar la pantalla de visión. Necesitaremos fotografías.

Vigiló tenso. Había un promontorio sobresaliendo en el mar. Era bonito. Se trataba de un continente montañoso. Uno de los montes humeaba. El «Cytheria» bajó y bajó, disminuyendo. La primera vez que se oyó hizo un seco comentario que se repitió de vez en cuando. Esa voz estaba en tierra. La voz provinente del «Cytheria» replicó. Con una serie de juramentos.

Oyó el chasquido de la cámara. El primer oficial fotografiaba la pantalla de visión con las imágenes de un navío en extremo pequeño disminuyendo más de tamaño y todavía más mientras descendía.

Luego se vieron los tensos vapores de los cohetes. Humo blanco. Los cohetes del «Cytheria» disminuían su marcha ahora para que el aterrizaje fuese suave Hasta este momento simplemente habían reprimido y comprobado su descenso. Ahora tenían que detenerlo. El motor Lawlor se hizo más importante. Ni podía despegar a un navío ni aterrizarlo, pero cooperando con los cohetes los resultados eran admirables.

Aterrizó. Los humos de los cohetes se disiparon. El espaciofono dijo sardónico:

—¡Bienvenido a nuestra ciudad! ¡Me alegro de verte por aquí!

La voz procedente del «Cytheria» masculló un juramento. Hubo un chasquido en el altavoz del espaciofono. En alguna parte un micrófono había sido colgado.

Trent se halló sacudido por la furia. Luego dijo con brusquedad:

—Espero que esas fotografías salgan bien. Vamos a tener que necesitarlas.

Al ponerla el oficial sacó una larga tira de película. Quitó la tira de papel del positivo. La miró y se la tendió a Trent.

—Servirá —dijo Trent—. Haga que saquen copias ampliadas hasta el máximo posible. Son nuestros mapas.

El primer oficial desapareció. Pareció dudoso. Pero lograría de alguna manera reproducir las pequeñas fotos autorreveladas. En el curso ordinario de los negocios, registros escritos se fotocopiaban normalmente de manera rutinaria. El primer oficial fue a luchar con el copiador. Trent oprimió el botón de comunicación general a toda la tripulación y su voz disertó ecos en cada compartimento de la nave.

—Todo el mundo —dijo con frialdad—. Voy a descender al suelo. Habrá pelea y pillaje. Quien desee quedarse a guardar el navío, puede hacerlo. No luchará y tampoco tendrá parte en el botín. Todo el mundo que ansíe acción que se prepare. El que pelea consigue beneficios.

No hubo de hacer referencia a razones más nobles para aterrizar en un planeta ocupado por los piratas en donde ciertamente habrían más piratas que hombres el «Yarrow» pudiese colocar en el suelo. No había ni el posible rescate de prisioneros a quienes los piratas de otro modo habrían asesinado. De hecho, recurrió solamente a los instintos combativos y mercenarios de sus tripulantes. Pero eso resultaba inmediatamente comprensible igual por otro capitán de navío no hubiese producido voluntarios en absoluto. Pero Trent había elegido ya dos hombres para que acompañasen al primer oficial y custodiasen el navío. También se quedaría a bordo McHinny.

Pero fuera cual fuese el motivo, las tripulaciones del «Hecla», la tripulación de salvamento, y la tripulación del «Yarrow» estaban preparadas para seguir a Trent a cualquier parte. Había estado en acción con él antes, pero su confianza con el jefe no venía de eso. El motivo real era que les dirigió en una estupenda pelea celebrada en las tabernas al exterior del espaciopuerto de Sira.

Hizo una lista del equipo que quería que llevase cada hombre. Bombas de mochila, dos por hombre. Bombas en forma de carga, muy empleadas en casos de demolición. Bombas detonadoras, utilizadas por la policía por el efecto moral de su sonido. Trent mencionó modificaciones que se les podía hacer para que tuviesen más efecto, aunque fuese menos moral. Entrañaba mezclar en su contenido tornillos y tuercas y trozos rotos de varilla y chatarra.

También llevaron armas pequeñas. Rifles, sí. Pistolas, definitivamente. Mientras los tripulantes del «Yarrow» se

asemejaban a sí mismos fistoneados con tal armamento, una atmósfera extraordinaria de ánimos y entusiasmo se desarrolló. Ordenó que se llevasen máscaras contra sus propias bombas de gas niebla e insistió en que cada hombre portara abundantes municiones.

Cuando se reunieron, agrupados para entrar en las lanchas del «Yarrow», el sentido de las cosas era muy parecido a un incidente borrado en el recuerdo de la vida de un capitán Trent del pasado siglo XVIII. Aquel capitán Trent había tomado a tres cuartas partes de la tripulación de su nave metiéndola en las pequeñas lanchas y remó hasta la bahía con ellas, en la aterciopelada oscuridad de una noche sin luna y sin estrellas, abismalmente oscura. Aquel capitán Trent conducía una expedición de desembarco para una acción que nadie se hubiese atrevido intentar. Y ocurrió que logró el éxito.

Ese otro capitán Trent se metió en el bolsillo mapas plegados que eran en la actualidad parte de la superficie solar del planeta en donde iban a aterrizar. Entró en la lancha de vanguardia después de dar instrucciones a todos sus seguidores. Las lanchas descendieron sobre el planeta. La expresión del capitán Trent cambió cuando estuvieron en camino. Había una decidida y uniforme anticipación en torno suyo. Pero en la oscuridad de la lancha espacial el rostro de Trent estaba pálido.

Pensaba, claro, que esta algarada resultaba tardía. Si hubiese llegado aquí esta misión bastante tiempo atrás, podría haber logrado algo. Quizá. Pero ahora resultaba demasiado tarde.

Marian, se aseguró a sí mismo con amargura, había muerto. Tenía que haber muerto. Por lo tanto su acción iba a ser en exceso tardía.

CAPÍTULO IX

Las lanchas aterrizaron en un radio de cien metros una de otra bajo un cielo plomizo. Prácticamente habían efectuado todo su descenso en el lado lejano del planeta, en donde el radar no les localizaría, aún si hubiese radar en uso en este mundo poblado por piratas. No lo había, pero Trent no quería correr el riesgo de verse descubierto por alguna razón accidental. Luego bajaron a una zona cubierta de picachos montañosos con valles rellenos de humo. Por último descendieron sobre el ácido mar. Una vez, sólo a menos de un centenar de metros del agua, pasaron por un lugar en donde el círculo de un cráter volcánico se alzaba algo más que las olas. Era como un atolón, con su laguna a bastantes metros por debajo del nivel del mar y llena de lava burbujeante en vez de aguas. En diversas zonas del borde del cráter cascadas de aguas marinas se precipitaban en la depresión y se convertían en vapor antes de llegar al fondo.

Las tres lanchas espaciales dejaron aquel fenómeno natural atrás. Trent se mantuvo en contacto con sus hombres mediante el teléfono luminoso, inventado por el creador del propio teléfono. Se utilizaba principalmente para comunicaciones de navío a navío o de navío a oficina en los espaciopuertos, en donde ya habían bastantes interferencias. Pero trabajaba bastante bien aquí, excepto una vez en que estaban atravesando una gigantesca nube de vapor condensado que ascendía del agua por causa de alguna fuente submarina de calor.

Trent condujo su pequeño escuadrón río abajo cuando apareció la tierra por delante. Al final cruzaron una bahía casi circular con una salida en extremo estrecha que daba al mar. Había aquí vegetación, escasa y con la apariencia mortecina de todas las cosas

vivas que tratan desesperadamente de sobrevivir en contra de un medio ambiente abrumador.

Las lanchas aterrizaron, levantando nubes de ceniza volcánica. Los hombres de Trent desembarcaron. El aire olía fuertemente a vapores sulfurosos. Había allí una actividad volcánica de tal grado que el azufre se respiraba en cada bocanada de aire que aspiraban los pulmones. Un hombre estornudó. Luego otro, y otro.

—Utilizad vuestras máscaras —ordenó Trent—. Se ocuparán de purificar el ambiente durante un rato. Probablemente luego nos acostumbraremos. Ahora, mirad esto…

Extendió las copias ampliadas de las fotos que el primer oficial hizo durante el descenso del «Cytheria». El grupo de desembarco se agrupó para ver mejor. Formaban a la vista un conjunto extraordinario. La mayoría ha venido consiguiendo que un ciudadano corriente se mostrase intranquilo si tropezasen con él en alguna calleja oscura. Habían hombres altos y bajos, corpulentos y raquíticos. Pero cada cual tenía el aire indefinible de los individuos acostumbrados a cuidarse de sí mismos. Y todos sentían confianza en Trent.

Trent marcó algunas cosas de las fotos espaciales.

—Aquí está el «Cytheria» —observó—, descendiendo hacia este lugar. Es una especie de hoyo poblado y minúsculo con montañas en casi todo alrededor. Aquí y aquí veréis cosas que parecen espigas de piedra. No lo son. Son naves.

Los hombres se aproximaron más, mirando unos por encima del hombro de los otros para contemplar los objetos destacados.

—He contado —continuó Trent—, que hay treinta y pico, incluyendo el «Cytheria». La nave aterrizó mediante cohetes con la ayuda de su motor Lawlor, claro. En esta foto todavía no está en tierra. En esta otra sí. He aquí la zona calcinada producida por sus cohetes cuando descendió suavemente. ¿Veis?

Hubieron murmullos de asentimiento. Por turno los tripulantes de Trent estudiaron la foto con atención. Parecían más piratas que los propios piratas. Cada hombre llevaba dos bombas adhesivas grandes, colgando de sus caderas y granadas en el cinturón y bandoleras llenas de cartuchos cruzándoles los hombros. Cada individuo portaba pistolas automáticas y un rifle.

—La cuestión es —dijo Trent—, que donde aterrizó sus cohetes

quemaron toda la vegetación verde que había. Hay otros siete navíos… parecen rocas puntiagudas… con lugares quemados en su torno. En el resto no hay zona quemada. ¿Comprendéis lo que esto significa?

Aguardaron a que se lo dijese. No es que tardasen en pensar, sino que se mostraron satisfechos en dejarle que pensase en nombre de todos. Un hombre estornudó. Se había quitado su máscara y volvió a ponérsela.

—Cuando un navío aterriza sobre cohetes —destacó Trent—, se queda plantado en una zona calcinada. Si no vuelve a despegar, al cabo de un tiempo la vegetación verde torna a crecer. Hay veinte y pico de naves donde la vegetación recreció. Eso significa que llevan en tierra mucho tiempo, algunos quizá años.

Un hombre corpulento gruñó. Tenía una cicatriz en la mejilla.

—Los trajeron aquí después de capturarlos —dijo tranquilo—. Así los pudieron saquear a su gusto. Luego los dejaron allá donde descendieron.

Trent asintió.

—Lo que significa —explicó—, que no tenemos enfrente a las tripulaciones de treinta navíos piratas. Esas veinte y pico naves son cadáveres, armazones, traídos aquí para ser saqueados y luego dejados para que se enmohezcan. Tampoco todos los navíos últimamente aterrizados son piratas. Algunos volvieron últimamente para ser desmantelados. Quizá nos enfrentemos contra dos o tres tripulaciones y la proporción sea de tres contra uno, pero no más. Hay que contar por cierto con que la sorpresa es un factor a nuestro favor. No creo que tengamos demasiadas dificultades.

Las sonrisas fueron cosa general en el grupo. Nadie habló, lo que era buena señal.

Nadie necesitaba asegurarse a sí mismo que tenía valor.

—Ahora, he aquí nuestra ruta —dijo Trent—. Será ésta.

La trazó. La había escogido con cuidado. Podía seguirse fácilmente durante el día, claro, pero para guía nocturna mentalmente había señalado donde durante tres o cuatro kilómetros cruzarían la playa y más allá un volcán activo que arrojaría bastante resplandor contra el firmamento para que le sirviese de faro y otro lugar…

—Queremos atacarles antes de que salga el sol —dijo Trent—.

También podremos descansar un poco, creo, precisamente en este lado pero donde se encuentran ellos. ¡Así que… en marcha!

A los pocos minutos conducía su fila de casi treinta hombres alejándose del lugar de aterrizaje. Las lanchas espaciales estaban en parte cubiertas por las cenizas sobre las que aterrizaron. A juzgar por la dirección de los hitos que anotó, y por tanto estableciendo una situación para el sol, se encaminaba hacia el sur del planeta. Iba, claro, tan cargado y bien armado como cualquiera de sus hombres. Les hizo cruzar un ribazo rocoso y descender por la ladera posterior. Luego encontró un sendero de flores. Eran, como más tarde resultó ser, los únicos capullos que iba a ver en el tercer planeta a contar desde Kress. Parecían profundamente blancas y eran muy grandes y en cierto modo tenían un aspecto artificial. Hacían que uno pensase en la muerte.

Los cielos eran humosos y el sol parecía más rojo que visto desde el espacio. El aire tenía olor a azufre del que una pequeñísima cantidad parecía filtrarse a través de las máscaras de gas, pero con el tiempo parecieron acostumbrarse a él. Después de la primera hora o dos fue raro que alguien llevase su máscara más de la mitad del tiempo. Pero el olor a azufre era molesto. Venía de los volcanes, claro.

Caminaron y descansaron y volvían a caminar. Había sitios donde árboles esqueléticos con una corteza blanca y hojas y ramas extravagantemente extendidas luchaban por alcanzar una altura de metro y medio o dos metros. Habían otros lugares donde filosas plantas verdes, pero no del verde común a la vegetación traída de la Tierra, cubrían el suelo de modo que las botas de los hombres las aplastaban y dejaban claros senderos allá donde estuvieron vivas momentos antes.

No vieron animales. No se podía dudar de que existiesen animales, claro. Trent mismo vio más de una vez por el rabillo del ojo diminutos movimientos, pero no pudo divisar nada que pudiese considerarse como animal. Cerca de la puesta del sol, sin embargo, vadearon un pequeño arroyo… Trent probó el agua y tenía un claro gusto a huevos podridos, pero era potable… y vieron cosas que probablemente podrían ser consideradas como peces. A cosa de un kilómetro más adelante una cosita pequeña con muchas patas huyó de ellos con un ruido de castañeteo. Se parecía más a un cangrejo

que a cualquier otra criatura familiar, pero de ordinario la gente no piensa en los cangrejos como si fuesen animales.

Cuando el sol se posó en una brumosa atmósfera roja, marchaban junto a un aceitoso mar que olía fuertemente a azufre. La playa era de cenizas volcánicas. Habían montañas gigantes muy lejos que vertían un humo espeso y formaban nubes oscuras que eran manchones contra la puesta del sol.

Caía la noche y el olor del mar les hizo a todos mantener sus máscaras durante una gran cantidad de tiempo. Los que no lo hicieron estornudaron. Trent conectó el espaciofono que había quitado de su traje espacial. Escuchó. Si habían comunicaciones establecidas, las oiría. Podría incluso captar al primer oficial del «Yarrow» si trataba de comunicarse con él desde el navío. Pero no oyó voces ni ningún otro sonido por los auriculares.

Sin embargo, cuando se quitó los auriculares habían cosas que oír. Ruidos a los que se había acostumbrado y que resultaban fuertes y claros. El grupo de aterrizaje descansaba donde se pararon, a unos trescientos metros por encima del mar, cuando llegó un rumor bajo, profundo, subterráneo, estrepitoso. Ahora, prestando la debida atención a tales cosas, Trent pudo detectar ocasionales temblores en la roca sobre la que descansaba. Y de pronto oyó hacia el mar un extraño sonido como de arenilla. Se hizo más próximo. Se convirtió en un bramido y luego un rugido y después en un grito atronador.

El mar se alzó bajo ellos. Una volcánica ola se lanzó contra la costa. El ruido era ensordecedor. Significaba un poder irresistible de millones y millones de toneladas de agua marina sulfurosa lanzándose contra la tierra.

Amainó. Durante un largo, larguísimo tiempo un rumor de chorreo, de agua alborotada procedente de las rocas entre el grupo de desembarco y el mar. El agua de la marea había inundado la tierra y volvía otra vez a su lecho. El olor del océano era abrumador. Si Trent y sus seguidores hubiesen estado en el camino de aquel monstruoso movimiento oceánico, ahora no seguirían con vida.

—Siempre ocurre algo, ¿verdad? —dijo Trent con voz seca—. Igual pudo habérsenos llevado.

Condujo al grupo de desembarco a través de la noche.

Marcharon y forcejearon una y otra vez, mientras Trent consultaba su reloj con frecuencia. Luego descansaron durante diez minutos. Vieron fulgores en el firmamento y el suelo tembló bajo sus pies y de vez en cuando los temblores terrestres eran más que perceptibles. Y pasó el tiempo, y las estrellas avanzaron hacia el oeste en el cielo brumoso. Pero también cubrieron kilómetros. Por fin, al cabo de mucho, descendieron por un barranco. Llevaban tanto en la oscuridad que la luz de las estrellas bastaba para que escogiesen dónde poner los pies.

El lugar de cita de los piratas había sido escogido con inspiración. Habían montañas casi por todas partes, pero no parecían ser volcanes. Su borde contra las estrellas hablaba de un plegamiento orográfico tan gigantesco y en vez de una montaña había resultado una cordillera. Los navíos piratas se alzaban en el notable y llano valle que se veía en una brecha parcial, sin embargo, y a muchísimos kilómetros de distancia algo pareció estallar. El sonido de una fuerte detonación llegó, convertido por la distancia en un tono profundo y bajo. El suelo tembló y luego apareció una llama. Pero en lugar de alzarse cayó hacia abajo. Era lava candescente vertiéndose por el lejano flanco montañero. Aunque tenía lugar a muchos kilómetros de distancia, arrojaba dentro del valle una débil luz y los silenciosos y erguidos navíos del espacio quedaron recortados por el resplandor.

Trent dijo en voz muy baja.

—Ya os mostré los navíos en que tenéis que trabajar. Os aseguraréis en la oscuridad palpando el suelo. Si hay algo parecido a la hierba debajo, ese navío no hay que tocarlo. Los que tenéis que atacar son los que tienen sólo cenizas bajo sus patas. Preparaos. Os daré tiempo. ¡Cuando mi primera bomba estalle, adelante!

Se alejó bajo la negrísima noche estelar con un solo compañero, el hombre corpulento de la cicatriz en la mejilla. Sus otros hombres se separaron. Luego durante un largo, larguísimo tiempo no hubo ruidos que pudiesen ser atribuidos. La lejana montaña volvió a estallar. Rocas al rojo blanco se alzaron por encima de su cumbre, bombas de fuego partieron hacia el cielo impulsadas por las fuerzas titánicas del interior del suelo. Eran parpadeos de luz que se produjeron allá donde los navíos piratas estaban aparcados. El fulgor intermitente de la erupción llegó hasta allí.

Trent y el hombre de la cicatriz cruzaron en silencio la noche. No era probable que el tumulto en la lejanía fuese extraordinario. Este mundo se encontraba en tal estado de volcanismo que parecía siempre ocurrir algo por el estilo en los planetas de tercera órbita de los soles tipo G, puesto que tales mundos son más densos para su tamaño que sus planetas hermanos. Los piratas que habían elegido este lugar para su base debieron haber acumulado a los navíos desmantelados durante un considerable período de tiempo. Tendrían que estar familiarizados con tales fenómenos como el que ahora ocurría. Aquellos que dormían apenas se moverían. No habría muchos despiertos a falta de una hora para la salida del sol. La disciplina alcanzaría su mínima expresión entre los piratas, de todas maneras. Seguro en su escondite, no podrían verse obligados a mantener una vigilancia consciente excepto sobre sus prisioneros. Y los cautivos probablemente se encontrarían todos a bordo de un navío saqueado cuyas cerraduras y puertas de cargo pudieran ser soldadas y selladas. Así prisioneros, tendrían que buscarse su propio alimento en los restos de la nave y atender a sus propias necesidades, y si sucedía que escaseaban de alimentos y agua dentro de aquellos cascos, no habría ninguna manera ni esperanza de pedir suministros a los piratas.

Trent encontró una nave con sólo cenizas en torno su pie. Él y el hombre de la cicatriz conferenciaron en susurros. Trent instaló en el lugar adecuado una de las bombas. Cuando estallase volaría una de las tres patas de aterrizaje del navío convirtiéndola en chatarra. La nave no podría permanecer en pie sobre dos soportes. Se derrumbaría. Y luego adoptarían una acción más avanzada. La explosión de la primera bomba sería la señal para que el resto de sus subordinados comenzasen su trabajo. No se les habló de que fuese ésta una aventura alta o noble, porque de haberlo hecho en nada influiría en su manera de actuar. No eran hombres de gestos dramáticos. Pero sí capaces de ejecutar con ahínco un papel en el que predominase la acción en forma de equipo bajo un jefe al estilo de Trent. Esto resultaba del todo independiente de cualquier perspectiva de beneficio. Seguían a Trent. Incluso así resultaba más satisfactorio que en aquella pelea al exterior del espaciopuerto de Sira.

Habían muchas estrellas luciendo en el cielo brumoso. Habían

también lejanas y apagadas explosiones en una escala disminuida. Trent ajustó la espoleta del tiempo de la bomba. Él y su compañero se apartaron.

Pasaron varios segundos. La bomba estalló. Su carga lanzó un fogonazo blanco azulado e hizo un sonido de detonación tan aguda y salvaje que fue como un golpe en el pecho. Luego, muy tranquilamente y con una cantidad enorme de parsimonia, el casco de esa nave espacial se inclinó. Durante el primer segundo se inclinó sólo un poco. Pero cobró velocidad mientras caía.

Antes de que hubiese caído en la cuarta parte de su trayectoria, comenzaron a producirse otros fogonazos blanco azulados. Como *flashes* fotográficos supergigantes, iluminaron todo el valle y las laderas que lo circundaban. Habría sido un panorama impresionante si los fogonazos hubieran tenido una sucesión continua. Dos espacionaves, apuntando hacia el firmamento, formaban un grupo indefinido. Siete de ellas se inclinaron y cayeron. Tropezaron una con otra. Dieron contra otros navíos aún en pie. Se desplomaron o se inclinaron o cayeron en estrépitos sucedidos que hicieron que el suelo vibrase al producirse el impacto. Y todo esto ocurrió en la fracción de un minuto.

Había una momentánea y curiosa tranquilidad. Las explosiones menores de la montaña hacia el sur se incrementaron. Se convirtieron en continuas prácticamente. Sonaban como unos cañonazos distantes, pero ningún hombre de esta generación había oído jamás cañonazos excepto en las grabaciones de las guerras antiguas. Los navíos caídos produjeron extraños y pequeños chirridos cuando las vibraciones del suelo les ayudaron a instalarse en una relación más estable unos con otros.

Alguien bramó:

—¡Capitán! ¡Capitán Trent!

Trent no contestó. Avanzó hacia la voz. Dos veces, mientras pasaba junto a naves caídas, y una vez bajo un enorme cilindro que había quedado apoyado en otro, oyó ruidos. Los hombres habían despertado con la caída de sus naves. Aquéllos que no murieron entonces trataban histéricamente de escapar. Pero habían muchos actualmente atrapados. Un buen y considerable número murió. Y cualquier cosa que pudiese ocurrir a Trent y a su grupo de desembarco, aquellos navíos tensos, retorcidos, alineados y con

bastante frecuencia desgarrados, jamás podrían volver al espacio tripulados por los piratas que aquí les trajeron. Por una razón, era preciso colocarlos en situación vertical. El equipo para ese trabajo no podía improvisarse.

La voz volvió a bramar:

—¡Capitán! ¡Capitán Trent!

Era muy cerca. Trent respondió:

—¿Qué es lo que pasa?

—Capitán —dijo la voz con ansiedad—, derribamos una nave y se rajó… ¡Dentro hay una mujer!

Entonces una granada estalló a poca distancia. Un rifle detonó. Un hombre gritó. Hubieron ruidos de combate.

* * *

Desde bastante distancia como para poder ver de un vistazo a todos los navíos en si suelo, seguramente se hubiera apreciado poca y escasa actividad en la hondonada. Se veían ocasionales fogonazos de las armas de fuego. Eran como chispitas. De vez en cuando, ahora en raras ocasiones, habían otra clase de explosiones. Los fogonazos sí que eran mayores. A veces se trataba de bombas adhesivas. Con mayor frecuencia eran simples granadas. Trent rió tembloroso:

—¡Marian! ¿Te encuentras bien? Los otros…

Marian contestó con voz ronca, como si aún no pudiese creer lo que había pasado:

—Nos colocaron a nosotros… los rehenes, en ese navío y soldaron las entradas. Estropearon los motores de todas clases. Nos dijeron que si el «Cytheria» no volvía… aceptando sus condiciones… nos sacarían y… tomarían fotografías… de lo que nos pasase… antes de que muriéramos. Y luego enviarían esas cintas con la afirmación de que tomarían más prisioneros y… harían lo mismo a menos que…

Trent notaba su garganta seca y parecía como si hubiese algo que intentara estrangularle. Al mismo tiempo su voz era gruesa y aterciopelada por el odio.

—¿Os encontráis todos bien? ¿Todos?

—Estamos perfectamente —contestó Marian insegura—, sólo

que… aún no lo creemos.

Había ocho o diez mujeres y tres hombres que salieron por la rajadura del casco del navío cuando cayó. Cosa bastante extraña, mientras haya impresiones de esperando ser víctimas de una atrocidad cuidadosamente fotografiada, temían los temblores de poca importancia y de origen sísmico producidos en el valle. En lugar de permanecer en las cabinas y camarotes de la proa del navío, se apiñaron en la zona de popa, lo más cerca posible del suelo. La proa de la nave estaría acaso un centenar de metros de altura y la caída podría ser completamente mortal. Pero la sección de popa sólo podía volcarse. Este navío se desplomó porque era de los últimamente aterrizados y el suelo estaba calcinado debajo de él. Los prisioneros en su interior, meramente sacudidos por aquella leve caída, salieron por una de las puertas abiertas al llegar hasta ella la rajadura después de la caída. Salieron esperando ser muertos, capturados o asesinados. Ninguna esperanza les impulsaba; sólo el miedo. Pero los hombres de Trent no estaban predispuestos a matar a las mujeres. Desearon suprimir su presencia en cuanto fueron descubiertos los prisioneros liberados.

—Estaos aquí —les ordenó el capitán con fiereza—. ¡Guardadles hasta que solucionemos este lío!

Volvió a marcharse. Aún había oscuridad por todas partes, pero hacia el este un rosado infinitamente débil del firmamento se iniciaba. Un rifle de fuego automático escupía horribles chispas hacia la izquierda. Trent se dirigió hacia él. Una granada estalló más allá.

—¿Qué sucede? —preguntó. Se encontraba lleno de notables emociones. Marian acababa de salir de nuevo de una dificultad en la que la locura de otros hombres la había metido. Él, sólo él, se había mostrado capaz de acción para libertarla. Triunfaba.

—¿Qué sucede? —preguntó casi de buen humor.

Un miembro de la tripulación del «Yarrow» contestó con gran tranquilidad.

—Unos cuantos tipos de ese navío de allá que trata de salir. Cuatro lo han logrado. Nos los cargamos. Ahora los demás están como locos. Quieren saber quién dispara.

—Diles que Papá Noel —contestó Trent—. ¿Por qué no les la granada?

Se apartó. Oyó estallar la granada a sus espaldas. Algo enorme se cernía ante él y por encima de su cabeza. Era el morro de un navío caído. Oyó sonidos en su interior. Los ventanales de la sala de control, o parte de ellos, se habían destrozado en la caída. Ahora un altavoz increíblemente emitió unas palabras desde el interior del casco. Una voz salvaje, semihistérica, dijo:

—¡No sabemos cómo pero alguien aterrizó aquí! ¡A bordo del «Jocunda»! ¡Pelear hasta llegar aquí y daos prisa!

En alguna parte del valle un navío pirata ocupado no se había desplomado. En algún lugar un pirata permanecía erguido y en cierto modo se daba cuenta de que los ruidos externos no eran detonaciones distantes sino bombas próximas. Llamaba a las tripulaciones de las otras naves. En gran cantidad la llamada resultaría útil. Pero Trent encontró un objeto específico para su odio. Este navío iba a ser en cierto sentido el cuartel general de los piratas de las Pléyades. Permaneció en tierra; se había quedado en el suelo tanto que la vegetación verde creció en torno a su base. Quizá lo hubieran mantenido en funcionamiento aprovisionándolo de combustible y almacenando aire, preparado para utilizarlo como escape en caso de una imprescindible necesidad. Ahora llamaba a todos los piratas no atrapados o desmantelados para que subiesen a bordo. La mayor parte no lo oiría. Las unidades de amplificación y los teléfonos espaciales en su mayoría habían sido destrozados por la larga caída de las proas maltrechas de las naves. Los que sobrevivían, tales como había oído Trent, en su mayor parte se encontrarían aplastados en las vacías salas de control. Los hombres en un navío que ha caído desde la vertical o bien estarían muertos o heridos, o intentando frenéticamente salir por las puertas a la atmósfera profundamente sulfurosa del planeta.

Pero habría algunos que probablemente captarían el aviso antes de que Trent lo hubiese oído. Si hubiese mantenido su receptor espacial sintonizado, lo habría percibido antes. Más aún, el primer oficial del «Yarrow», a la deriva entre aquellos peñascos gigantes que pudieran haber sido una luna, había captado la orden histérica. Estaría preocupado, pero al menos sabría que la brigada de desembarco estaba en tierra y en acción contra los piratas.

Lo rojo del este se hizo más brillante. Trent vio a un hombre corriendo alocado. Iba desarmado a diferencia de los miembros del

grupo de desembarco. Huía. Pasó tras un casco que media hora antes había sido una espacionave por lo menos capaz de elevarse hasta el firmamento. Salió después, corriendo hacia un grupo de navíos quietos y silenciosos plantados en un suelo cubierto de verde. En alguna parte un rifle emitió una ráfaga automática. El que huía se desplomó. Trent lanzó un gruñido. Se encaminó en aquella dirección.

Otro hombre. Dos más. Habían sido advertidos por el teléfono espacial, pero no intentaban pelear. Corrían como ciervos hacia las espigas que habían sido descendidas y saqueadas y enmohecidas cuando fueron naves espaciales. Un rifle lanzó un simple disparo. Lo repitió y volvió a repetirlo. Un hombre cayó en un montón, agitando los brazos. El rifle solitario dejó oír otra vez su voz.

Trent no podía detenerlo, así que permaneció inmóvil, esforzando sus ojos en la luz carmesí que lenta, muy lentamente, aumentaba, para ver hacia cuál de los cascos huían los piratas. Esa nave no podía despegar. ¡No debía!

Un hombre que corrió cayó. Más de un rifle concentró su fuego sobre el último hombre a pie. Emitieron sonidos de taponazos. El fugitivo comenzó a zigzaguear alocado. Sabía que las balas que le pasaban silbando le estaban destinadas. Debía conocer que varios hombres hacían fuego en tozuda competencia como si se tratase de un acontecimiento deportivo.

Cayó y rodó sobre sí mismo y permaneció inmóvil. Pero Trent había identificado el casco supuesto que había sido la última esperanza de refugio del pirata. Comenzó a reunir hombres para un asalto. Había una carencia casi lamentable de bombas. La mayor parte de ellas se habían utilizado con efecto admirable. Se dirigió hacia el grupo de navíos abandonados, de los que uno debió llamarse el «Jocunda» y que contenía por lo menos a parte de los piratas que media hora antes habían estado roncando sus pecados mientras Trent y sus hombres bajaban al valle.

Hubieron llamas. Llamas monstruosas escupidas desde debajo de un enmohecido casco. Ese tenía que ser el «Jocunda». La nave se alzó del suelo, escupiendo un fuego infernal. Las llamas eran de un blanco azulado y tan intensas que durante largos momentos la creciente luz rojiza del alba pareció palidecer. Con su motor Lawlor dando toda la ayuda posible a sus cohetes, ascendió, luego se

remontó, después pareció caer hacia los humosos cielos de arriba. Trent lo contempló con amargura mientras disminuía hasta convertirse en un lunar que bajo la luz roja del sol brillaba como un rubí en el firmamento.

Luego conectó su teléfono espacial. Comenzó a llamar:

—¡Llamando al «Yarrow»! ¡Llamando al «Yarrow»! ¡Trent llamando al «Yarrow»!

Casi al instante la voz del primer oficial se oyó, con tono de alivio.

—¡Adelante, capitán! ¡He oído que ahí abajo había algo de diversión! ¿Se encuentran todos bien?

—Sí. Algo cansados, pero… ¿está preparado el aparato de McHinny para ser usado?

—Sí, señor. Todo listo.

—Está ascendiendo un navío —dijo Trent—. Se escapó. Diga al ingeniero que pruebe ese mecanismo. Dice que funciona también sobre un motor Lawlor ahora. Si no lo hace, utilice nuestras dos bobinas para destrozarle su superimpulsión.

—¡Sí, señor! ¿Algo más?

—Nada —contestó Trent.

Ahora, y pareció muy repentino, el sol se alzó en su esplendor, con el firmamento de un vivido carmesí hasta más allá del Cenit. Todos los francos de las montañas relucían de color rojizo y el valle de la base de los piratas estaba lleno de múltiples reflexiones de rosado fulgor.

De nuevo parecía haber poca actividad de alguna clase. Pero Trent caminó placenteramente de regreso hacia donde se centraba la escasa actividad. Recogió a media docena de hombres. Les condujo al interior de un navío volcado. Todos emplearon por completo su adiestramiento y sus investigaciones en tácticas de combate en los pasillos y corredores y rincones de las partes menos visitadas de una nave espacial. Cuando salieron… habían entrado por una portezuela de carga, pero emergieron a través de la escotilla… traían a tres hombres heridos y dejaron en el casco a otros que necesitarían más tarde un servicio funerario.

Penetraron en una segunda nave. Hubo dos disparos desde el interior. Un tercero. Trent estaba satisfecho con la cualidad de su comportamiento. En su presencia sentían algo de embarazo por

saquear. Les dejó y colocó un segundo grupo de seis para que trabajase en los otros navíos.

Al poco regresó junto a Marian. Ella parecía tensamente compuesta, pero sus ojos brillaron al verle. Quitó un casco espacial a un hombre de la brigada de salvamento del «Hecla» y se lo puso. Los antiguos prisioneros fueron todos suministrados con máscaras y el hombre que organizó la operación de salvamento del «Hecla» parecía a la vez complaciente por su gratitud y triste porque se había perdido su plena ración de pelea.

—Creo —dijo Trent—, que lo estamos haciendo bien. ¿Conoces alguno otro de los prisioneros?

—Se… se nos dijo que había más —contestó Marian—. Están encerrados herméticamente en uno de esos cascos. Esperan como nosotros… la muerte si el «Cytheria» no traía la aceptación de las condiciones de los piratas.

Trent hizo un gesto con la cabeza a sus hombres.

—Tomad un soplete, si lo podéis encontrar —ordenó—, y buscad por esos navíos. Cualquiera que esté cerrado herméticamente, abridlo y que salga la gente. Claro que pueden quedar todavía uno o dos piratas. Con ellos utilizad vuestro propio criterio.

El grupo del «Yarrow» y la patrulla de salvamento del «Hecla» se alejaron briosa y esperanzadoramente. Encontraron prisioneros en no menos de tres de los veinte y pico de navíos que aún estaban en pie. No sabían lo que había pasado en el valle desde poco antes de amanecer. Estaban aterrorizados cuando se les llamó, creyendo que se trataba de ir hacia la atrocidad de un asesinato. Y se mostraron histéricamente agradecidos cuando descubrieron que se equivocaban.

Luego el teléfono espacial que pendía del cuello de Trent emitió ruidos.

—¡Llamando al capitán Trent! ¡Llamando al capitán Trent! ¡El «Yarrow» llamando al capitán Trent!

Trent respondió y la voz del primer oficial sonó alegre hasta un grado que Trent jamás conociera anteriormente.

—¡Capitán, el aparato funcionó! ¡Funcionó! ¡McHinny en persona lo puso en marcha, con el navío ascendente en plena vista y subiendo hasta pasarlos! ¡Cortó sus cohetes y entró en

superimpulsión y nosotros dimos al botón de la superimpulsión con McHinny y el aparato a la fracción de un segundo después funcionó! ¡Y la nave volvió al espacio normal! ¡Sigue ascendiendo, pero no puede acelerar más! ¡Su motor y su superimpulsión ambos han volado y está perdiendo velocidad! ¡Subirá un poco más, y luego caerá! ¡Me imagino que chocará en alguna parte del centro del océano dentro de dos horas y media! ¡Pero se habrá fundido a medias al caer antes de chocar y lo que quede jamás volverá a remontarse!

—Me parece que no —asintió Trent—. Está bien. ¡Un trabajo estupendo! ¡Le llamaré más tarde!

Se volvió a Marian. Ella le miró con ojos cálidos. Trent dijo:

—Hay muchas cosas que solucionar aún. Tenemos que asegurarnos de haber barrido todos los piratas que puedan quedar sueltos. No creo que queden muchos Luego hemos de organizar a los prisioneros, cuidarnos de su alimentación, etc. Hay más de un centenar. Y tenemos que averiguar si algún navío pirata sigue de crucero. No creo que lo haya, pero el «Yarrow» puede hacer estallar el motor de cualquier otra nave en el espacio, llevando en paralelo dos bobinas de superimpulsión. ¡No tenemos que preocuparnos por ellos!

No era exactamente la clase de discurso que un hombre hubiese dicho bajo estas circunstancias, resultaba muy comercial. De hecho, el que hablaba de negocios.

—Luego —dijo, frunciendo el ceño pensativo—, he de colocar avisos reclamando el salvamento de los navíos de aquí. He de hacer una reclamación formal de que cada uno ha sido preparado para la recuperación y reparación gracias a mis actos, registrándolo en mi cuaderno de a bordo… tengo derecho al salvamento… y mis hombres también. En la actualidad, es posible vender estos navíos tal y como están, los compañeros pueden venir y repararlos y sacarlos. Yo puedo hacerlo si necesito fondos. Pero la mayor parte de ellos podrán ser salvados como lo fue el «Hecla» y reclamaré la prima de salvamento por cada uno como me pasó con el «Hecla». Ella escuchaba. Pero su expresión se hizo insegura. Incluso turbada. Le miró, sin comprender.

—Me pediste —dijo Trent en cierto modo formalmente—, que fuese a hablar con tu agente comercial y contigo en Sira. Dije que lo

intentaría y luego me fui sin hacerlo. Debería excusarme.

Ella pareció sinceramente confundida.

—¡Pero… pero eso no importa! —protestó—. Yo…

—Aún he de atender a esas cosas —continuó Trent. Su tono era triste—. Pero… pero luego me encaminaré a Loren —dijo—. Tengo que concertar que otros navíos vengan y recojan a la población extra. Me… me alegraré mucho si vienes en el «Yarrow» cuando me dirija a Loren. Puedo llevar a unos cuantos pasajeros más. Elígelos tú, si prefieres. Y… ejem… no efectuaré demandas comerciales sobre el tiempo perdido en el viaje de aquí a Loren.

Ella le miró con fijeza.

—De hecho —dijo el capitán Trent y ahora se mostraba embarazado—, de hecho… he descubierto que… bueno… me gustaría mucho tenerte como invitada en el «Yarrow». Me agrada tu manera de… reaccionar en las emergencias. Me gustaría… que nos conociésemos más. Yo nunca me he enfrentado a esto… a esta situación con anterioridad y no sé cómo decir lo que pienso. ¡Con certeza nunca había llegado tan lejos!

La expresión de Marian cambió. De parecer azorada se transformó súbita y placenteramente incomprensiva.

—¡Pues creo que lo hiciste! —le sonrió ella—. ¡Me parece que lo has dicho de manera muy hermosa! Me… me gustaría decir lo mismo tan bien como tú. ¿Pretenderás que lo diga?

Trent pareció a la vez muy incómodo y muy aliviado.

—Ya hablaremos de eso camino a Loren.

Luego dio media vuelta. Marian le sonrió. Y no parecía turbada en lo más mínimo. Sonreía muy confiada.

* * *

En el camino hacia Loren McHinny insistió en que quería mostrar a Trent cuan hermosamente su aparato antipiratas reconstruido por tercera vez funcionaba. Explicó que una parte lo había utilizado en construir la unidad para el «Yarrow» requería una cierta cantidad de inducción. La idea era que la corriente emanada de las barras conductoras a los condensadores tenía una resistencia que superar en el primer microsegundo de circulación. Por lo tanto los condensadores cargaron gradualmente, sin

sobrecargar los cables de corriente. Pero el artículo manufacturado de la unidad del «Yarrow» era defectuoso. Sin resistencia inductiva para controlar la corriente que iba al interior del mecanismo, se producía el cortocircuito. El aparato estalló cada vez. No se podía evitar.

Pero de camino a la base pirata, dijo McHinny truculentamente, se le había ocurrido la posibilidad. Instalaría otra línea de inducción en su mecanismo. Y consecuentemente destruiría el pirata que de otro modo habría escapado. Trent abrió la boca para hacer una corrección. El navío fugitivo pirata no habría escapado. El primer oficial tenía órdenes de volarlo con la superimpulsión del «Yarrow» si el aparato de McHinny no funcionaba. Pero entonces Trent se encogió de hombros. No importaba.

Ahora McHinny quería mostrar a Trent cómo funcionaba. Trent llevó a Marian para que lo viese. McHinny parecía hinchado de importancia y con la confianza natural del genio. Maniobró el conmutador de carga. Y el aparato estalló y se fue al infierno.

FIN